

REVISTA CONTEMPORANEA

SUMARIO

- I. DESDE ROMA, por *D. A. Fernández Merino*.
- II. APRECIACIÓN DE LA CRISIS AGRARIA, por *D. J. S. de Toca*.
- III. EL CÁNCER SOCIAL, por *D. Rafael González Janer*.
- IV. ESTUDIOS ACERCA DE LA EDAD MEDIA (continuación), por *D. Adolfo de Sandoval*.
- V. MIS MEMORIAS (continuación), por *D. Joaquín María Sanromá*.
- VI. EL MOSÉN (novela, continuación), por *D. Antonio Vascáno*.
- VII. REVISTA DE TEATROS, por *Ramiro*.
- VIII. CRÓNICA POLÍTICA, por *A.*
- IX. REVISTA EXTRANJERA, por *S.*
- X. BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO: *Diccionario enciclopédico Hispano-americano de literatura, ciencias y artes.*—*Observaciones acerca de la constitución orográfica de la Península.*—*Últimas publicaciones de la casa editorial de Daniel Cortezo y Compañía.*—*Tratado de Hacienda pública y examen de la española.*—*Bibliothèque utile.*—*Cuentos fantásticos de E. Teodoro Hoffman*, por *R.*—*El Jurado*, por *M.*—*Rápida descripción física, geológica y minera de la Isla de Cebú*, por *D. Ch.*
- XI. ANUNCIOS.

DIRECCION Y ADMINISTRACION

CALLE DE PIZARRO, NÚM. 17, PRINCIPAL, MADRID.

OFICINAS

PARIS, R. SERRANO, 42, RUE LAFONTAINE

MÉJICO
J. B. Parres y Comp.^a
VENEZUELA
E. Fombona

BUENOS-AIRES
Manuel Reñe
BRASIL
Bellarmino Carneiro
Pernambuco

CUBA
D. Miguel Alorda
O'Reilly, 96
Habana.

(DERECHOS RESERVADOS)

A NUESTROS SUSCRITORES

Próxima á terminar la interesante novela *El Mosén*, que hemos venido publicando, y atendiendo á los deseos manifestados por varios de nuestros lectores de tenerla reunida en un solo volumen, ponemos en su conocimiento que se ha hecho una corta tirada de ejemplares, en buen papel, y los mismos tipos que los de la REVISTA CONTEMPORÁNEA.

Aunque el tomo costará *tres pesetas cincuenta céntimos*, los abonados á ésta podrán adquirirle sólo por *dos pesetas*.

DANIEL CORTEZO Y C.^a EDITORES, BARCELONA

ARTE Y LETRAS

SUSCRICIÓN PERMANENTE

Sección 1.^a—Biblioteca ARTE Y LETRAS. Un tomo lujosamente encuadernado é ilustrado, con su correspondiente volumen de la Biblioteca clásica Española: *16 reales*

Sección 2.^a—BIBLIOTECA DE MARAVILLAS: un tomo mensual; encuadernado en tela con relieves y profusamente ilustrado: *8 reales*.

Sección 3.^a—NOVELISTAS ESPAÑOLES CONTEMPORANEOS. Se publica en tomos, á *10 reales* por suscripción.

ESPAÑA

SUS MONUMENTOS Y ARTES. — SU NATURALEZA É HISTORIA.

UN CUADERNO SEMANAL DE 100 PÁGINAS, CON PROFUSA ILUSTRACIÓN

Se suscribe en los principales centros y librerías de España y Ultramar. —Representante en Madrid: Juan E. de Bona, Preciados, 33, bajo.

Han salido ya á luz en la biblioteca ARTE Y LETRAS más de 50 tomos de autores tan notables como Andersen, Schiller, Daudet, José M. de Pereda, Emilia Pardo Bazán, D. Ramón de la Cruz, Goethe, Campoamor, Víctor Hugo, Cherbuliez, Heine, Farina, etc., y en la CLÁSICA ESPAÑOLA otros tantos, escritos por Cervantes, Quevedo, Fray L. de León, Moratín, Feijóo, Jovellanos, Cadalso, Melo, Rojas, Rivadeneira y Zabaleta.

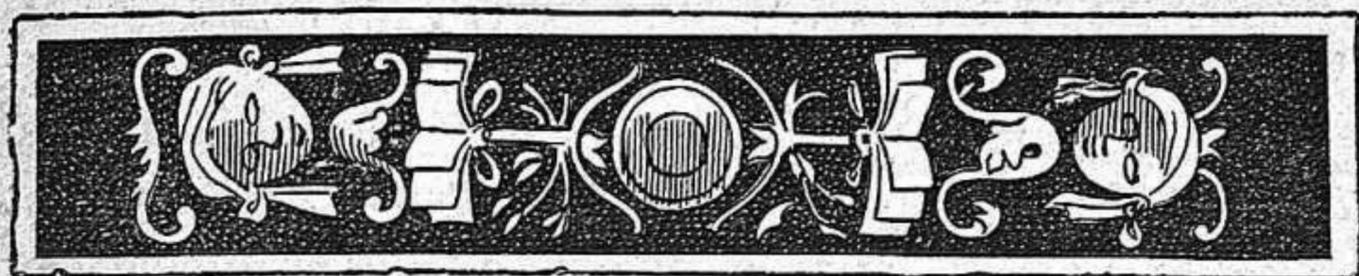
PÍLDORAS Y UNGUENTO HOLLOWAY

ESTOS MEDICAMENTOS obtienen una aceptación y una venta mas universales que las de ningun otro remedio en el mundo.

LAS PILDORAS son el mejor purificante conocido para la sangre, corrigen todos los desórdenes del hígado y del estómago, y son igualmente eficaces en los casos de disentería: en fin, no tienen rival como remedio de familia.

EL UNGUENTO cura pronto y radicalmente las heridas antiguas, las llagas y las úlceras (aun cuando cuentan veinte años de existencia), y es un específico infalible contra las enfermedades cutáneas, por malignas que sean, tales como la lepra, el escorbuto, la sarna y todas las demas afecciones de la piel. Cada caja de Píldoras y bote de Ungüento van acompañados de amplias instrucciones para el uso del medicamento respectivo, pudiendo obtenerse estas instrucciones impresas en todas las lenguas conocidas.

LAS PREPARACIONES HOLLOWAY se hallan de venta en todas las principales boticas y droguerías del mundo, y en Lóndres, 533 Oxford Street, en el Establecimiento central del Profesor HOLLOWAY



DESDE ROMA

ENVÍOS Á LA EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES

ESTE año, como los anteriores, en el hermoso palacio de la Vía Nationale, celebra exposición de pintura y escultura la Societá degli amatori e cultori delle Belle Arti: en conjunto es más pobre y floja que otras veces; verdad es que debiéndose verificar en Venecia dentro de poco una Exposición nacional de Bellas Artes, los principales artistas italianos han reservado para ella sus mejores producciones. De nuestros compatriotas, sólo tres han concurrido al certamen que se abrió el 13 de Marzo: Guinea, que presenta dos cuadros conocidos ya por haber estado expuestos en el Círculo internacional. Sorolla, que ha llevado el cuadro que destina á la Exposición de Madrid, y el escultor catalán Agustín Querol, que concurre con dos obras de importancia como arte, aunque pequeñas.

Los cuadros de Guinea fueron objeto ya de nuestras observaciones, por lo que nada diremos de ellos: repetiremos, sin embargo, que cada vez gusta más el distinguido artista vascongado; constante, laborioso y sin pretensiones, llegará lejos por sus propios méritos; no es aficionado ni á vanos alardes, ni á inmoderadas alharacas.

El joven y simpático artista Sr. Sorolla ha expuesto, como

dejamos indicado, el cuadro que piensa llevar á la Exposición de Madrid. Representa la *Conducción del cuerpo de Jesús al Sepulcro*. Poco aficionados somos á establecer juicios comparativos; pero en presencia del asunto presentado por el joven valenciano, acuden á nuestra mente las obras maestras de Ticiano, Mantegna, Rubens, Tintoretto y tantos otros como emplearon su talento en asuntos que pueden llamarse de aquella época y que no vienen del todo bien, cuando para renovarlos sería necesario aventajar á los referidos maestros, al menos desde algún punto de vista.

No obstante, aun dentro del asunto mismo, se determinan tendencias diferentes; aquéllos más que en fuentes de conocimientos ciertos que pudieran llevarles á la representación de una escena verista, como diríamos hoy, se mantenían en más puros sentimientos, elevaban su alma á Dios y dejaban en el lienzo, más que un cuadro ajustado á reglas y preceptos de escuela, fruto de estudios é investigaciones, el resultado de un recogimiento de espíritu, lo sentido en el fondo del alma después de una meditación en cuestiones tan elevadas, que resueltas, operaron un cambio completo en la humanidad, la redención del linaje humano. Sentada esta base, que es á nuestro modo de ver indiscutible, los cuadros de los grandes maestros citados tienen ya un gran motivo de disculpa: á sus obras llevaron cuanto podían, gracias á las facultades de que podían disponer, dibujo correcto, brillante colorido, armonía de conjunto; todo, en fin, lo que puede constituir un buen cuadro, académicamente hablando. El asunto tomáronlo del Evangelio; mejor, si se quiere, de la tradición evangélica ó de algún sermón predicado por uno de esos padres coloristas, que parecen directores de escenas: para el desarrollo consultaron sólo sus propias inspiraciones; de aquí Cristo de cera, Apolo cristianizado, atleta dormido y tantos y tantos otros calificativos como podrían darse al Hijo de la purísima María, pintado por los que siempre deberán ser considerados como maestros en el arte.

Cuando alguno de éstos se aleja un poco de la tradición que viene siguiendo la iconografía cristiana desde los primeros siglos de la Edad Media, resulta una obra que los buenos

cristianos tienen que mirar con horror: ahora que para ser justos y poder dar á nuestros lectores exacta idea de las obras que vamos á examinar, hemos repasado nuevamente los Evangelios; al ver aquella serie no interrumpida de tormentos infringidos al hombre Dios; al considerar aquel encadenamiento de penas y dolores prolongados por más de doce mortales horas, lo primero que acude á nuestra memoria es el Cristo yacente de Holbein, que no hace mucho tiempo vimos en el Museo de Bale. Sobre fondo que acredita la afición del gran amigo de Erasmo á vencer las dificultades que resultan de destacar por oscuro, extendido en amarillento sudario se ve el cadáver de Jesús en tal forma que causa horror; aquel es cadáver de ajusticiado, cadáver de reo á quien no se cuidó en capilla, ni se llevó al patíbulo con miramientos; es el cadáver de un sér delicado á quien se arrastró, se abofeteó, se azotó cruelmente, se le hizo llevar pesadísima carga; es el cadáver de quien ha muerto en el más horrible de los suplicios; dominado por cruelísima sed que no le privó de ninguno de los agudísimos dolores que evitaba la embriaguez de la posca; es el cadáver de naturaleza humana, muerta tres horas después de estar en cruz. Por mucho que extrañe y hasta repugne aquel cuerpo no podía estar más que como lo pintó Holbein: el Cristo pintado como lo hicieron Mantegna, Ticiano, Tintoretto, Velázquez y otros, es de pura convención; llevados de su fe sin duda, supeditaron la naturaleza humana á la esencia divina, y aquel cuerpo parece dormir para despertar sin ningún rastro de sufrimiento: considerada la obra de aquellos maestros, podía decirse, aun viéndolo en la cruz, que redimir al género humano le había costado muy poco, y para los que creen, no fué así desgraciadamente.

Al cuadro religioso podía dispensársele todo cuanto tendiera al embellecimiento de Jesús y á la exaltación de nuestra fe, y verdaderamente vale más recordar las obras maestras que pecan por este defecto, que hacer memoria de aquellas otras en que sin duda el artista, para herir más seguramente el sentimiento de ciertos fieles muy obtusos, presentaba al Redentor de tal manera que bien podía parecer que, previo un

baño de aceite, lo habían rociado con una mezcla hecha de colores, necesaria para conseguir el que puede llamarse sangre de toro.

La primera manera de desarrollar artísticamente los asuntos para que puede beberse inspiración en el Viejo ó Nuevo Testamento, debía sufrir una transformación ahora que la crítica llega á todo, cuando el análisis no respeta nada; en verdad que esto no puede extrañar; los cuadros para que se halle asunto en los Evangelios pueden tener un carácter esencialmente histórico, que representando lo mismo, los aleje infinitamente del carácter piadoso que tuvieron hasta ahora. Así lo entendieron Munckacsy y Morelli, y de semejante manera de ver son resultados *Cristo en el pretorio* y *El Calvario*, del primero; *La tentación de Jesús*, *La deposición*, *Cristo con los pescadores* y muchos más, del segundo.

Este camino, es decir, el de sugestionar á la historia la tesis evangélica, es el que parece se propuso seguir nuestro amigo Sorolla; pues su cuadro, cuantos lo vean se convencerán no tiene carácter religioso, no hay en él absolutamente nada que lo pueda hacer hijo de una inspiración mística. A pesar de la tendencia del autor, es lástima que su obra se halle también bastante lejos de ser un cuadro de historia, tal como éstos deben entenderse en nuestros días.

Antes de pasar adelante y en nuestro afán de dejarlo dicho todo, séanos permitido declarar que á Sorolla, cuando emprendió su obra, no le pudo cegar la ambición de un éxito que debía saber seguro desde el momento en que eligiera un asunto al alcance de sus conocimientos, para encuadrarlo en una tela que pudieran llenar sus facultades, que no han llegado aún ni con mucho al floreciente desarrollo que prometen obras y estudios suyos, que hemos visto. Al cuadro grande, de considerables dificultades y trillado asunto, ha ido nuestro joven compatriota por creer, como tantos otros, que el público no aprecia más que inmensas telas, tenebrosos asuntos y manchas de sangre. Quisiéramos tuvieran presente que Millet ganó medalla de honor en Exposición Universal con su cuadro *Los inválidos*, cuatro figuras que reposan de fatigas que no se curan, sentadas en tosco banco, ¡pero qué figuras

y qué banco!, y que F. Domingo consiguió primera medalla con una figura de *Santa Clara*, sin más acompañamiento que el inmenso mérito de su obra.

Acometido el asunto de la Conducción del cuerpo de Jesús al Sepulcro, con tendencias á no repetir lo hecho, sino para darle carácter histórico, hubiera podido realizar un hermoso cuadro; pero sentimos tenerlo que decir: no ha conseguido su intento; dejándose resbalar por peligrosa pendiente, ha caído en extravagancias que hacen olvidar se trata de un joven artista español; frente á su obra no hay más remedio que recordar ciertas exageraciones de Morelli, sin que puedan venir á la mente las buenas condiciones que posee el jefe de la moderna escuela napolitana.

Para mejor hacer el examen de este cuadro, séanos permitido algún recuerdo histórico, ya que de historia se trata. Según todos los evangelistas; ó mejor, de acuerdo con los sinópticos y reduciendo el tiempo á nuestra manera de contar, serían las nueve de la mañana cuando Jesús debió salir del pretorio y emprender el camino del Gólgota, condenado como súbdito romano y reo de Estado á morir en la cruz, suplicio no judío: los hebreos lo hubieran lapidado. Á la cima del monte, tan venerado después, llegó á las doce y fué crucificado, muriendo tres horas más tarde. Su delicada naturaleza no le permitió el cruelísimo prolongamiento de vida que otros sufrían y que en casos llegó á ser tal, que la muerte sobrevino por hambre. La ley del imperio, ductil con quien no le hacía la guerra, doblegábase en extremos que á veces podían hacer creer al pueblo hebreo que no se violaba la suya, si bien en general era observada como si siempre se aplicara á vencidos. Como el día siguiente al en que se verificó la solemne tragedia era sábado de los más señalados, que por nada ni por nadie podía violarse; como en el Deuteronomio se hallaba la prescripción de que cuando un hombre cometiere delito de muerte y sentenciado á morir fuera colgado en un patíbulo, su cadáver no podía permanecer en él, sino que debía ser sepultado en el mismo día, prescripción que observó Josué con el Rey de Hai y que no se olvidó nunca, aquella tarde se tuvo que proceder rápidamente y realizar el crurifra-

gium antes que otras veces: la orden de llevar á cabo este horrible complemento de tan atroz martirio debió ser posterior á la súplica que dirigió á Pilatos un rico individuo del Sanhedrin, José de Arithmatea, para que le permitiera dar sepultura al crucificado. El pretor accedió; pues si bien lo solicitado se oponía á la ley hebraica, estaba en sus facultades con arreglo á la romana: llamóle, sin embargo, la atención el que la muerte hubiera sido tan rápida, y como temiera alguna superchería de los discípulos, no otorgó sino cuando el centurión que había mandado la cohorte le dijo ser cierto, y por lo que fué innecesario también en Jesús el crurifragium, aplicado á los facinerosos que murieron con él. Opinan algunos comentaristas que cuando el de Arithmatea llegó á cumplir el sagrado deber que se había impuesto, el cuerpo de Jesús estaba desprendido ya y que los soldados se lo entregaron sin dificultad ninguna; otros, que todo lo tuvo que hacer el que, según el Evangelio, hasta entonces sólo se había acercado á Jesús de noche, para indicar que era aquella la primera vez que daba ostensibles muestras de cristiano. Óptese por cualquiera de los extremos y siguiendo al Evangelio, el cuerpo fué embalsamado con los perfumes llevados por Nicodemo, rico también, que ayudaba al individuo del Sanhedrin que tan valerosamente afrontó la lucha; envolviéronlo en un sudario, y no pudiendo disponer de mucho tiempo, lo sepultaron en un huerto vecino, esperando que pasara el sábado para darle una sepultura más en armonía con los sentimientos que le habían guiado.

Esta es la historia de la cual puede deducirse en primer término una cuestión de tiempo. Habiendo espirado Jesús á las tres, no podía ser precisamente esta hora cuando José pidió personalmente á Pilatos el cuerpo de Jesús para darle sepultura: admitamos que pasara una hora; la duda del pretor, por la que tuvo que llamar al centurión que estaría en el Gólgota, el tiempo empleado en esta diligencia, el que tardarían en volver al Calvario y realizar las operaciones de descender la cruz, desclavar el cuerpo, embalsamarlo, envolverlo y conducirlo al lugar de la sepultura, ¿no es bastante á suponer, contando desde las cuatro de la tarde, que hacía ya

mucho tiempo que el día había dejado por completo su lugar á la noche y que aquella interesantísima escena tendría lugar en medio de las más profundas tinieblas, alejadas en corto trecho por el rojizo resplandor de algunas teas? Creemos que no son necesarios cálculos para afirmarlo. Ticiano lo entendió así y consiguió admirables efectos, pues más apropósito nos parece la dudosa luz de las antorchas, que sirve para alumbrar su cuadro, que la penumbra indefinida de un sol poniente con dudosos efectos, que es la luz que el joven artista ha dado al suyo, faltando desde luego á la verdad histórica.

A favor de esta luz, mal distribuída además, por cuanto no avalora todos los términos en la medida que debía hacerlo, se ven la composición poco cuidada, incorrecciones de dibujo y faltas de perspectiva.

No somos nosotros, ni podemos serlo, partidarios de la composición académica consagrada por los años; pero queremos que cuando se presenta un cuadro con pretensiones, tenga elementos de conjunto que agraden, de lo cual dista mucho el de nuestro joven compatriota; su inmensa tela puede dividirse en dos mitades de alto á bajo: á la izquierda tres personajes bajan el cuerpo de Jesús, que el artista presenta extendido en una escalera de manos, completamente descubierto; por tierra, en una manifestación de dolor exagerada, una figura que cuesta trabajo ver; otra arrodillada, que sería mejor no verla, y en segundo término, siempre de este lado, unas figuras sin valor ninguno, que nadie explicará por qué el artista las ha dejado tan vecinas de las absolutas tinieblas; á la derecha, y para contrabalancear todo el cuadro, se ven únicamente las figuras de la Virgen y San Juan, destacándose sobre penumbra y de un tamaño grande, muy grande; avanzados al primer término resultarían gigantescos, casi colosales.

Hecha la exposición del cuadro, analicémoslo en sus detalles: la única nota que puede dar novedad al asunto es la escalera en que conducen á Jesús. Esto ha sido empleado ya por Rembrandt (1), más sea de tan célebre maestro, sea de

(1) La conducción al sepulcro de que hablamos es el núm. 60 del catálogo

nuestro joven compatriota, nos parece una atrocidad. Admitimos que un artista estudie cuanto quiera para dar novedad á un asunto; pero jamás se podría ver con buenos ojos que esta novedad se quiera obtener á costa de lo que exige la verdad, el sentimiento y la tradición. Si el cuadro fuera puramente de carácter religioso, la escalera sería un desacato; aquellos hombres por nada ni por nadie hubieran colocado el cuerpo del Hijo de Dios de la misma manera que se coloca hoy á los infelices albañiles que caen de los andamios para llevarlos al hospital; desde el punto de vista histórico, la escalera está mucho peor; las fuentes de conocimiento á que el artista puede recurrir son los evangelios, y en este punto el error era mucho más grave; pues todos ellos, lo mismo los admitidos por la Iglesia que los reconocidos como apócrifos, declaran que José y Nicodemo embalsamaron y envolvieron el cuerpo de Jesús en un sudario, conduciéndolo rápidamente al sepulcro, que se hallaba en un huerto próximo. No era esta la manera de enterrar entre los hebreos; éstos, después de lavar y embalsamar el cuerpo muerto, ligábanle con fajas estrechas las manos y los pies, cubriendo la cabeza con un sudario; mas José de Arithmatea y Nicodemo, únicos que con las santas mujeres presentes llevaron á cabo la operación, no pudieron detenerse; procedieron con rapidez y previsoramente por no violar el sábado que entraba ya, reservándose dar una forma solemne y definitiva al sepelio cuando pasara el día de parasceve. Como se ve, la escalera sobra, y la presentación del cuerpo descubierto sobre ella es una falsedad disculpable en quienes quieran excitar el sentimiento religioso, pero punible en quien se aleja de él para entrar en otro campo. De un cadáver cubierto, un artista puede sacar gran partido; siempre recordaremos un cuadro de la galería nacio-

de Blanc, 84 de Bartsch, 88 de Claussin y 89 de Wilson. Yani describe esta estampa en los siguientes términos: Quattro Discepoli da una parte portano sopra un cataletto il signore acompagnato da diverse persone. A la di lui destra stanno due Marie che piangono, una colle mani incrocchiate, e l'altra con fazzoletto agli occhi. Il fondo ha delle montagne, e sopra la piu piccola vi si scorgono sei figure, ed un cavallo.

nal de Pesth, cuyo asunto no puede ser más tétrico, sin que para nada se vea el muerto. Un magnate de aquella nación casi oriental, ha sido decapitado; su cuerpo yace extendido sobre las frías losas de una capilla, cubierto con un blanco lienzo admirablemente pintado, que dibuja el contorno y acusa de una manera perfecta la forma humana; á la altura del cuello roja mancha de sangre revela el drama; cerca, dos mujeres que lloran arrodilladas, y el todo iluminado por la vacilante luz de cuatro blandones. Esto es dar novedad á un asunto tétrico, quitándole cuanto pueda tener de repugnante.

Prosigamos con nuestro cuadro: el artista español hace conducir la escalera por tres personajes, cuando en realidad sólo intervinieron dos; mas pasando esto por alto, fijémonos en la condición de ellos. José y Nicodemo eran ricos, ambos pertenecían al Sanhedrín, y el primero venía de conferenciar personalmente con el pretor de Judea. ¿Cree nuestro amigo Sorolla que es posible pintar á personas de esta condición mal cubiertas con harapos, como si fueran enterradores de baja estofa? ¿Cree el joven artista valenciano, que tanto promete, que los ricos hebreos de aquel tiempo andaban por la calle á medio vestir? No por cierto, aquellos trajes eran más costosos que los de hoy, y á poco que estudie el joven artista, se convencerá de los grandes errores que ha cometido en este punto.

Considerando ahora el dibujo, apenas se comprende cómo no ha visto que aquellas figuras, dado lo escabroso y pendiente del terreno, están en un equilibrio inestable, que rodarían arrastradas por la impulsión natural con que las presenta. Descuidada la perspectiva, el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo resulta largo, larguísimo, y la figura de primer término que está á los pies de la escalera, no puede decirse que la lleva; es un pobre que está atravesado por la misma; uno de los palos laterales le entra por la espina dorsal y le sale por la boca del estómago. Menos mal, si después de todo esto, el color fuera como el de otros artistas que hemos visto. Si revelara haber estudiado los maestros de la escuela á que parece debía pertenecer habiendo nacido en Valencia, el cuadro re-

sulta gris, no es sobrio, sino pobre, y de ejecución tosca.

Nos decía un célebre artista, y tenía muchísima razón, que frente á un cuadro lo primero que había que hacer contemplando las figuras era preguntarse: ¿qué es lo que están haciendo? Frente al cuadro de nuestro compatriota, haciéndose el espectador esta pregunta y prescindiendo de la condición de los personajes que se ven allí, no puede decir más que son unos enterradores que avanzan llevando un cadáver, al que van á despeñar por un precipicio; aquellas figuras no andan; la de delante planta y espera la impulsión del que viene detrás, que parece quererlo dejar caer también. Esta acción se ve aún más claramente justificada contemplando las figuras con que el artista ha querido representar á San Juan y la Virgen, que parecen, más que otra cosa, sobreco-gidos esperando lo que va á suceder.

A esta obra venimos llamándola cuadro, y no es así; un crítico italiano ha dicho veía sólo un gran marco conteniendo una tela inmensa manchada de oscuro, en que sólo destacaba la firma; apreciación que nos parece un tanto exagerada. Sorolla ha hecho un boceto muy grande, en el que ha estudiado poco, pues dentro de aquellas figuras no hay nada; el suyo no es un cuadro por acabar, porque de la manera que está dispuesto y ordenado, nunca sacará partido, ni aun contemplando en muchos años el estudio que le falta.

De todo cuanto dejamos dicho puede deducirse una verdad muy grande: para pintar hace falta algo más que la intención, que el instinto y que el temperamento, términos con los que no se dice nada y quieren encubrirse defectos, hijos de pretensiones; la mancha, la impresión no constituye cuadro ni puede revelar nada; es menester acabar la obra, y para esto hay que empezar como el arte exige. El loco del Quijote decía que no era fácil inflar un perro; hay pintores, al parecer cuerdos, que creen ser más sencillo pintar un cuadro. Lo sentimos por ellos.

Querol ha llevado á la Exposición una veneciana, que revela profundo estudio, y una cabeza que titula Meditación, y que medita efectivamente.

A. FERNÁNDEZ MERINO.



APRECIACIÓN DE LA CRISIS AGRARIA

POR LA DIFERENCIA

ENTRE EL PRECIO NATURAL DE LA PRODUCCIÓN Y LAS COTIZACIONES DEL MERCADO

- I.—Deficiencia de la fórmula de los economistas respecto del precio de las mercancías.
- II.—Factores económicos que constituyen en cada país el precio natural de la producción agrícola.—Causas que han determinado en los mercados europeos la superioridad de la importación americana sobre la de Rusia y Hungría.—Coste de la producción de cereales en los Estados Unidos y en la India.
- III.—Coste del cultivo de cereales en España.—Peligro de ruina para los cultivos nacionales, por la inferioridad económica en que se halla nuestro labrador enfrente de sus competidores en el mercado universal.



COMO toda fluctuación y con mayor motivo toda perturbación económica se traduce instantáneamente por el alza ó baja del valor de las cosas, no hay procedimiento más adecuado para apreciar la intensidad con que un desequilibrio económico afecta á la producción, como el precisarlo, en cuanto sea posible, por una comparación de las diferencias que resultan entre el precio con que en los respectivos pueblos puede una industria presentar sus mercancías por razón del coste de su producción, y

el precio corriente que adjudican á esas mismas mercancías las cotizaciones del mercado. Por este procedimiento nos proponemos graduar ahora la crisis presente de nuestra economía agraria.

El efecto inmediato de la crisis económica que atravesamos ha sido un descenso rápido de los precios, y como consecuencia de esto la ruina aparejada contra aquellos ramos de la producción agrícola é industrial que no hallan en el mercado un precio remunerador. Por consiguiente, los términos de este conflicto económico se reducen á determinar si los ramos de la producción nacional amenazados por la baja del mercado universal pueden ó no ponerse en condiciones mediante las cuales ó se abarate su coste de producción ó se neutralice para ellos la baja de precio y alcancen una ganancia que cuando menos sea estrictamente remuneradora del capital y del trabajo invertido. La producción que no logre tales condiciones puede desde luego declararse en quiebra, transfiriendo cuanto antes á otros veneros de riqueza el capital que consiga salvar. Sa trata, pues, de un problema que no sólo difiere de nación á nación, sino que reclama también remedios y temperamentos diversos para cada ramo productor. Prescindiendo, para mayor brevedad y claridad, de las demás industrias, concretaremos nuestro examen á la depreciación agrícola.

¿De qué dependen los precios para la producción agraria?

De la indiscutible ley de la oferta y de la demanda, contesta el economista. Es esta una verdad tan palmaria que así como los ingleses la clasifican entre lo que ellos llaman *truismes*, podemos nosotros calificarla de perogrullada. No se conoce en el mundo más que un elemento capaz de volver del revés la perogrullada economista, y este elemento lo constituyen las damas encopetadas cuando se encargan de la venta en los bazares filantrópicos. Ciertamente que esta ley de la oferta y de la demanda rige como inexorable en el mercado universal; pero la misma generalidad de los términos en que se formula envuelve tal vaguedad, que realmente con ella nada se explica. Deja indefinidos hasta los mismos términos de su concepto, no precisando cuál de ellos determina el alza ó baja de cada caso, si la oferta ó la demanda. El agricultor, por su parte, tiene aprendido

experimentalmente que esta cuestión capital de los precios no se resuelve por manera tan expedita y sencilla como suponen los economistas, y que la fórmula de la relación directa entre la oferta y la demanda de suyo incontrovertible, deja intactos los más fundamentales problemas de la producción, fijándose únicamente en el último trámite de la operación mercantil. Nada más difícil y complejo que el análisis de los múltiples y variables factores locales y generales que en cada ramo de producción concurren á formar el precio de los productos mediante el cual una industria se remunera de los gastos y percibe ganancias. A esto replica el economista que liquidándose por las leyes soberanas del mercado el valor real que corresponde á cualquier mercancía en la compensación suprema de los infinitos elementos de la producción universal, las leyes naturales se sobreponen allí á los accidentes locales, y resulta por ellas condenada como antieconómica toda producción que por sí misma no se nivele con la cotización que dicta el mercado. Por lo tanto, en virtud de esta teoría proclamada por la escuela y que no deja de tener algún viso deslumbrador por su aparato humanitario, cada pueblo debe limitarse al desarrollo de las fuerzas que le son propias, dando en cambio libre acceso en sus fronteras á lo que otros pueblos pueden producir más ventajosamente. Tal vez aplicada semejante teoría á algunos ramos secundarios de la producción, pudiera originar positivos beneficios. Mas si en nombre de este ideal teórico se la dice á una nación que abandone en los campos el manejo del arado porque en tierras vírgenes lejanas se produce mejor y más barato el trigo, ante ella el instinto de salvación de la patria se sobrecoge de espanto, mirándola como el más terrible de los azotes que puedan asolar el suelo nacional.

No es, por consiguiente, el problema de los precios tan sencillo, ni de tan expedita y natural solución como el libre cambio lo supone. Los gobiernos tienen que meditar con más hondo criterio las trascendentales cuestiones que entraña. Y si una revolución económica que transforma y estremece al mundo entero arroja de pronto á nuestros mercados la producción exuberante de nuevos continentes, y nos ofrece todos los frutos de la tierra á precios viles que precipiten en la ruina

á la clase más numerosa de la nación, á la riqueza más firme y necesaria para la patria, los Gobiernos no pueden contentarse con el insensato *laissez faire, laissez passer* de los economistas, sino que han de mirar como el más primordial entre sus deberes el conjurar á toda costa la catástrofe. A este efecto, la primera de las cuestiones que deben resolver con el sentido práctico del estadista, es el problema capital de la razón de los precios en la producción agrícola nacional.

II

Según dejamos indicado, los factores económicos de la producción nunca son iguales, ni su combinación se mantiene tampoco largo tiempo en el mismo equilibrio. Pero no obstante esta movilidad constante y las diferencias de mucha consideración que suelen mediar de un punto á otro, hay, sin embargo, en el conjunto de la vida económica de cada país un tipo de valor que representa como el justo medio compensador de coste y beneficio para todo el ramo de esa producción nacional. Por ejemplo, en la gigantesca granja Bell del Canadá, que cultiva un dominio de cien millas cuadradas, el trigo producido puede venderse con muy buen beneficio á 4 pesetas 50 céntimos hectolitro (1); pero este resultado excepcional que se alcanza con la producción en tan grande escala, se promedia luego con el coste general del cultivo en todo el territorio de la colonia y se forma el tipo medio del precio natural del trigo en aquel mercado. De igual manera se constituyen los precios naturales de las demás regiones productoras, prescindiendo de las alteraciones que sobre este tipo medio de valor inicial produce luego en alza ó baja la presión del déficit ó la abundancia interior ó exterior. Este fenómeno de nivelación

(1) JEANS. *Supremacía de Inglaterra*, cap. IV, Ronna (pág. 95) cita el ejemplo de una granja en el condado de Grundy, Estado de Jowa, donde el coste del hectolitro de trigo resulta á 2 pesetas 82 céntimos.

local en el valor de los cereales como en cualquier otra fruto de la tierra, mientras el comercio no llegó á eliminar las grandes distancias, podía antes precisarse mucho mejor que ahora, porque espontáneamente se reflejaba en los mercados cuyas transacciones producían del modo más constante el precio medio inicial que correspondía al coste de la producción en cada territorio, no influido sino por los accidentes de la respectiva región. Aun hoy todavía en los pueblos de más atrasadas comunicaciones, como España, pueden apreciarse en cierto modo estas diferencias de precios naturales de provincia á provincia y de comarca á comarca. El precio medio del trigo en toda España durante el mes de Enero último, fué 20,74 pesetas hectolitro. Hubo provincia en cuyo mercado el tipo de las transacciones fué de 32,23 pesetas hectolitro, mientras en otras, como Cáceres, se vendieron considerables partidas á 11,02 pesetas. Pero en aquellas regiones donde se ha desenvuelto en toda su plenitud la facilidad y baratura de los transportes modernos, los precios locales se nivelan con los del mercado universal que aproxima los precios extremos correspondientes á cada producto por el mundo entero. En efecto, desde el momento en que por un accidente regional se produce, por ejemplo, en una comarca un encarecimiento de una peseta en el precio del hectolitro, en el acto los especuladores puestos sobre aviso por las mercuriales, ó por el telégrafo, se encuentran en condiciones de acudir á ese mercado en un radio de 200 á 300 kilómetros; porque una peseta por hectolitro representa 13 pesetas por tonelada, y 13 pesetas por tonelada permiten con las tarifas más usuales de los ferrocarriles un recorrido de 200 á 300 kilómetros. (1)

(1) Esto explica el porqué van desapareciendo en las localidades todas esas especulaciones sobre cereales, que emprendían no hace mucho en pequeño el propietario ó el colono acaudalados y previsores, y los agentes intermediarios que se conocían antes en los pueblos con el nombre de acaparadores ó comerciantes de granos y tan elogiados por Adam Smith. (*Riqueza de las naciones*, lib. IV, cap. V.) Los unos guardaban su cosecha; los otros acaparaban las mieses en el Agosto para realizarlas en los días de carestía. Ahora el propietario tiene siempre urgencia de vender, y los pequeños comerciantes de gra-

Aunque por las razones apuntadas resulte cada vez más difícil el apreciar el coste natural de una producción en determinado territorio, cabe, sin embargo, fijar por aproximación un tipo medio de este coste, analizando los diferentes factores económicos que, combinándose de diversa manera en cada país, motivan su carestía ó abaratamiento. Generalmente suelen señalarse como elementos fundamentales del

nos desaparecen de las comarcas en cuanto en ellas se desarrollan las grandes corrientes del tráfico.

Temerosos de la gran especulación, no se atreven á arriesgar ninguna operación local sobre estos artículos. El comercio de granos se monopoliza por la gran especulación que opera sobre él en la misma forma que con los valores bursátiles, manejando hábilmente el alza ó la baja como arma de dos filos que esgrime alternativamente contra el productor ó contra el consumidor. Disponiendo de medios de información inaccesibles al público, descartando más contingencias de azar en los negocios, y dotado, en parte por esto mismo y en parte por la audacia del temperamento, de más decisión para arrostrar las pérdidas que el que á costa de mil sacrificios acumuló alguna economía, á su mediación acuden necesariamente productor, y consumidor. Si el especulador necesita la baja, vende en un momento determinado y á plazo mercancías que no tiene; y como á él ha de acudir el productor por lo general apremiado para la venta inmediata de sus frutos, tendrá que someterse á la ley del mercado que el especulador le imponga. Si por el contrario le conviene el alza, no tiene más que invertir la operación dirigiéndola contra el comprador. Por más que el oficio tenga también sus quiebras, «las crisis comerciales y económicas son por el contrario, como lo observa en esta parte no sin fundamento Max Nordaux, las grandes fiestas de la especulación, las ocasiones solemnes para estrujar en masa á toda la muchedumbre de la economía y del trabajo de un pueblo y á las veces de una parte del mundo. Entonces el gran capitalista abre su boca enorme y devora, no sólo el bienestar del público que busca la inversión de sus ahorros, sino también la industria del pequeño carnívoro de la Bolsa, á quien suele permitir de ordinario jugar en torno suyo, como el león y el ratoncito. Las grandes bajas las producen y explotan los capitales potentes. Compran entonces todo lo que tiene valor y esperanzas de mejorar, para revenderlo luego con beneficios enormes en cuanto haya pasado la tormenta, colocándolo entre las mismas gentes que se lo cedieron á precios ínfimos. Repitiendo el mismo juego cruel cada vez que algunos años de apacible trabajo llenaron las arcas destinadas á periódico saqueo y en las cuales los productores atesoran sus economías, las crisis financieras vienen á ser como golpes regulares de pistón, por los cuales el grueso capital absorbe para sus propios depósitos todo el excedente del trabajo de un pueblo.» *Las mentiras convencionales de nuestra civilización.—La mentira económica.*

gasto que ocasiona una explotación agrícola y determina los precios iniciales de sus productos, ó sean los precios naturales de los respectivos países, como los llamaba Adam Smith: 1.º, el valor de la tierra ó de su arrendamiento; 2.º, el desembolso por mano de obra de su cultivo (jornales, semillas, maquinaria, abonos); 3.º, el rendimiento de sus cosechas (1). Pero además de estos factores económicos concurren para abaratar ó encarecer la producción otros no menos importantes, como la clase y fertilidad de la tierra, la población, los impuestos, las vías de comunicación interior y exterior, las facilidades del crédito para proporcionar á los cultivos el capital que necesitan, etc.; y prescindimos de aquellos otros que, aunque de no menos principal importancia, sería inútil enumerar aquí, pues son más bien para tenidos en cuenta en un tratado *De Re rustica* que en un estudio político sobre la crisis agraria. Comparando los factores de nuestra economía rural con lo que significa cada uno de estos elementos económicos en los grandes centros productores que se disputan el abastecimiento de cereales del mercado universal, es como se alcanza el más exacto conocimiento de la propia situación en medio de los conflictos de esta competencia productora.

Rusia fué largo tiempo el granero más abundante de Europa. Rarísima vez antes de mediados del siglo el precio del hectolitro de trigo excedió de 12 francos en el mercado de Odesa, y este tipo, encarecido por el importe de los fletes hasta nuestros puertos era el que servía como de regulador en los mercados de nuestros Estados occidentales cuando el déficit de las cosechas nacionales determinaba las importaciones. Hasta 1877, con mayor ó menor intensidad, esta fué la principal corriente abastecedora de Europa. Pero desde entonces, con el rápido descenso del coste en los fletes de travesía del Océano, las regiones más lejanas han venido á suplantar de improviso á Rusia y á Hungría en la supremacía que gozaban dentro del mercado europeo. Los Estados Unidos, la India

(1) Véase E. LECOUTEUX. *Le Blé sa culture intensive et extensive*. — L. GRANDEAU. *La production agricole en France*.

y la Australia son ahora los formidables competidores que en este ramo imponen sus precios al mundo.

Antes de 1877, en los Estados agrícolas de Norte América el coste de producción de los cereales era muy inferior al de Rusia; pero el precio de los trasportes los comunicaba de los mercados. No hace aún muchos años sólo el salvar la distancia desde Chicago á New York bastaba para duplicar el valor de esta mercancía. De año en año fueron eliminándose con asombrosa rapidez tales diferencias, y ya para 1877 el trigo se cotizaba en New York entre 17 y 16 francos. En estas condiciones con que se produjera un déficit en las cosechas europeas, tenía que pronunciarse en el acto una poderosa corriente de exportación hacia nuestros puertos. Sobrevinieron, con efecto, malos años consecutivos para nuestros campos, en términos que sin las afluencias del exterior hubieran asolado á Europa hambres como las que dejaron tan trágicos recuerdos en la historia; y desde entonces los Estados Unidos se enseñorearon de nuestras mercuriales; y no sólo cubrieron los déficit de nuestras cosechas, sino que ejercieron en el mercado una presión ante la cual nuestros labradores se sintieron en lo sucesivo sin elementos de competencia.

Fácilmente se comprende lo que ha de ser el precio natural de los cereales por aquellas regiones, cuando desde hace años, costando todavía 7 pesetas el flete del hectolitro desde San Francisco á Liverpool, podían los trigos de California salvar los 25.000 kilómetros de distancia para acudir en busca de beneficios al mercado inglés. Y si durante largos años la distancia fué el factor que más cohibía allí el desarrollo de la producción agraria, hoy en ninguna parte del mundo han adquirido los trasportes tan portentosa baratura. En los arrastres de tierra la rivalidad de las potentes compañías justamente apellidadas los siete Reyes de la Unión, ha dejado reducido el precio de los trasportes á un precio inverosímil.

En 1879 era de tres céntimos de peseta por tonelada kilométrica, y en 1883 en la línea de Pensilvania el precio de arrastre de la tonelada era de céntimo y medio. Desde entonces no se ha paralizado la baja, y no es posible presagiar hasta qué extremo llegarán las rebajas; pues esas compañías

tienen al mismo tiempo entabladas competencias de vida ó muerte con la navegación fluvial, que por obra de la naturaleza y del arte es en los Estados Unidos una de las maravillas del mundo, habiendo canales como el del Erie, en el cual seis décimos de céntimo de peseta por tonelada y kilómetro, todo gasto comprendido, deja beneficios de transporte (1). Aun todavía es mayor la baratura en los fletes de travesía del Atlántico. La mercancía, cuyo arrastre por vía férrea costaría 1.000 francos, y 375 francos sobre un canal en buen estado y libre de derechos de tránsito, sólo pagaría por igual recorrido en el Océano 75 francos (2).

(1) Véase A. DE FOVILLE. *La transformación des moyens de transport*, capítulos III, IV y VII. — JEANS. *La supremacía de Inglaterra*, capítulos VII y VIII. — RONNA. *Le Blé aux Etats Unis*, pág. 131.

Tampoco es fácil apreciar desde ahora toda la influencia trascendental que en el abaratamiento y progreso de los medios de transporte, ha de producir la próxima apertura del canal de Panamá y la sustitución del carbón de piedra por los residuos del petróleo, como combustible para las máquinas de vapor. Pero de todos modos, por lo que se refiere á la vida agrícola de los Estados Unidos, es evidente que estas transformaciones sólo pueden aportarles beneficios. Antes de que termine el siglo se habrá abierto el canal por mucho que se opongan los Estados del Norte, que han venido acaparando hasta ahora la dirección económica de toda la Unión, subordinando los intereses agrícolas del Sur y del Oeste á los intereses industriales de la Nueva Inglaterra, New York, Pensilvania, New Jersey, etc., y combinando, en fin, los trazados de ferrocarriles para el mayor beneficio de Nueva York, Boston y Filadelfia. Si los Estados del Sur, después de vencidos por las armas, tuvieron que resignarse á padecer la explotación financiera y comercial del Norte, hoy la flaqueza que condenaba al ostracismo á los Estados del Sur va desapareciendo rápidamente por el crecimiento de la importancia del Oeste, cuyos intereses agrícolas se armonizan con los del Sur y pugnan con los del Norte. Cincinnati, San Luis y Chicago, empiezan á rivalizar con las otras tres metrópolis hasta hoy dominadoras del Gobierno central; y el día que arrebatan á sus rivales el monopolio de las comunicaciones directas con el Atlántico por los lagos, y con el golfo de Méjico por el Mississipi, cuando Panamá abra al extremo Oeste salidas independientes de las claves comerciales de New York y Filadelfia, entonces ó se producirá un cambio radical en la supremacía de los intereses é influencias que imprimen dirección al Gobierno norte-americano, ó surgirá una excisión terrible, parecida á la que en otro tiempo encendió la guerra separatista.

(2) FOVILLE, obra cit., pág. 162.

Si hace poco la vida rural estaba allí comprimida por aislamiento de los mercados, ya tiene expeditas las principales vías para derramarse por el mundo entero en demanda del precio más ventajoso. Así es que todos los territorios desparramados como eriales sin valor por los confines de la civilización, se convierten en los solares más reproductivos de la tierra. Y á este incomparable factor de economía en la producción, que consiste en adquirir la propiedad de hectáreas de terreno por menos de lo que nos cuestan en Europa las prendas ordinarias de la sastrería, se añade en los Estados Unidos y en el Canadá, la fertilidad natural de un suelo virgen que, sin los grandes dispendios del cultivo intensivo, produce tan cuantiosos frutos como la hectárea mejor fertilizada por los abonos, y además el no conocer ninguna de las cargas tributarias que en las viejas naciones europeas abruman al agricultor; y por último, crédito, si no tan fácil como en Inglaterra, menos oneroso por lo general que en nuestro continente, potentes maquinarias y explotaciones colosales que abarcan 20, 30 y 40.000 hectáreas, en poder de compañías como la del camino de hierro del Pacífico Norte, ó de sindicatos de banqueros de Nueva York que las negocian en forma de especulaciones financieras, logrando para sus capitales beneficios anuales de 30 y 40 por 100 (1).

Sin embargo, desde regiones aun más apartadas han surgido para los Estados Unidos nuevos formidables competidores en nuestro abastecimiento. Tal vez con el asalto que está dando la civilización al continente africano y al Asia central en el Congo ó en el Sudán ó entre Orko y Oremburgo, se formarán algún día explotaciones rurales que esterilicen los cultivos del Far-West americano; pero por de pronto en la India y en la Australia se han creado de improviso fuerzas colosales que en cuanto empezaron á dar las primeras señales de su existencia, parecieron avasallar todos los demás centros de producción.

(1) RONNA. *Le Blé aux Etats Unis*, y los informes de MM., CLARE SEWELL READ y ALBERT PEEL.

La India es la más favorecida en feracidad del suelo, densidad de población y baratura de mano de obra. Las inmensas llanuras allí formadas por los deltas de sus caudalosos ríos, fecundadas por inundaciones periódicas al verificarse el deshielo en las cumbres del Himalaya, estaban hasta hace poco exclusivamente consagradas al cultivo de los arrozales. Basta para la labor de aquellas tierras de aluvión que los rebaños las apisonen unos días antes de repuntar el arroz, y á los tres meses recoge el indio las feraces cosechas que acabarían por destruir toda industria arrocera en Europa. Pero desde que el canal de Suez les franqueó comunicaciones más expeditas con nuestros mercados, las poblaciones del Indostán comprendieron la posibilidad de recoger extraordinarios beneficios, no dejando ya improductivos durante nueve meses del año los campos anualmente fecundados por la crecida de los ríos; y al efecto, sobre la misma tierra que acaba de rendir la opulenta cosecha de arroces, se apresuran ahora á sembrar el trigo. Esa tierra tan feraz no tiene en realidad precio mercantil, porque para su casi totalidad el Estado es el único dueño, y se limita á percibir en forma de impuesto de los que la cultivan una contribución que por mucho que pueda importar jamás equivaldrá á los cánones más bajos de los arrendamientos territoriales en Europa. No es difícil darse cuenta de la asombrosa baratura con que en estas condiciones pueden conseguir los frutos de la tierra agricultores cuyo alimento cotidiano se reduce á un puñado de arroz, y se cobijan en una choza que no cuesta cinco pesetas, y usan por todo vestir una faja de algodón de media vara de ancho por dos de largo. Los que han hecho estudio de aquella producción aseguran que el precio medio del hectolitro de trigo en las provincias centrales y á distancia de 400 millas de Calcuta, aun en las ventas al por menor y comprendiendo un beneficio considerable para el comerciante indígena, es de 2 pesetas 50 céntimos hectolitro (1). Naturalmente otros tienen que ser los precios del litoral; pero dado el coste actual de los trasportes y con las

(1) *Informe sobre el comercio de la India inglesa, de 1879 á 1883*, pág. 65.

diferencias corrientes en el cambio de la *roupia*, convienen los mejor informados que la India puede presentar sus trigos con buen beneficio en los principales puertos de Europa al precio de 13 pesetas hectolitro (1). Y por si no fuera aún bastante

(1) Véase la referencia que hace el Príncipe de Bismarck al informe de los Cónsules del Imperio alemán en la India (*Reichstag*, ses. 12, fev. 1885). Hoy este coste resulta á más alto precio por haberse modificado las diferencias del cambio, que antes permitían al comercio inglés comprar en Europa 10.000 rupias por 20.825 frs., que equivalían en la India á 25.000 frs., por cuyo agio, no sólo se cubrían los gastos del flete del trigo, sino que quedaba además considerable ganancia.

«Los Estados Unidos, dice *Jeans* (obra citada, cap. VI), pueden competir todavía en el mercado europeo con la producción indiana. La principal diferencia entre los dos pueblos es la del precio del trabajo. En el Punjaub los salarios agrícolas varían de 20 á 60 céntimos de peseta; en el Oudh importan 15 céntimos, y en las provincias centrales oscilan de 15 á 30 céntimos. En los Estados Unidos rara vez el salario baja, aun para los negros, de 23 á 25 pesetas por semana. En la India, 70 millones de seres humanos viven de la agricultura, y de ellos más de la mitad prestan su trabajo diario por un jornal inferior á 60 céntimos de peseta. En América el total de la población rural se compone de siete millones y medio de habitantes, cuya mitad son jornaleros que perciben de 17 á 38 pesetas semanales... Pero teniendo en cuenta los demás factores de la producción americana, resulta que el Far-West puede darse el trigo á un coste que difiera poco del de la India, y exceda apenas de doce pesetas y media quinta!... El estudio de Mr. Atkinson demuestra que el trigo puede almacenarse en el Dakota, comprendido todo gasto de cosecha á un precio que oscile entre 25 y 50 pesetas por acre, rindiendo cada acre en el Dakota de 4,50 á 8 hectolitros. Calculando sobre estas cifras, se deduce que el hectolitro en los graneros del Dakota vale de 5 á 6 pesetas. Y partiendo de este supuesto, el autor americano afirma que, dadas las tarifas actuales de transporte, los agricultores de América pueden luchar contra la India y la Rusia en el mercado inglés mientras el precio del hectolitro no baje de 14 pesetas en Mark Lane.»

Este mismo precio de 14 pesetas es el que fija el Duque de Beauford como coste del hectolitro de trigo del Dakota, entregado en los puertos de Inglaterra (*The Times* 23 de Setiembre de 1879). M. RONNA, en su admirable estudio sobre el trigo en los Estados Unidos, se inclina á una cifra más elevada. Según él, en las 30.000 hectáreas de la compañía del Pacífico Norte, el coste del hectolitro es de 6 pesetas, y su precio en la estación inmediata de Caselton es 10 pesetas. Recargado este precio con el importe del transporte á Inglaterra, resultaría que el trigo del Dakota puede darse en los puertos británicos á 15 frs. 80 cénts. Con esto concuerdan otros presupuestos presentados por el mismo M. RONNA en las págs. 295 y 90 y siguientes de su estudio.

esta amenaza contra la producción europea, aparecen además, á modo de inagotables reservas, los graneros de la Australia, donde, según las descripciones de Mtr. Froude en su *Océana*, los campos parecen la tierra de promisión, y en los sembrados brotan tan abundantes y apretadas las mieses, que por entre sus espesores difícilmente penetra el jinete, y se cuentan varios dominios territoriales que rentan anualmente á sus dueños más de cuatro millones de pesetas.

No es menester acumular nuevas cifras para comprender lo justificado del pánico que se ha apoderado de la agricultura europea al recibir el choque de esta formidable producción. Conocidas las condiciones económicas de los grandes centros exportadores de cereales, si queremos graduar ahora la intensidad de los padecimientos de nuestra agricultura, debemos averiguar cuáles son para nuestros labradores estas mismas condiciones económicas de la producción, ó, en otros términos, á qué precio mínimo podemos nosotros presentar el trigo en los mercados.

III

Las dificultades que ofrece siempre el llegar á precisar cuál es en una nación el tipo medio del coste de su producción de cereales, que en nuestra patria suben tan de punto, semejante empresa resulta poco menos que insuperable. De ello se lamentaba con razón la comisión encargada de formular ante el Senado dictamen sobre el aumento de 25 por 100 en el derecho arancelario sobre los cereales extranjeros. «No ha podido reunir la comisión—decía—las noticias y los datos pedidos para desempeñar su cometido con el acierto que fuera de desear, y desgraciadamente, á causa del estado en que se encuentra nuestra administración, esos datos no existen en lo que se refiere á los hechos más importantes que sería menester conocer con exactitud para resolver el grave problema, que consiste en salvar de una completa y próxima ruina la producción de cereales, que es todavía y será por mucho tiempo la

más importante de nuestra patria (1).» Pero como para las resoluciones de gobierno en este orden de intereses no hay factor más esencial que la determinación del precio remunerador que requiere la producción nacional, por grandes que sean las dificultades que para tales averiguaciones se ofrecen en nuestra patria, este es el primer dato que se ha de precisar á toda costa, ya sea por el conducto de las informaciones privadas ó por medio de los organismos administrativos.

Con los medios, siempre pobres y deficientes, de una información particular, hemos procurado recoger en nuestras principales zonas de cultivo de cereales este tipo medio del precio inicial de nuestros trigos. No consiente la brevedad del presente estudio que expongamos los múltiples datos, á las veces hasta contradictorios, que nos han remitido de diferentes regiones de la península (2). Haciendo con estos datos un promedio racional de las diferencias que en el coste de producción de

(1) Dictamen presentado en 27 de Julio de 1886 por la comisión del Senado, en el proyecto de ley aumentando un 25 por 100 el derecho arancelario de los cereales extranjeros.

(2) Aun coordinándolos y compendiándolos, en cuanto fuera posible, dentro de cuadros estadísticos, su colección requeriría un folleto de regulares dimensiones. Para lograr mayor uniformidad y encauzar mejor las respuestas, hicimos nuestras preguntas á manera de formulario y en términos parecidos á los que usa Ronna en los cuadros demostrativos de los gastos y ganancias de la explotación de algunas granjas de los Estados Unidos, é Hidalgo Tablada en su *Curso de economía rural*. Pero, á pesar de todo, resultaban las más notables diferencias, tanto en las casillas respectivas de los gastos generales, como en las observaciones particulares. Lo que se explica fácilmente por las dificultades que ofrece el reducir á términos de contabilidad las operaciones rurales. El banquero puede en todo momento efectuar su balance con precisión aritmética; el industrial, aunque con mayores inconvenientes, puede hacerlo también de una manera aproximada; pero para el agricultor es siempre poco menos que imposible el precisar con rigor matemático los gastos, pérdidas y beneficios de sus operaciones culturales. Por lo demás, para quien tenga conocimiento práctico de la economía rural, tampoco son de extrañar las enormes diferencias que dentro de una misma región presenta el coste de producción de pueblo á pueblo y hasta de campo á campo. Junto á una producción que parece en pequeño rival del Far-West americano, aparecen datos de esterilidad desconsoladora, que para poderse remunerar en los mercados requeriría precios no conocidos en las mercuriales desde 1856.

cereales presentan algunas comarcas de nuestro territorio, resulta que nada más que para cubrir gastos necesita el hectolitro como precio en la estación más inmediata de la vía férrea, por Cataluña y Aragón, de 16 á 18 pesetas hectolitro; por las Castillas, de 17 á 19 pesetas; por Andalucía, de 19 á 20; por Valencia, de 20 á 21 (1).

Pero ninguna industria puede vivir si no logra en el mercado un valor superior al coste de sus productos. No sólo necesita el labrador cubrir gastos en la venta de sus frutos, sino que ha de hallar también un beneficio con margen bastante para atender á las obligaciones más perentorias de su casa, acumular algún ahorro para afrontar las contingencias de lo venidero, compensar sin apremios ruinosos los malos años con los buenos, y contar, en fin, con un fondo de recursos proporcionado á sus necesidades y sin los cuales sería su situación

(1) Los unos tacharán estas valoraciones de optimistas, pero otros pecarán por exceso de pesimismo; pero no las presentamos sino con todas las reservas de un cálculo particular, siempre incompletamente informado. Mas aun así, por más que en algún caso pueda resultar notable diferencia de economía, estamos seguros de que si las cotizaciones de cereales se hicieran por las respectivas comarcas con un aumento de dos pesetas sobre el precio que dejamos señalado como coste del hectolitro, su agricultura se resentiría de profundísimo malestar y con angustias de ruina.

Confrontando nuestros datos con los presentados por el Sr. D. E. Abela y Sainz de Andino (*Conferencias agrícolas de Madrid*, tomo IV, pág. 271), se obtienen para algunas provincias los mismos resultados; pero en la mayor parte los precios de coste que él presenta son bastante más bajos que los nuestros, debido en parte en que, á nuestro juicio, es exagerado el rendimiento medio de hectolitros que atribuye á nuestras hectáreas de cultivo. Sólo en años muy excepcionales pueden hacerse promedios de rendimiento que equivalgan á 11,30 hectolitros por hectárea en Castilla y 10,55 por Andalucía. Nuestra hectárea, en términos generales y compensando los malos años con los buenos, rarísima vez cuenta setenarios de rendir 8 hectolitros. Además, tampoco en los datos del Sr. Abela se tiene para nada en cuenta el factor de los trasportes que en España origina tanta diferencia de coste entre el precio inicial que resulta para los cereales en el granero de su recolección, y este mismo precio, una vez embarcados en vía férrea. Con estos y otros conceptos más secundarios de gastos que no se han tenido en cuenta, se explica el que, no obstante fijar el Sr. Abela la exageradísima cifra de 55 pesetas por hectárea para remuneración del labrador, resulten demasiado bajos sus cálculos de coste de producción.

más miserable que la del bracero de las ciudades y la del proletario de las industrias fabriles. En las empresas industriales, aun hoy, á pesar del profundo trastorno en que se agitan por los excesos de producción, nunca se estima que este beneficio deba ser menor de un 15 por 100 para cubrir amortizaciones, retribuir intereses de capital ó trabajo y dejar un residuo de ganancia líquida. No nos atrevemos á precisar cuál deba ser este tanto por ciento de beneficios que necesita nuestra producción de cereales; pero no cabe dudar de que principalmente por la insuficiencia de este beneficio se siente nuestra agricultura en ansias de perecimiento, y que si se le ha de procurar salvación, los remedios legales y económicos tendrán que ser lo suficientemente enérgicos para afianzarle mayores provechos que los de ahora (1).

Con estos factores queda planteado en su triste realidad todo nuestro problema económico para el ramo de cereales. ¿Puede la agricultura de España, que necesita en los mercados un precio mínimo remunerador de 21 á 22 pesetas hectolitro, competir en sus condiciones actuales de vida, con unos centros productores que, salvando todas las distancias, pueden arrojar esos mismos frutos en los puertos de Europa á 14 ó 16

(1) A fin de no dar mayor extensión al presente estudio, que sólo presentamos como colección de apuntes y observaciones en bosquejo, acerca de la cuestión agraria, no entramos en una comparación detallada de cada uno de los factores de nuestra producción con los de los Estados Unidos y el Canadá. Lo que dejamos expuesto sobra para comprender que en esto resultan diferencias desconsoladoras.

La tierra dista mucho de haber alcanzado en España ni como propiedad ni como arrendamiento el valor que en otras regiones de la Europa occidental; pero á pesar de esto, su desnivel con la del Oeste americano ya en cultivo es todavía enorme.

Allí como aquí domina el cultivo extensivo; pero si aquí alcanzamos un 6 ó un 8 de cosecha por cada uno de siembra, allá el promedio es de 15 por uno.

Nuestros jornales son ciertamente más baratos; pero el agricultor norteamericano compensa esto con creces por la baratura y potencia de la maquinaria agrícola.

Del crédito agrícola no se ha de hacer referencia en este país clásico de la usura agraria.

En punto á trasportes, prescindiendo de los perfeccionadísimos elementos

pesetas hectolitro? Y al esclarecer si caben remedios contra esta situación, como son muy pocas las tierras en España que consienten el cambio radical de sus cultivos ó la sustitución del campo laborable por la pradería, lo que en realidad se ventila es si en breve se habrá convertido en ruinoso esta operación agraria, que es la fuente mayor y la más esencial de nuestra riqueza patria, y si quebrantados al fin todos los lazos que sujetan al hombre al suelo nacional, el labrador huirá des-pavorido de nuestros campos dejándolos eriales como tierras esterilizadas.

Percibimos ya los síntomas precursores de este pavoroso cataclismo. No sólo decrece rápidamente nuestra producción de cereales (1), sino que surge como espectro aterrador un dato terrible, en el cual apenas fijan su atención nuestros estadistas, pero cuya cifra es el reflejo más exacto del espantoso é inmenso trastorno que padece la propiedad territorial en España. El Banco de España presentaba en los balances de sus cuentas con el Tesoro durante el año de 1886, como data interina por la cobranza de contribuciones directas cuyo cobro pende de embargos, la suma de *setenta y dos millones y medio de pesetas*. Suponiendo, para abreviar con cifras redondas, que pagamos el 20 por 100 de contribución directa al Esta-

para todo movimiento de granos (embarques y desembarques y almacenado en los graneros), el trasladar una fanega á la más inmediata estación del ferrocarril, importa en nuestras comarcas mucho más que los 52 céntimos de peseta que cuesta su flete de New York á Liverpool, y sobre esto viene luego el espantoso é inicuo embrollo de las tarifas de nuestras compañías, cuyas clasificaciones de móviles y fijas, especiales y generales, públicas y clandestinas, etc., etc., encierran misterios y confabulaciones cuyo mecanismo y sentido difícilmente se llega á penetrar al cabo de largos años de estudio y de sendos escarmientos.

Y en cuanto á las contribuciones, de que trataremos más adelante, mientras que en los presupuestos del agricultor americano apenas figura este concepto (el inmenso dominio explotado por el Pacific North no paga más impuesto que 1 franco 25 cénts. por hectárea), nuestros labradores, sumando los impuestos directos y los indirectos, tienen que trabajar dos días de la semana para el fisco.

(1) En el quinquenio de 1871 á 75 producíamos anualmente 66 millones de hectolitros; en el de 1881 á 85 sólo 49 millones; y en 1886 nuestra producción no ha pasado de 46 millones.

do, si multiplicamos por 5 la citada cifra de 72 112 millones, obtendremos el importe de la renta líquida ó riqueza imponible, sobre la cual recae esta data interina. Con esta operación hallamos así como importe de esta renta líquida la suma de 362.500.000 pesetas, y capitalizando dicha renta al 3 por 100 resulta un capital de 12.082.333.300 pesetas embargadas para pago de contribuciones al Estado. La casi totalidad de este fabuloso capital embargado por la Hacienda, corresponde á la agricultura, porque es insignificante la participación que en él puedan tener la propiedad urbana, los fallidos de la contribución industrial y los robos por fuerza mayor efectuados contra la recaudación. Concedamos, sin embargo, que sean hasta dos mil ochenta y dos millones los que por estos conceptos correspondan á la constitución de la data interina; nos resultará siempre que en nuestra riqueza agraria existe un capital de *diez mil millones de pesetas* sacado al menosprecio de infructuosas subastas por los apremios del fisco (1). Gigantesca ejecución sin ejemplar quizás en ninguna nación antigua ó moderna, y que sólo por cuotas de 1 peseta á 100 mantiene en tramitación más de un millón de expedientes de apremio, y arroja anualmente á la condición legal de proletarios insolventes una masa enorme de hijos de nuestra ciudadanía.

J. S. DE TOCA.

(Se continuará.)

(1) El Banco de España en muy justa defensa de sus intereses, y á tenor de las disposiciones de la Real orden de 3 de Enero de 1885, después de verificadas las oportunas liquidaciones con la Hacienda, traspasó al fisco los riesgos de efectividad de una sección de estas partidas, y dejó reducida en 31 de Diciembre último la cifra de la data interina á 59.262.839. Pero no porque en la Memoria del Banco, correspondiente al año presente, figure la data interina anterior con una baja de 13 millones, y se anuncie para el año próximo otra baja de 38 millones, entregando dichos créditos á la Administración del Estado, deja de quedar pendiente todo este capital de las ejecuciones de la Hacienda pública.

Ante la cifra enorme del capital territorial que por recaudación de contribuciones tiene nuestro fisco pendiente de subastas, que quedan casi siempre desiertas, se comprende lo que en medio de las circunstancias de la presente crisis agraria puede significar como recurso financiero el desatinado propósito de la venta de nuestros montes públicos y dehesas boyales, etc.



EL CÁNCER SOCIAL

A los Sres. D. Emilio Castelar, D. José de Cárdenas, D. Francisco y don Rafael Ruiz Martínez, D. Ramón Rodríguez Correa y D. Manuel Crespo Quintana, DIPUTADOS Á CORTES.

MUY señores míos y amigos: Siempre me ha sido simpático el progreso, si bien reconociendo que la senda de los adelantos no es pacífica, pues éstos se imponen con tránsitos penosos, con evoluciones necesarias al fin providencial de sus convenientes resultados.

A no pensar de esta suerte, diría con franqueza que el progreso, además de lo riguroso, nos lleva de mal en peor; no sabemos adónde de extremo inmoral y ruinoso en circunstancias y costumbres sociales.

No trato de los adelantos materiales, sino precisamente de los otros; y aunque parece lógico que los progresos morales y los materiales caminen en armonía, es de observar que al animarse éstos con vehemencia, como ha ocurrido en nuestro país de treinta años á la fecha, suele ser á costa de aquéllos, sacrificados por su carácter pasivo á condición de una falsa apariencia.

De este juicio han de participar cuantos recuerden las épocas más distantes del presente y comparen las situacio-

nes morales en general de las sociedades, familias é individuos de entonces y de ahora.

Sin duda que los períodos de tiempo que alcanzan nuestros días son los de la miseria; porque ésta es la madre de todos los vicios, como dice sabiamente el adagio tan comprobado por la experiencia; y es la verdad que un apogeo de vicios y de escándalos, como esos que marcan en la historia las vísperas de una terrible decadencia, ha venido á ser el tipo de la edad moderna; de esta edad de calderilla y de papel.

Enumerar los rudos accidentes con que luchan en estos tiempos las aspiraciones todas, desde el objeto más importante hasta el más trivial y común, no es mi presente objeto, que fuera tan prolijo como ingrato. Aquellos que más atraen el interés del sentimiento, porque se refieren á las clases sociales más desgraciadas ó desvalidas, ó á las condiciones y sexo que más lástima inspiran, me han arrebatado muchas veces con indignación, impulsándome á publicar sus horrores con la solemnidad que demanda siquiera sea el fuero de lo humano y lo trascendental de las consecuencias. Pero un obstáculo de forma se imponía entre el realismo que debe precisar las narraciones y la pulcritud exigida á las letras impresas, haciéndome desistir otras tantas veces del trabajo que hoy emprendo en fuerza de lo imperioso que es para mi ánimo el sacar á luz la viva estampa del cáncer social.

Dispénsenme VV., distinguidos amigos, la pestilencia que de suyo, y á pesar de todos los disimulos, ha de trascender de estas descripciones, en gracia de lo mucho que interesa el combatir sus gérmenes. A este objeto me ha decidido el acordarme de VV., á quienes cuento desde hace muchos años, y á cada uno por especial motivo, en el número de los que íntimamente se estiman, y considerar lo fácilmente que pueden prestar un gran servicio á nuestro pueblo.

La mayor desdicha de la mujer es el objeto de estas páginas; la miserable condición en que viven arrojadas millares de infelices jóvenes, unas por la mala educación que da hoy la clase pobre á sus hijos, otras por el abandono y la miseria en que perece todo sér desdichado en esta época de egoísmo y orfandad, y las demás empujadas por la seducción á la

desvergüenza ó por el despecho á la desesperación, en una senda de ejemplos abominables, que conduce fatalmente al desenfreno y al cinismo.

Hasta aquí poco tendrá de nuevo el tan vulgar achaque de lúbrica ignominia que rebosó en todos tiempos entre las escorias de cada pueblo, y que ha representado siempre un extremo despreciable. Hasta hace poco no ha figurado esa escoria con el carácter de industria legal abierta á la especulación y de recurso á las ambiciones ó á la holganza; porque nuestros antiguos legisladores, cuya sabiduría acreditan sus obras monumentales, á las que el moderno saber no ha podido por menos que rendir vasallaje, entendían que, si humanamente no era posible extirpar el vicio de lo vicioso, ni la mancha de lo manchado, sólo debía concederse una condicional tolerancia á los seres de vida inmunda, relegándolos á los lugares ó barrios sucios de cada población; pero todo menos otorgarles título con derecho, ni la libertad de invadir los sitios decentes con sus funciones públicas y criminal comercio.

En algo se fundaban los poderes seculares, cuando se observa que, dadas aquellas épocas de rigor autoritario, de influencia religiosa y persecución de todo linaje de injurias á la moral pública, fuesen mirados con indiferencia los lupanares, siempre nocivos é la salud y á las ejemplares costumbres. Un juicio tanteado en la balanza de contrarios y exigentes reportes resolvía con madurez el cálculo de atender á la conjuración de ciertos peligros que parecen amenazar á la tranquilidad y á la virtud de las gentes honradas, si se careciese en absoluto de aquellas *letrinas*. A tal punto de experiencia en las cosas mundanas llegaban los serios gobernantes, que á pesar de la rectitud que se profesaba en los principios, se hacía transigir con tal razón á aquellos caracteres de hierro; y el tiempo ha seguido sancionando con respeto semejantes previsiones, reconociendo la ferocidad del hombre en ciertas condiciones y clases, juzgándole capaz de atentar á los más sagrados objetos cuando es subyugado por la pasión brutal y ciega, que desgraciadamente y con frecuencia le degrada hasta el bajo nivel de las bestias.

Al meditar en estas consideraciones y sistemas que harto fundamento han adquirido en el juicio práctico, tenemos que recordar lo que á este mismo propósito movió á los primeros legisladores de los Estados Unidos de América, imponiendo la pena de muerte al que atropellase el virginal pudor de una doncella y análogos castigos contra todo atentado de que fuera víctima el honor de una mujer cualquiera. A esta previsión, dicen los comentarios, se debió en gran parte el orden y la unión tan precisos para la organización pacífica y moderada de aquel gran pueblo. Los fundadores de aquella nueva sociedad democrática comprendieron, lo mismo que nuestros antiguos poderes, aunque empleando distintos medios por la diversidad de circunstancias, la necesidad de conjurar el riesgo de la común torpeza de una parte de los hombres de espíritu débil, que se deja arrastrar, como los irracionales, por las atracciones de la ruin materia.

Aquello es lo que cumple prevenir al hombre de gobierno, y toda la transacción á que puede llegar dentro de la imperfecta condición que tiene que aceptarse por fuerza, en cuanto se instituye entre los hombres. Pero de esto al fomento y protección más ó menos directos que prestan las autoridades á la prostitución, que han hecho engrandecer en algunos años á ese elemento criminal y asqueroso, casi convertido en institución, en pugna con los códigos morales y en desacato de los códigos civiles, hay la notable diferencia que existe entre el decoro y la indignidad.

En estas épocas de relajación en que todo se vende, podían comprender los gobernantes la facilidad de los pretextos que para todo se buscan, siempre que se autorice un objeto tan accidentado cuya base es contraria á la moralidad y al orden.

Bajo el pretexto de la *Higiene* y con el saludable y santo fin de proporcionar al público vicioso las satisfacciones que le inspire el antojo, poniéndole á salvo de morbosos contagios, con la garantía de los gobiernos políticos de las provincias, viene establecido á espaldas de las leyes, por una disposición dictatorial de carácter interno, un régimen de matrícula é inspección en los focos ó mancebías de las capitales, que envuelve la tácita y expresa autorización para que funcionen

y se desarrollen á la luz pública, á las que por ende se les otorga la protección directa de los empleados de vigilancia, para que apoyen y defiendan los intereses que se agitan en este negocio. Y es natural que estando sometidas las casas ó *empresas* á pagar una cuota mensual, amén de las subvenciones privadas por servicios especiales, que han de ser tan frecuentes, y cada mujer matriculada á su cuota mensual más otra de entrada y salida, ó sea de traslación á lugar distinto, no es mucho que esté destinado al servicio de sus intereses y peripecias el cuerpo de Orden público, que nada pierde reservadamente, en cualquier contienda ó reclamación que interviene del repetido género, aunque acostumbren sus individuos á quitarse de en medio cuando ocurre en las calles algún lance que debieran intervenir con más afición, ó se lleven á cabo otros crímenes, contando sus autores con el atractivo que entretiene á los que debían ser sus perseguidores.

Mediante estos derechos, que se adquieren en el uso y costumbre, no puede ya impedirse, dentro de ese mismo orden de cosas, que todas las calles y sitios se utilicen á la conveniencia de esos establecimientos de impudicia, obedeciendo sólo á su propio cálculo el que muchos de ellos busquen lugares ocultos. De todas suertes, las familias vecinas que no han perdido los hábitos decentes, tienen que pechar con la expectación bochornosa que ofrecen las continuas algaradas, bromas y cuestiones de semejantes tertulias; y como los alcoholes artificiales, que abundan en las comunes bebidas destinadas como requisito á sus libaciones permanentes producen efectos tan violentos, no pasa día sin gresca ni noche sin camorra, á ciencia y prudencia de serenos y vigilantes, que no pueden denunciar las faltas porque viven de ellas y á costa del sufrimiento vecinal, que entre otras molestias tiene que lamentar el descrédito de las autoridades, para quienes ya el mal ejemplo que se da á la juventud no significa cosa alguna.

Después del poco lucido papel que hace un Gobernador ó sus delegados, tratando y desenredando chismes de esas gentes, á quienes no se debió conceder representación ante el respeto de la autoridad, como la ostentan de potencia á po-

tencia, se les coloca en abierta contradicción con la Constitución del Estado, porque según ésta, no se puede cobrar contribución alguna que no esté autorizada por una ley, ni puede recaudarse y aplicarse cantidad sin estar sujeta á la intervención y fiscalización de gastos é ingresos; desprendiéndose de lo contrario á estos preceptos lo que se llama exacción ilegal, fraude y qué sé yo cuántos más delitos públicos. Pues á pesar de esto, y aunque sucio y hediondo, el dinero abundante que se recauda por esta contribución de carácter industrial, sin conocimiento de la Hacienda, sirviendo de pantalla el gasto de reconocimientos facultativos, que de un modo deficiente y arbitrario practica algún médico, á cambio de un frívolo estipendio, va á poder de las oficinas de policía. ¿Dónde irá á parar luego?... ¿Será para que los Gobernadores de provincia practiquen alguna obra piadosa?...

¡Qué asco de dinero!...

Pero ¡á cambio de cuánta infamia y encubrimiento de crímenes disfrutan los que las disfrutan de esas miserables monedas!... La parte más cruel de este asunto está en la explotación inicua que se consiente á las *empresarias* y *empresarios* en la trata de jóvenes menores de edad arrebatadas de sus hogares con engaño ó por el cebo que hace cómplices á las personas mayores que las dirigen ó tienen á su cargo, para que en esa tierna edad de los trece á los diez y ocho años vayan á servir de escarnio, á pervertirse en cuerpo y alma y sufrir la servidumbre deshonrosa de las implacables especuladoras. Las jóvenes escogidas en belleza y donaire, casi en estado de inocencia en su gran mayoría, renovadas constantemente por el contingente que suministran las capitales andaluzas, cuyo vértigo y despreocupación raya en lo increíble, son vendidas como animales, suponiéndoles deudas con su patronas que no han contraído, haciéndoles cuentas como las del Gran Capitán, *traspasándolas* de una á otra astuta *dueña* é impidiéndoles con recargos y tramoyas, de grado ó por fuerza, que logren redimir su empeño y cautividad mientras puedan ser explotadas por más tiempo; cuando esas infelices por su edad están amparadas por una legislación paternal y sabia que manda perseguir sus daños y constituir en tutoría la época de sus años

menores, sin personalidad para comprometer ni adquirir deudas, y menos contratarse ó venderse para un servicio infamatorio, ya sean huérfanas ya las consientan sus mayores.

Pues bien; la policía asiste á todos estos *actos*, conoce las *cuentas*, interviene los *traspasos* y no ignora que en esa posesión que disfrutaban las feroces *dueñas* entra todo género de violencias y malos tratos, incluso el apaleo, el encierro, la infamación contra las infelices é ignorantes siervas por cualquier repugnancia de conducta ú otra diferencia en cuestión de números.

Y no todas proceden de las clases más humildes ó faltas de instrucción; las hay fugitivas de sus familias, abandonadas de sus amantes, pero generalmente débiles para defenderse y ajenas al derecho, que jamás litigan, resignadas al compromiso de pagar las grandes cantidades de las deudas, obligadas á seguir contrayéndolas por distintos medios; y cuando el mal trato pudiera ser razón para retirarse, no tienen libertad para huir ni para llevar sus quejas á quien les hiciera justicia, porque suelen servirles de esbirros los mismos danzantes que se ocupan en el aparente orden de esa institución higiénica.

El resultado para la mayoría de esas pobres jóvenes es igual: contribuir durante la flor de sus años á enriquecer ó sustentar esas *empresas* tan públicas como clandestinas, que se componen de mujeres y hombres de lo más depravado de cada población, y sostener á los consabidos danzantes, á costa de la ignominia inconsciente al principio, á costa de la muerte civil marcada por la irreparable deshonra, á costa del triste destino hospitalario y soez en que antes de la madura edad cumple la mayor parte de esa muchedumbre encenagada en inmundicias.

Claro está que la policía, indagadora de lo oculto, no ignora ninguno de estos detalles, ni otros muchos que no pueden referirse, incluso el de la compra-venta de criaturas recién nacidas que tiene lugar en esos mercados, para destinarlas en su día á esas mismas explotaciones. Y si en alguna parte no es preciso la subvención reservada para que los agentes del Gobierno autoricen ó encubran estas impiedades,

no es menos criminal que en esos casos se sacrifique la justicia y la humanidad por adulación y favor al obsequio de esos tipos descarados y cínicos de las tales *empresarias*, que reúnen todo su mérito en la perversidad. A ellos consta, entre todo, lo que tienen que pagar las vendidas para el extranjero y Ultramar para zanjar dificultades.

El concepto del honor será desconocido para muchas de esas pobres criaturas; pero si después en algún día despiertan á la moral y al afecto de los lazos sociales, y llegan á sentir ese concepto, es peligroso su estado, porque cualquiera tiene derecho á buscar en los libros de policía los nombres de las que se inscribieron en el verdadero padrón de ignominia que los contiene; sus señas particulares, los retratos, que también suelen obligarles á depositar cuando se matriculan, y la honra de la mujer, que por condición de la naturaleza y exigencias nacidas en la misma causa, no puede limpiarse jamás de la mancha afrentosa, aunque la hubiese adquirido involuntariamente, está á merced de la marca infamatoria con que puede señalársele siempre, y á sus hijos y á cuantos le rodeen. ¡Cómo huelga aquí la caridad tan escrita y cacareada en todos los discursos de nuestro idioma!...

Si el celo por la salud pública ha dado lugar á la organización actual, con todo el fárrago de contribución, derechos, intervención, etc., que debiera ser, como todo, movido en la senda de algún progreso, el resultado es contraproducente: esta organización ha dado pábulo á la creación de innumerables casas, que aumentan cada día; se ha fomentado el vicio contradiciendo el matrimonio, cuando éste debe ser el primer interés de todo Gobierno, porque es la base regular de la familia; y el matrimonio disminuye considerablemente en la proporción que aumentan los centros de entretenimiento, para que en ellos encuentren, desde el estudiante sin aprovechamiento hasta el hombre de edad, su trastorno, precipitándoles á éste en una violenta decrepitud, y á aquél en un eterno enredo. Los hospitales conocen los casos graves que abundan más cada día, adquiridos en este progreso, porque los demás casos de invasiones reservadas ó llevaderas, y la mayor parte crónicas, constituyen tan verdadera plaga desde que entró el

orden en ese asunto, que no se conoce quien esté libre del contagio si ha pisado los umbrales higiénicos de los vigilados recintos. De todo esto responde con mayor elocuencia ese cuadro general de perturbación que por todos lados asoma en la armonía é intereses familiares, y más lo atestigua esotro cuadro de debilidad física, sorpresa de enfermedades y común pobreza en robustez y vida de la juventud, que nace inficionada desde que ha tomado tanto vuelo ese elemento destructor.

Este cáncer social, que tiene minadas todas las clases con sus extensas raíces y amenaza invadir los recatos aún refractarios á esa peste, que parece ya connaturalizada en una gran parte del pueblo, que acepta sin escrúpulo su existencia y propagación, es una ofensa á lo que está más alto que la salud y que la ley: al carácter nacional que tiene en la historia un blasón de dignidad y nobleza que vienen á manchar las modernas costumbres, en su mayor número importadas, y que sin duda vienen á envilecerlas con el tiempo, como de ello tenemos ejemplos en otras partes.

Lo que es inmoral y afrentoso no puede autorizarse con sombra alguna de legalidad, menos con protección, mucho menos con interesado apoyo, sancionando esa *trata* de infelices jóvenes, aún más repugnante y odiosa que la trata de negros esclavos, para cuya extinción se han levantado tantos clamores, sin reparar que aquí mismo y al lado de los patriotas que fulminaban los terribles anatemas se iba fundando una nueva *trata* en nuestra misma raza y color, que vista en su fondo, realidades y consecuencias, ofrece mayor indignación que la otra.

El remedio heroico que corresponde á la magnitud de ese cáncer está en la conciencia de los encargados de reformar las leyes y exigir el cumplimiento de las que no se observan; es el único que por analogía exige esa causa mortal: el cortarlo de raíz. La prostitución debe estar prohibida, perseguirse, aniquilarse en cuanto sea pública y reconocida, como se hace con el cólera y causas semejantes; para que cuando más se reduzca á los términos despreciables y lejanos de los tiempos antiguos.

Mas de esto lo que fuere, que gran razón tendría, cumple á VV., señores míos, un paso de gran juicio moral, presentando á las Cortes un proyecto de ley donde se imponga á la mujer DE MENOR EDAD la prohibición de dedicarse á ese criminal oficio, haciendo responsables con graves penas corporales á las personas que lo consintieran y á las que sirvieran de intermedio ó complicidad de su corrupción. ¿Saben ustedes á lo que esto equivale? A cortar la cabeza al monstruo, aunque les dejen la higiene y la policía para buena compañía.

No sería una ley nueva, sería poner en vigor ese olvidado principio en cuyo abandono se pervierten y se degradan los pueblos, haciéndose indiferentes á todo lo indigno en cuanto lo son á la más repugnante y desdichada de las torpezas.

Dios ilumine á VV. para la buena obra que les reclama el país, en cuyo sentimiento se inspira el que les saluda cariñosamente, porque es de VV. afectísimo,

RAFAEL GONZÁLEZ JANER.

Marzo de 1887.





ESTUDIOS

ACERCA

DE LA EDAD MEDIA

Continuación (I)



sí, monje y tribuno, San Bernardo había sido el árbitro de su siglo. De arrogantísima figura que las austeras penitencias demacraban (2); místico y poeta que juntaba en sus acentos todos los murmullos del espíritu y todos los himnos de la naturaleza; de sensibilidad tan exquisita para lo bello, que su espíritu era como la transparencia de la belleza material é ideal esparcidas en las obras de Dios y de los hombres; de tan mortificada y pura vida, que al descender al hoyo del sepulcro, casto como un ángel, llevaba en sí todos los dolores de la pasión de su maestro, de palabra tan elocuente y persuasiva que las esposas y las madres retenían en el hogar á sus hijos, á sus maridos, temerosas de que, enardecidos por aquella voz irresistible, se les marcharan con el santo;

(1) Véase la pág. 507 del tomo anterior.

(2) Gaudf.—*Vit. S. Bern.*, Lib. II, cap. I.

de humildad tan verdadera, que se negó á aceptar la corona de Pontífice, por dos veces ofrecida, «quedando más glorioso en su sencillez y más grande en su pobreza» (1), de comercio tan frecuente con lo sobrenatural, que, absorto en sus éxtasis, bebió en cierta ocasión sangre por cerveza, y paseándose por las orillas del lago de Constanza, regresó entrada la noche á su convento, sin echar de ver la hermosura de aquellos sitios, la puesta del sol que reflejaba sus últimos resplandores en los montes y las aguas (2); de ascendiente tan inmenso sobre la Europa, que á la sola enunciación de sus mandatos términanse los cismas, congréganse los concilios, sucede la paz á las discordias de los reinos, resucitan para la Iglesia las costumbres inmaculadas del primer apostolado, los Reyes y los pueblos toman la cruz y se van peregrinos á Tierra Santa; de erudición tan portentosa, que engarzaba en su inteligencia la enciclopedia universal de su tiempo, y vencía en Sens á Abelardo, el filósofo más popular del siglo XII (3), del cual se decía que explicaba como Platón, «que los hombres descendían á la puerta de sus casas para verle, y las mujeres levantaban las cortinas de sus estrechas celosías para admirarle» (4); de caridad tan acendrada, que vendió una vez su pobre manto para dar de comer á un pordiosero, y que cuando el monje Rodulfo excitaba en Alemania á la degollación de los judíos, acude infatigable para defenderlos y salvarlos, «porque eran, además de sus hermanos, testimonios vivos de las promesas de Jesucristo» (5); de suavidad tan penetrante, que las Reinas, los Príncipes, los prelados, las muchedumbres, abandonan los castillos y los burgos para pedir consuelos á ese monje prodigioso que así sabe curar las mortales tristezas del espíritu; exaltado, penitente, encendido de

(1) Gaudf.—*Loc. cit.*

(2) Ernoldi.—*Vit. S. Bern.*

(3) Gaudf.—*Opera. cit.*, Lib. III.

(4) Remusat, citado por D. Alejandro Pidal en la pág. 23 de su *Santo Tomás*.

(5) Arnaldo de Bonneral, citado por el Conde de Montalembert en su libro *Les Moines d'Occident*.—V. también Baronio. *Ann.* ad. ann. 1146.

amor que vibraba en todas las cuerdas de su alma; inspirándose en la palabra de Dios, que ha descendido ahí, á la Biblia, y en las páginas de este libro divino en las visiones de Jeremías, que llora en la fiebre de sus adivinaciones la soledad y la ruina de Jerusalén la adúltera; en las visiones de Isaías, que cuenta por la inmensidad de los desiertos una á una todas las lágrimas de la pasión de Cristo; en las visiones de Ezequiel, que camina soplando por los campos de la muerte, y ve animarse los huesos ya mondados para marchar por los senderos de la vida en busca de la sentencia soberana; en las visiones del evangelista del amor, que describe desde su desierto los días apocalípticos, la exaltación de los humildes y el destronamiento de los soberbios; en las visiones de Daniel, que predica desde las tristezas del cautiverio el reinado de la justicia perdurable (1), y en las visiones de Job, que llora en las miserias de su estercolero los dolores sin cuento de la vida; San Bernardo, decía, al eco de sus predicaciones entusiastas que renovaban la pascua de la predicación de los apóstoles, desde el retiro del Claraval, tan amado, en los concilios, en las cortes, por donde quiera, había hecho levantarse de entre las tinieblas del siglo XII, generaciones espiritualistas de poetas, de filósofos, de caballeros, de cenobitas, de cruzados, de Pontífices, de Reyes, que abruman á la historia con sus grandezas innarrables, y que un poco más tarde otro varón humilísimo, alma gemela de San Bernardo, vuelto de las agitaciones del mundo á la paz de la conciencia redimida, *il Gonfaloniero di Christo*, el Redentor de la Edad Media, San Francisco de Asís, recogerá en herencia sacratísima para fundar el reinado de la *Ciudad de Dios* sobre la tierra, y coronar la cumbre del siglo XIII, tan excelso y eminente, que ilumina con sus claridades perdurables las grandezas de la epopeya católica, y queda ahí, en las soledades de la historia, como la cima del Sinaí, como la cima del Tabor, como la cima del Calvario, al rededor de la cual giran en peregrinación interminable las civilizaciones, los imperios y las razas.

(1) Daniel, c. IX v. 24.

Apenas concebiríamos en nuestros tiempos indiferentes y frívolos, regidos solamente por la ley del interés y por la ley del egoísmo, consagrados al culto de la materia, el efecto originado por la predicación de San Bernardo, de Santo Domingo, de San Francisco, de Jordán de Saxo, en aquellas sociedades eminentemente espiritualistas, «cuya vida pública—dice un historiador contemporáneo—estaba cifrada en el sentimiento enardecido, hoy reemplazado por la opinión ya imitadora, ya impuesta, y en las que dominaba, en vez del egoísmo reflexivo, una generosidad que impelía á los ciudadanos á echar de común acuerdo los cimientos de las catedrales, cuyo coronamiento debían ver sus nietos; al caballero, á exponer su existencia para defender la inocencia y el honor de personas desconocidas, y á toda Europa á precipitarse sobre el Asia, no á consecuencia de los decretos de un Rey, sino voluntariamente, para verter su sangre y con ella eco-mizar la de generaciones enteras» (1). El glorioso penitente del Claraval, San Bernardo, aparecido como nuevo Cristo sobre las almenas de los castillos, entre los Obispos prosti-tuídos, y los Reyes concubinarios, y los abades ambiciosos, y los pueblos en discordias encendidos, y las conclusiones de los filósofos adoradores de los errores paganos y de los delirios orientales; cuando sangrientos cismas desgarran la Iglesia, y turbas de sectarios llenan la Europa, San Bernardo, al recostarse sobre la tierra del sepulcro, había llevado á cabo la exaltación espiritualista, que era como el bautismo y la nueva Pascua de la humanidad regenerada, y una de las revoluciones más profundas de la historia, renovando los tiempos del primer apostolado por la predicación de la caridad, del amor, de la penitencia, de la castidad, del sufrimiento voluntario, de la negación propia, que como dice el hermoso libro *I Fioretti di San Francesco*, «entre los dones del Espíritu Santo, el mayor de todos ellos es el de vencerse á sí mismo, y sopor-tar todas las injurias, todos los dolores y todas las tribulaciones por la gloria de Cristo» (2).

(1) Cantú.

(2) Capitulo 8.

Hizo muchos milagros, dicen los candorosos cronistas de aquellos tiempos, hablando de San Bernardo. ¿Pero qué mayor milagro, como he dicho anteriormente, que el poder del pobre monje sobre su siglo azarosísimo, el ascendiente sobre las legiones de discípulos dispuestos á dar por él su vida, y que le levantan en la historia sobre el Tabor de sus adoraciones entusiastas? ¡Bien había trabajado en la viña del Señor, y bien merecía premio y descanso á sus fatigas! Un día, apenas subido á la Patria su gran amigo el Papa Eugenio III, cuando resonaban por Europa los cánticos de los cruzados victoriosos, devueltos á su hogar y á sus amores, Bernardo fué llamado por Dios para saciarse en la visión de la hermosura perfectísima, presentida por él en los místicos arroba-mientos de su fecunda vida (1). Y la muerte de San Bernardo fué como el crepúsculo de la inmortalidad. Ahí queda, en las desolaciones del sepulcro, hasta que un ángel vestido de luz coge su alma y la lleva para engarzarla entre las estrellas, en lo más encumbrado del azul espacio, donde permanecerá hasta la llegada de los días apocalípticos, como Elías, sobre nubes de fuego, arrodillado en demanda de perdón para los pecadores, y llevando las almas desde los desiertos de la vida hasta los arreboles luminosos de la gloria. «Hay ciertos seres —ha dicho Alfonso de Lamartine— que iluminan, que deslumbran, que arrastran todo á su poderosa esfera de atracción, sin pensar en ello, sin quererlo, y muchas veces sin sospecharlo siquiera. Se diría, que naturalezas portentosas tienen como los astros su sistema, y que hacen gravitar las miradas, las almas, los pensamientos de sus satélites en sus propios fecundos pensamientos. La belleza física ó moral es su poder, la fascinación es su cadena, el amor su emanación. Se les sigue á través de la tierra y hasta el cielo, á donde van á perderse, y cuando ya no se les ve, los ojos quedan como deslumbrados y ciegos, y se deja de mirar donde ya no se ve nada. El vulgo los conoce, los sigue, los admira, los adora sin comprenderlos, como los ciegos de nacimiento sienten los rayos sin ver el sol.» Tal fué San Bernardo, pobre monje del siglo XII,

(1) Gandf.—*Opera cit.*, núm. 9, pág. 1.179, núm. 13.

dice el elocuente Ratisbonne. Los Papas á su voz bajan del solio para seguirle; los Emperadores, los Reyes, los Príncipes de la Iglesia y del siglo, no son más que sus satélites; los pueblos enmudecidos le escuchan y le adoran; la Europa entera cae como nube de langostas sobre el Oriente para rescatar el sepulcro de Cristo. Bernardo ha desaparecido de este mundo, y sin embargo, sus pensamientos, sus inspiraciones, su alma quedan agitando á la humanidad esperanzada. Una admirable unidad reconstituye, en medio de las ruinas, todos los órdenes de cosas: unión religiosa en el espíritu de paz, por la extinción de los cismas; unión eclesiástica en el espíritu de obediencia, por la reforma del orden monástico y clerical; unión intelectual en el espíritu de fe y de ciencia, por la lucha victoriosa contra el racionalismo y la herejía; unión política, por los resultados morales y materiales de las cruzadas.

¡Y es un simple monje, un hombre de plegaria y amor, un religioso sin autoridad exterior, sin riqueza y sin poder, sin fuerza material, sin socorro humano, el que da al mundo este magnífico espectáculo!» (1)

¡Ah, estos y aun mayores milagros ha obrado el espiritua-
lismo cristiano en la Edad Media!

X

EL MISTICISMO

AL ILMO. SR. D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

San Bernardo ha llevado una inmortalidad al cielo y dejado otra en su doctrina, en sus libros, que jamás he podido leer, como los de esotro hermano suyo en el amor, San

(1) Obra citada, T. I, págs. 21 y 22.—V. también á Natal Arguens. *De optima legendorum Patrum methodo*. Turín, 1742, lib. I, cap. I y siguientes, y la *Storia della Theologia*. Caligrafia fiesolana, 1832, lib. V.

Buenaventura, sin sentir los más vivos transportes del entusiasmo. Colocado bajo la cruz de Cristo, que cobija á las almas con su sombra, Bernardo ha traído á la tierra impura los destellos del ideal, desterrado de su patria en los escritos de ese monje, que así sorprende los más sordos gemidos del espíritu, y así lleva el pensamiento á Dios, ese abismo sin fondo de las almas. Su espíritu, desbordado, enloquecido, exaltadísimo, sale como rayo luminoso en sus palabras, en sus himnos, eterna aclamación de lo infinito. Del cenobita del Claraual puede decirse lo que del Doctor Angélico escribe el ilustre Cardenal Fray Ceferino González: «que al escuchar sus santas efusiones y sus llantos de amor; al escuchar sus gemidos sobre el destierro de esta vida, y sus tendencias impetuosas hacia la patria celestial, se recuerda involuntariamente á los cautivos de Israel, cuando sentados á la sombra de los sauces de los ríos de Babilonia, tristes recordaban las glorias de Sión y entonaban llorosos las canciones del destierro.»

Angel con vestidura de hombre, aprisionado con las cadenas del límite, vislumbrando la alborada de la patria desde las arideces del destierro, San Bernardo en la cumbre de la Edad Media, cuando fulguraba en el pensamiento de los filósofos el idealismo platónico y el espiritualismo cristiano, viene á reasumir en su corazón, en sus palabras, en sus escritos, en toda su existencia, las grandezas del misticismo, en cuyas olas suben las almas hasta anegarse en el seno de lo infinito; no de ese misticismo panteísta, engendrado entre nube de aromas por los bosques sagrados de la India; ni de ese misticismo todo penetrado de teosóficos ensueños, de prácticas teúrgicas, de palingenésicos períodos; ni del que predicaron entre los ruidos de la orgía y las depravaciones del entendimiento, los *Fraticelli*, los proclamadores del *Libre Espíritu*; los defensores del *Evangelio eterno*, los *Flagelantes*, que llenaban la Europa con el rumor de sus letanías y los cantos obscenos de sus danzas, los partidarios de aquel *Eon*, apellidado por sus discípulos *Juez supremo de vivos y de muertos*; los secuaces de aquel Tanquelmo, aparecido cuando Scoto Erígena se rebelaba contra la autoridad de Roma, y los Val-

denses contra la autoridad del Evangelio, sensual, frenético, sanguinario, que se desposaba con la Virgen en públicos, solemnes desposorios, y propagaba sus doctrinas defendido por la acerada punta de cuatro mil espadas; de tan gran ascendiente sobre los pueblos enloquecidos con sus predicaciones voluptuosas, «que los maridos se daban por ofendidos si sus mujeres no eran mancilladas por las infames ignominias del mónstruo» (1); no de ese misticismo filosófico venido de las nieblas de Alemania en los libros delirantes de la ciencia modernísima, sino de ese misticismo sobrenatural y celeste que irradió como la aurora de un nuevo universo en la cruz sacrosanta del Calvario, que arrastró á la pecadora de Bethania á las plantas del Salvador divino; que palpitó en los labios del precursor bendito por las soledades del desierto, y en el corazón del vidente del Apocalipsis, al borde del azul Mediterráneo, en los diálogos de Ricardo y de Hugo de San Víctor, en el espíritu de Gonfaloniero de Cristo, del penitente San Francisco, desbordado en himnos y en plegarias; en los libros del *Doctor Seráfico*, que sube hasta Dios con las alas de la pasión, del deseo, del amor poderoso y encendido que corre por sus venas con estremecientos inefables; en el libro de Tomás Kempis, genio cuasi divino que llevaba la eternidad gravitando sobre su alma inmensa, y que ha ejercido influencia tan colosal en las corrientes filosóficas y espiritualistas de la Edad Media. Todos estos seres superiores, Buenaventura, Catalina de Sena, Luis de Granada, Kempis, Taulero, Suszon, Teresa de Jesús, figuras que atraviesan la tierra cuasi sin tocarla y sin detenerse en ella, vienen á ser como símbolos y representantes de ese misticismo verdadero que eleva purifica é ilumina el entendimiento, por la meditación, por la plegaria que *gime por no poder gemir*, y llora porque no halla la misteriosa nota con que hablar de lo infinito; por la gracia que envuelve en una ola de la luz de Dios al hombre, y le eleva hasta Él en el éxtasis del deseo purificado; por el poder de ese eterno *Sursum Corda* que queda para exaltar á la humanidad, ahí en esos libros eternamente amables; en las

(1) Balmes.—En el *Protestantismo*.

Confesiones, en las *Alboradas*, en la *Fórmula áurea de los grados de la virtud*, en los *Nombres divinos*, en el *Itinerario de la mente hacia Dios*, en los *Diálogos* de Jacopone, en la *Consideratione de Interiore Domo*, en las *Fioretti di San Francesco*, en la *Imitación de Cristo*, ese sordo gemido del corazón, que dejando en los valles de la tierra todo lo que puede dejar el hombre, con alas de amor que se deshace en suspiros, en oraciones, en arrobamientos, en lágrimas, sube, vuela, penetra en la clara región de lo increado; y allí redimido con su propio fuego, en la calma del goce perfectísimo, en la visión de la hermosura soberana, presentida apenas desde los confines del planeta, respirando el aire natal de los sentimientos castos, confundiendo *en un mismo punto la pasión y la adoración, el amor y el culto*, canta el himno, la apoteosis, el *survexit* del espíritu que así deja los derroteros de este universo sin luz, para guarecerse bajo los brazos de la cruz divina y perderse después, ya amaestrado, como el Apóstol, en la ley del sacrificio, del dolor, de la muerte mística, en el abismo sin fondo de todas las aspiraciones inmortales y de todos los amores imperecederos, ¡Dios, Dios! realidad eterna hacia la que gravitan desde los astros que cantan entre los arreboles del firmamento, hasta las almas que lloran reclusas en las áridas soledades del destierro. Ahí tenéis el verdadero misticismo. Confieso que en la génesis de doctrinas aparecidas en el mundo desde el comienzo de las civilizaciones, ninguna para mí se presenta tan profunda, tan verdadera, tan elevada, como la doctrina del misticismo, proclamado por la religión cristiana.

Esas aspiraciones del misticismo, creedlo, no son más que las tristezas, las aspiraciones, las languideces del alma abri-llantada por el fuego del espiritualismo, principio y remate de todo verdadero encumbramiento. El apóstol de las gentes ha sintetizado toda la esencia del misticismo en estas elocuentísimas palabras: «Sólo una cosa quiero saber; Cristo, y Cristo crucificado.» «Que fué tanto como decir—escribe Donoso Cortés:—sólo una cosa quiero saber para saberlo todo; quiero saber á Jesucristo solamente, porque sólo en Él están juntos todos los saberes y unidas entre sí todas las

cosas» (1). De este modo, el misticismo todo lo sabe, sabiéndolo todo en Dios, hacia el que gravita con gravitación inacabable, pudiendo definirse, por consiguiente: «como el amor divino en todo su esplendor, aplicado á la vida espiritual, práctica y contemplativa; como la supremacía directa y constante de la primera causa sobre las causas segundas; del fin último sobre los fines inmediatos, siempre presentes á los ojos del espíritu, y presidiendo al desarrollo total de la vida en todas las esferas de la actividad humana» (2). Considerado filosóficamente el misticismo, no es otra cosa más que el idealismo, revistiendo una forma más brillante y elevada (3). El misticismo y el idealismo consideran la unión del alma con Dios, como principio sobrenatural de todas las elevaciones espirituales, y remate de todas las acciones del hombre. El idealismo ve cumplida esta unión por la fuerza del pensamiento, que asciende por regiones superiores á la de las cosas percibidas por los sentidos: el misticismo la considera realizada por la intención, por el deseo encendido, por la inspiración espontánea, que vuela por inaccesibles mundos, colocados sobre la esfera de la percepción externa y sobre los dominios de la razón pura.

El uno propone la teoría de las ideas como hipótesis cuasi evidente, defendida con todo el entusiasmo de una convicción real y sincera; el otro brota de las hogueras del éxtasis, caldeado de amor, con vivo anhelo de abismarse en la pura contemplación de lo infinito (4). El misticismo y el idealismo, pero el misticismo sobre todo, han concedido siempre soberano predominio á la imaginación y al sentimiento, sobre todas las demás facultades del espíritu. De aquí la necesidad efectiva y el empleo no interrumpido en la historia de la literatura mística, de expresiones alegóricas, revestidas con la pompa del lenguaje poético y oratorio. El amor es la base y el complemento de esta ciencia, que confía más en la

(1) Ensayo.

(2) Pidal (D. Alejandro).—*Santo Tomás de Aquino*, pág. 131.

(3) Cousin.—*Histoire de la Philosophie*, tom. I, lib. IV.

(4) Cousin.—*Obra cit.*, loco cit.

vehemencia de la plegaria que en la fuerza del silogismo. Si queréis saber cómo á tan altas cumbres han podido subir las almas, preguntad á la gracia y no á la ciencia; al deseo y no al raciocinio; al gemido y no al discurso; á la plegaria y no á los libros; al esposo y no al maestro; á Dios y no al hombre, angel despeñado, envuelto entre los huracanes de sus propias pasiones, y las tristezas de la realidad desoladora.

«Muramos en nosotros mismos, ha dicho el filósofo más amable del siglo XIII, el doctor seráfico; aneguémonos ahí, en esas misteriosísimas tinieblas del anonadamiento voluntario; impongamos silencio á las solitudes, á las concupiscencias, á los vanos fantasmas del sentido, y como Cristo crucificado, pasemos de este mundo al luminoso seno de nuestro Padre.» *Moriamur ergo et ingrediamur in caliginem; imponamus silentium solitudinibus, concupiscentiis et phantasmatibus, transeamus cum Christo Crucifixo ex hoc mundo ad Patrem* (I).

ADOLFO DE SANDOVAL.

(Se continuará.)

(I) San Buenaventura.—*Itinerarium mentis in Deum*, cap. VII.





MIS MEMORIAS ⁽¹⁾

1850-1852

SECCIÓN PRIMERA

Me mandan á la montaña.—¡Ohé, capitana!—No me hable V. de los hombres.
—Natural y vecino de Esparraguera.—Collbató: de la sustancia del burro.
—Cuál es el colmo de lo pintoresco.—Montserrat.—De la Merced á Loyola.—*Salve, sancta Parens*.—Pensar, creer y sentir.—El tema de los manresanos.—Se os deberá, Villalobos.—Cuatro mil doscientos monosílabos.—Los Folch de Cardona.—Aprovechado panteón.—Justicia feudal.—Viaje por lo más salado.

I



INCO largos meses estuve sin levantar cabeza, al cabo de los cuales tuve que resolverme á suspender mis habituales ocupaciones para ir á respirar el aire de la montaña. Busqué y encontré un excelente compañero que pensaba recorrer, como yo, parte de Cataluña; y entre las condiciones que se pusieron, fué una que visitaríamos Montserrat, y otra que habíamos de pasar por Cardona, para dar un vistazo á las salinas.

Tenían entonces los coches de camino, en Cataluña, sus especiales categorías. Diligencias llamaban á los vehículos

(1) Véase la pág. 150 de este tomo.

de dos ó tres cuerpos, que hacían carrera larga, á Lérica, á Zaragoza, á Madrid: á los demás, con ó sin compartimiento, les reservaban el nombre genérico de ómnibus. Ómnibus fué el nuestro, pues por aquella línea no debíamos pasar de Esparraguera. Allí nos acomodamos como Dios nos dió á entender, sin numeración ni asiento fijo; que en eso de numeraciones y otras aritméticas, estaban poco fuertes empresas y mayores. Íbamos en la alegre compañía de un vejete que, por el pico y la traza, anunciaba ser de vida airada y ancha conciencia, palabrero, de poco seso y menos asiento: un cura de lugar, romo, calvo, lleno de cazcarrias, con tres dedos de pringue en el sombrero, seis en el alzacuello, sopalanda de cosa que fué paño y medias negras de estambre bostezando por los tobillos: con más, dos mancebos y no de barbería, sino de tienda de aceite y vinagre, haciendo del galán con unos espantajos de jamonas, capaces, á la simple vista, de quitar el apetito al más tentado de la carne. Caminábamos á la usanza antigua, llevados á flote ó en volandas por seis mulas éticas con los tirantes de sogas, collarón destripado, borlones de hilachos y pródigo avío de cascabeles: cada bache, que nos descuadernaba; cada tumbo, que nos zarandeaba como costal de nueces, y cada tropezón de las bestias, que nos tenía, á nosotros con el alma en un hilo, y á las benditas prójimas en un constante chillido. A todo esto un sol de chicharra, turbonadas de polvo que entraban por boca y narices, y la infernal y descomulgada lengua del zagal con la consabida tanda de latigazos al aire y otros destinados á los flacos espinazos, sobre los cuales se iba dibujando la más prolija labor de caprichosos verdugones. Topamos en uno de los relevos con un ventorrillo, donde me dió la pícara tentación de administrarme un trozo de salchicha adobada con guindilla, según estaba de picante: entróme una sed rabiosa, sin agua ni manantial para el refrigerio. Viéndome el cura en aquel trance, me hizo remojar el tragadero con un rejalgar á manera de vino, más entonado que aguardiente de bala rasa, y lo sacó de un *gat* ó bota de cuero que llevaba repleto hasta el gollete y oculto entre los pies debajo del manteo.

A pocas leguas de camino, trabamos plática los viajeros.

Hablaron de toros y de casamientos: el viejo, aficionado al palique, mostraba mucha erudición en la sublime ciencia del toreo, comparando tiempos con tiempos, diestros con diestros, y bichos con bichos. *Paquiro*, el Chiclanero, y otras celebridades del día eran niños de teta al lado de Romero y Costillares. Visiblemente el arte iba decayendo: no había brazo izquierdo; todo el mérito consistía en atracarse de toro; mucha falta hacía una escuela como la que creó en Sevilla el séptimo y prudentísimo Fernando. El clérigo aplaudía, á estilo de los teólogos de Salamanca, recordando la infinita sal con que los españoles manejan los trastos de matar; convenían en ello los dos horteras, y además, porque es función que deja el dinero en el país; las mujeres callaban. Mas apenas se empezó á tocar la tecla del matrimonio, fueron ellas las que soltaron el trapo y como cotorras se despacharon. La mayor era viuda, las demás, doncellas impenitentes. Concordaron todas en el punto de que eso que hemos dado en llamar hombres es un abuso que no debe permitirse ninguna mujer decente: que el que más y el que menos, manso ó calavera, polvorín ó pazguato, es un monstruo de abominación capaz de pegársela al mismo lucero del alba.

Estando en estos coloquios y á unas cincuenta varas de la carretera, divisamos un bello edificio con jardín á la inglesa, larga alameda, elegante verja, y en el centro del parterre, la estatua ecuestre de un guerrero, armado de punta en blanco. Aquel conato monumentesco era clarísimo espejo de los tiempos. Cien años antes no hubiéramos vacilado: estatua de guerrero, residencia señorial. Cien años después ¿qué representaba? El reclamo de un guarnicionero que levantó aquella fábrica con el dinero de las albardas. Un monumento elevado, no al caballero, sino al caballo; no al caballo, sino al aparejo. ¡Singular destino el de los bronce, que con ser materia tan dura, se hace ductilísima para toda clase de epopeyas, las de la gloria y las del bolsillo!

En Abrera, último relevo, un mozo de mulas, mientras cambiaba el tiro, iba entonando el siguiente estribillo

«Per S. Pera festa á Abrera,
A Olesa per S. Joan,

Y els sayons d'Esparraguera
Per Santa Eularia la fan.»

—¿Sayones nada menos—dije yo—los de Esparraguera?
¿Y de dónde les viene ese puñado de honra?—No sé—repu-
so el otro;—mas oiga el final de la copla:

«D'Esparraguera n'era
Judas lo traidor;
D, Esparraguera n'era
Y era cardador.»

¿Conque el Iscariote hijo de Esparraguera y cardador de oficio? ¡Nosotros que, fiados en el Evangelio, le habíamos creído siempre pescador y judío, dos cosas tan bien avenidas! Hubiera sido obra meritoria advertírsele al Dr. Strauss que acababa de publicar su *Vida de Jesús*, ó á Mr. Renan que estaba con las manos en la masa preparando su libro del mismo título; pero calculé que ninguno de aquellos señores se tomaría la molestia de consultar los archivos de Esparraguera; y así quedará la historia del Discípulo traidor, consagrando injusticias y hartándose de desbarrar en latín, en griego y en hebreo.

Por los sambenitos y las libertades poéticas del mozo de mulas, vine en conocimiento de que los de Esparraguera no eran santos de mucha devoción entre las gentes de la comarca. Apenas llegados al pueblo y sentados á la mesa del parador, también nosotros tuvimos que ponernos del lado de los maldicientes. Pronto se enzarzaron nuestras jamonas del ómnibus con el avechucho de la posadera, que, de un lado para otro y con los brazos en jarra, no hacía sino chillar y bullir. Quejábanse del jaspeado de los manteles, de la pegajosa babilla que exornaba el borde de los vasos, de los platos historiados con ilustraciones de grasa, de unos dedos mantecosos impresos en toda la vajilla, de restos antediluvianos de yema de huevo incrustados en cucharas, tenedores y mangos de cuchillo, y de cierto cabello volandero que, con inaudito descaro, se había quedado culebreando, reluciente de pomada, en el aceitazo de la sopa. Tal, al fin, era todo que las señoras se quedaron sin probar bocado.

Menos melindrosos los barbudos, despachamos la cena al galope, como quien trae atraso de hambre; ansiosos de tomar la horizontal del demasiado cansancio de la jornada. Al entrar en mi cuarto me aseguré por dentro con el pestillo, y un par de horas haría que estaba durmiendo cuando me despertan de un tremendo porrazo aplicado á la puerta. Levántome sobresaltado, busco á tientas los fósforos, no los encuentro, siento que la puerta se abre, oigo distintamente pasos, y ¡zas! se me cae encima un enorme peso con dos velludos brazos que me aprietan y sofocan y un cálido aliento que me abrasa la cara. Yo que, según me trataban, creí que me iban á matar, sospeché de un mozo de la posada, barbi-negro y mal carado; mas no era él, sino un mastinazo, con quien trabé relaciones en la mesa, y después de dejarse regalar por los últimos convidados, venía á compartir mi lecho, al olor-cillo del antiguo agasajo. Repuesto un tanto del susto, que fué mayúsculo, dí un puntapié al intruso, y para no verme en otra refriega, atranquéme como pude, con muebles y baúles, ya que, por lo visto, los pestillos de Esparraguera corrían parejas, en lo traicioneros, con su paisano el Iscariote. Y acordándome de una bolsita de malla de seda en que traía algunas onzas y había dejado desamparada sobre el velador, compadecido de ella, la trasladé á mi propia cama, para que así, durmiendo bajo mi misma almohada, se encariñase más y más con su simpático dueño.

A las cuatro de la mañana estábamos camino de Collbató á tomar los jumentillos, único elemento posible para acometer la subida de Monserrat por aquel lado. Toda la población vivía de la sustancia del burro. Dos pintores que se nos juntaron, no cesaban de elogiar aquella santa humildad de nuestras caballerías. Llamábanla el colmo de lo pintoresco.

Más decían: de borrico á ferrocarril, lo pintoresco baja; de ferrocarril á borrico, lo pintoresco sube. ¡Qué de cargos contra el camino de hierro les inspiraban aquellas orejotas! Nadie pensaba entonces en aplicar los reles á las montañas. La misma Suiza, para izaros al Pilato ó á Righi Kulm, os ponía á régimen de mulo.

En todo paso de montaña veían su última trinchera los

idealistas. En nombre del Arte esperaban que la locomotora no se iba á meter con los terrenos accidentados. Allí al menos no seríamos un número y un paquete. Apéndices de la máquina: siempre el triquitraque, nunca los grandes silencios de la naturaleza; paisajes sin colorido local y en linterna mágica. ¡Qué viajes aquellos de la antigualla, en mula de paso, jaco andarín ó coche de colleras! Os apeabais cuando queríais, llenabais la panza á satisfacción, dormíais á pierna suelta en ventas, ventorros y ventorrillos. Malas comidas, colorido local; salteadores, colorido local; moscas, mosquitos y otras sabandijas, colorido, la mar de colorido. ¡Ah! y estudiabais el país. Cruzabais sembrados, bebíais en los manantiales, os regalabais á la sombra del viejo encinar, conocíais las gentes, requebrabais á las mozuelas; y si por ventura no era viaje de placer, sino de negocios, allá que tuvieran paciencia los impacientes; que siempre llegabais cuando Dios era servido, y hay en este mundo mucha vida por delante.

II

Cuento de nunca acabar eso del pro y el contra. A caballo, en mulo, en coche, ¿por qué no á pie? Para lo pintoresco, el *pedibus andando* os da, no sólo la calidad, sino sobra de cantidades. Contad bien: de Madrid á Barcelona, en diligencia, cuatro días de pintoresco; en ordinario, ocho días; á caballo, quince días; ¡treinta días por lo pedestre! Un hartazgo para los estómagos más artísticos.

¡Ea, fuera las botas de Pulgarín! Cuanto más pedestres, más pintores. ¿Quién duda que son más pintores que nosotros todos los pueblos *de infantería*, aschantis, fellatahs, cafres, zulús, nyam-nyams y otros cultísimos habitantes del África, tierras adentro?

Pregunto una cosa, pintor: ¿te imponen el ferrocarril? En Suiza, en Escocia y en toda tierra de montaña; en las Pampas, en las estepas del Asia y en toda tierra llana, ¿quién te

impide endosarte un poncho y una mochila, armarte de polainas, y si hay asperezas, coger el gancho del *alpenstick* para viajar más á lo artista?

Te quejas de puro mimo. Nadie te prohíbe viajar á tu gusto, aunque sea á gatas. Y si nadie te lo prohíbe, deja que el ferrocarril cumpla su misión en el mundo de las actividades, ya que no en el de las fantasías; suprimir obstáculos, abreviar distancias, instantanear negocios y economizar fuerzas y dinero; y todo esto, añadiré, sin perjuicio de lo pintoresco. Créeme: toma billete de tercera, en tren tortuga, para más colorido; párate en cada estación, y pásate, si te place, semanas enteras, entregado al *impresionismo*.

Estas y otras razones iba yo dando á mis dos simpáticos artistas, no echando de ver que á puro teorizar sobre lo pintoresco, descuidábamos la mucha pintura que teníamos delante, y en los mismos cerros que estábamos subiendo. Los cuales, vistos por aquel lado, y al sol naciente, semejaban almenadas torres chapeadas de plata ó encantados palacios de cristal de roca. Todo aquello indica, desde luego, ser producto de algún accidente geológico; pero la leyenda se ha agarrado allí de tal manera, que no hay roca, ni matorral, ni despeñadero, ni hondonada que no posean la suya. Del conjunto os dirán que la montaña fué una de las que se descuadernaron al espirar en la cruz el Salvador de los hombres. ¿En qué lo fundan? En que así lo declara San Cirilo, quien, además del Gólgota, cita, entre las comprendidas en aquel caso, una montaña de Etruria, otra de la Campania *et in Tarracoenensi Hispaniâ Monserratus*.

Mas yo entiendo que lo que había allí de más legendario y tradicional era el infierno del camino; pues á no ser por los asnos, que sabían bien dónde les apretaba la herradura, mil veces con las espaldas hubiéramos medido el suelo por aquellas angosturas, ya que no fuéramos á dar de cabeza en el fondo de un precipicio. Atribuían los devotos aquella desidia á que en lugares de tanta religión, se piensa más en cosas del alma que en la obra de las manos; á lo cual replicaba yo que de ninguna manera puede estar reñida la religión con la seguridad del viajero ó con la vida del peregrino; haciendo

notar de paso que tales extrañezas, como aquellas sendas tan frecuentadas como descuidadas, no se ven más que en España; porque, en cuanto al extranjero, hasta para llegar á la cumbre del Simplon y á la del San Bernardo, hay caminos excelentes, sin duda porque, al revés de los nuestros, creen los santos religiosos de aquellas tierras que las sendas peligrosas y extraviadas son tan funestas para los cuerpos como para los espíritus.

III

No pedirme noticias de la fundación del Monasterio, ni de las diversas trasformaciones que ha sufrido. *S'adresser* á los Manuales y Manualitos. Demasiado se comprende que, en los ocho siglos que lleva de existencia el santuario, se habrán ido hacinando allí restos de todos los órdenes arquitectónicos, desde el sencillo toscano al calado ogival, y desde el esbelto corintio al infame barroco. Tampoco causará maravilla que, por aquellos sitios, hayan pasado esponjas y cáusticos en forma de espadas, incendios, pillajes ó barrenos de los que acaban, en un santiamén, con la obra lenta de los siglos: desfiles sangrientos de turbas andrajosas, francos, patuleas, legiones extranjeras, inquinas liberales contra despotismos teocráticos.

Entré en un antepatio solitario y cubierto de hierba; y en el portal que se conserva de la primitiva Iglesia, ví á derecha é izquierda dos lápidas conmemorativas: una dedicada á San Ignacio de Loyola, otra á San Pedro Nolasco: el jesuita y el fraile de la Merced. Dos fundadores de Ordenes monásticas; pero ¡qué diferencia! Loyola, símbolo de la espada, de los rencores, de las iras pontificias; Nolasco, bálsamo consolador, mensajero de cariños y celestiales dulzuras. Loyola, representante de la persecución; Nolasco, de la redención; aquél forjando cadenas para la voluntad y el pensamiento; éste rompiendo los grillos de los cautivos. Loyola todo ceño, todo estrechez, todo sangre militar: Nolasco todo amor, todo

caridad, todo bondad evangélica. En aquellos dos hombres y á entrambos lados del portal, distintamente veía las dos opuestas tendencias de una propaganda religiosa: en el jesuita la tendencia política tirana de las conciencias, adulara de los déspotas, hostil al progreso por la razón, sin par en el arte del espionaje, cortesana de los Reyes ó de los pueblos, según los casos; en el fundador de la Merced, el sentido moral del Cristianismo, la abnegación, el sacrificio, la entrega de sí propio, el *todo para todos*, que es la más pura de las divisas. Ambos personajes visitaron un mismo santuario, á dos siglos de distancia. ¿Cómo, de rodillas sobre unas mismas losas, recogieron tan distintas inspiraciones?

Vamos entrando, que ya se divisa la fachada de la Iglesia moderna. ¿Era fachada? Sí y no. Algunos toques de estilo corintio, una ornamentación ligera y viuda de su Apostolado de mármol, que yacía maltrecho y á pedazos bajo los soporales del antepatio. El interior de la Iglesia me hizo el efecto de una gran casa desalquilada. Tal como estaba entonces, se reducía á un altar mayor medio restaurado, algunas capillas esbozadas, con cuadros medianejos de asuntos sacros, una gran verja, un coro regular, y en el centro un buen grupo de escultura representando la Virgen y la Magdalena al pie de la Cruz.

Me enseñaron los planos de la nueva Iglesia que se trató de construir cuando se hizo la traslación de la Imagen el día 11 de Julio de 1599, en presencia de Felipe III. ¡Qué proyectos de artesonado, de mosaicos y verjas! D. Juan de Austria el Pequeñuelo, el hijo de Felipe IV, mandó dorar una magnífica á sus expensas. Ciertamente la fe acuñaba entonces mucha moneda. ¡Jesús! ¡Cómo cambian los tiempos! Quemaron el templo los franceses en la guerra de la Independencia; más de cuarenta años habían trascurrido y la restauración seguía en proyecto. No se logró reunir suficiente caudal para realizarla, ni con las limosnas de los fieles, en un país tan dado á las devociones, ni con la conocida esplendidez de nuestros Monarcas en cosas que atañen á la Iglesia. Para muestra, bastaba la tosca y pesada verja del crucero, fabricada en Manresa y adornada con esta inscripción

que uno de mis compañeros calificaba de epigramática: «La gran piedad de Fernando VII.»

Allí el gran objetivo, el centro de todas las miradas, era la Virgen, negra como la de Guadalupe y de una sola pieza, con el Niño, á estilo de la de la Almudena. Llevaba corona imperial, con doble aureola, largo velo y ricos vestidos de costosísimas telas; lucía además algunas joyas, que antiguamente eran muy numerosas. Escuchaban los peregrinos el relato del misterioso hallazgo con la atención y el interés que se prestan siempre á las piadosas leyendas de apariciones; crónicas sencillas y edificantes, que si dan en los pueblos la medida de una piedad acendrada, no suelen diferir mucho en su forma exegética; el pastor ó la pastora, la dama vestida de blanco ó la Imagen olvidada, una revelación, algún milagro y después el rico santuario, á veces el opulento monasterio, fuentes, curaciones, el tesoro espiritual de las indulgencias y el más terrenal de las cuantiosas dádivas y espléndidas larguezas.

Hízonos gran impresión la *Salve Regina*, cuando, ya entre dos luces, los monaguillos de la Capilla la cantaron, con los gozos y el rosario, acompañados de fagot y violones. Encontré aquella escena muy sentida y poética hasta lo sumo: salpicadas las naves de relumbrantes lentejuelas de oro con la última llamarada del día; el dibujo de aquellas voces infantiles sobre el fondo melancólico del violoncello; silencio, recogimiento, actitudes humildes en los fieles; en el órgano el estallar de las trompas, aquel jugueteo de las flautas, las sonoridades de brisa ó de huracán que serpenteaban por el espacio, el incienso, la invocación; y poética hasta lo indecible la imagen de María, en quien el culto católico personifica las excelencias todas de la mujer: ternura de madre, cariños de esposa, purezas virginales, dulzuras, bondades, consuelos y supremas intenciones para desarmar la cólera celeste.

IV

Intrincado problema el de la poética de las religiones—me decía un joven positivista que formaba parte de la caravana.—Habíase sorbido, á los veinte años, los seis tomos del *Curso de Filosofía positiva* de Augusto Comte, y acababa de meterse en la cabeza el *Sistema de Política positiva*, en que el mismo autor pretendía establecer una religión nueva. «¿Encontráis—preguntaba el prosélito de Comte—alguna religión histórica que carezca de recursos poéticos? Los Vedas tienen los suyos, el Budha tiene los suyos, el Zendavesta los suyos, Manú los suyos, el Korán los suyos. El Cristianismo los tiene inmensos. Perderéis el tiempo—añadía—comparando unas religiones con otras bajo el punto de vista estético: son elementos de maravillosidad heterogéneos, que obedecen á distintos grados de cultura, á instintos de raza diferentes, á impresionabilidades de diversa forma. Leyendo á Dupuis, encontraréis más poéticas las religiones orientales; leyendo á Creuzer, concederíais la palma al paganismo griego; leyendo á Gibbon ó á W. C. Taylor, casi os encanta el paraíso mahometano; leyendo á Chateaubriand, todo lo declararéis escoria ante el *Genio* del Cristianismo.»

Por aquellos años de mi visita á Monserrat, todo el positivismo se encerraba en Comte, para los aficionados en España á aquella doctrina. Ni Robinet, ni Stuart Mill, ni Lewes, ni Huxley, ni Spencer, ni Littré. Menos todavía se soñaba en los recientes engranajes del positivismo con el transformismo. Preocupados con la evolución de la *manera teológica* en sus tres formas—fetiquista, politeísta y monoteísta—no consentían los adeptos de Comte que se buscasen en ninguna religión histórica las fuentes é ideales de la verdadera poesía. En tocando á lo divino, les molestaba lo concreto, lo de carácter puramente formal y externo; y buscaban las grandezas sólo en el Dios abstracto, eterno, inmutable, invisible, cuya

mano sentimos palpitar en todas las obras de la Naturaleza, desde las infinitamente grandes á las infinitamente pequeñas. Esto lo reputaban y tenían por dogma. La poética de lo simbólico les atraía poco. La poética de lo real les maravillaba y suspendía. No ya en sencillas funciones como la *Salve* de Monserrat; hasta en las más pomposas ceremonias del culto les hubierais visto indiferentes. Fríos, delante de una Virgen de Murillo, de un Cristo de Ribera, del *Descendimiento* de Rubens ó del *Spásimo*; helados, oyendo el *Te-Deum* de Hœndel, una cantata de Bach; la *Creación* de Haydn ó el *Stabat Mater* de Rossini; sordos para Milton, para Klopstock, para los trozos más inspirados de la *Gerusalemme*. «El símbolo—me decía nuestro joven—corta los vuelos de mi fantasía, porque me empequeñece lo excelso: la vista de lo real los agranda porque me lo hace inconmensurable.» Para él, había poesía en Jehovah, poesía en Vishnú, poesía en el Júpiter Olímpico, poesía, sublime poesía en el Redentor de los hombres; pero Jehovah le parecía vengativo, Vishnú sanguinario, torpe y sensual el majestuoso Jove. Quejábase de los místicos porque, según él, habían retocado, con sombras de rencores y enojos, la plácida figura del Jesús divino. Era su ilusión beber el aliento de Dios á prodigiosas alturas, huyendo de encerrarse en lo que él llamaba «estrechos moldes del antropomorfismo.»

Convenços de que es inútil querer luchar con ciertas organizaciones. Ya entonces á ningún positivista le hubierais hecho penetrar en las bellezas del Arte cristiano con las homilias de los PP., los poetas de baja latinidad, los sarcófagos de los siglos IV y V, las basílicas del V y del VI, los retablos, los monumentos bizantinos, el estilo romano, y más tarde los prodigios de la arquitectura gótica. Burlábanse de la música religiosa de los tiempos medios, de la *armónica* de los monges del siglo IX, de los chantres de Carlomagno, de los maestros de capilla bizantinos, de las teorías musicales de nuestro Isidoro de Sevilla, del venerable Beda, de Odón de Cluny y hasta de Arezzo, el benedictino, el inventor de las *notas*. Por negarlo todo, hasta negaban la influencia del Cristianismo en el Renacimiento, que, en pintura y escultura,

consideraban como una simple resurrección del genio pagano y viva protesta contra los pudores de la iconografía mística. Aquellos ideales les repugnaban; aquel Arte no le sentían. «Déjate de cuentos—me repetía más de una vez aquel amigo:—cada cual es libre en sus impresiones; permitidme tener las mías. Permitidme encontrar tanta poesía y tanto sentido divino en la flor del campo como otros en el altarcico de una devota; tanto en el trinar de las aves como otros en el sosegado canto de unas monjas; tanto en el aroma de un clavel como en los perfumes del incensario; más en la presencia y asombrosa multiplicación de la vida por las regiones aéreas, en las terrestres y en las submarinas, que en las maceraciones y disciplinazos de los cenobitas; más en los prodigios de un gran invento que en las visiones extáticas; tanto por lo menos en el bramar de los Océanos, en el estampido del trueno y en el firmamento tachonado de estrellas, como en las descripciones lúgubres ó paradisiacas de Don Calmet y otros teólogos eminentes.» De seguro incluiría ahora el curioso libro del abate Lohan.

De entonces acá, todavía se han extremado más los vuelos de la estética naturalista. Ha pretendido hacerse un Dios por el camino del realismo, como no sé si Fichte ó Mr. de Schelling prometían *hacer uno en la lección próxima*, por los senderos idealistas. Ha anunciado que elevará á aquel Dios *suyo* un trono al abrigo de todo viento: «cansados—dicen los de aquella escuela—de esa lucha incesante de las religiones positivas que tanta sangre derramaron, oponiendo altar á altar y creencias á creencias.»

V

Renuncié á ver, una por una, las célebres ermitas de Monserrat esparcidas por la montaña. En otros tiempos, era una excursión muy socorrida, porque cada ermita tenía su habitante y su historieta. Allí se descansaba, platicabais un rato y tomabais un ligero refrigerio. En aquella mi época,

todas las ermitas estaban abandonadas. Bastónos subir á la más empinada, que es la de San Jerónimo. Bello panorama: por esto solo, los suizos y los franceses tendrían allí dispuesto un cómodo hotel con restaurant bien abastecido. Mas nosotros no damos importancia á estas nimiedades. Por todo restaurant, tuvimos que contentarnos con una tortilleja fría de patatas y animados tragos de peleón, y, por toda cama, con los otrablandos guijarros para sestear una horita. Y no teniendo cosa que hacer, nos dimos la inocente ocupación de tirar piedras al fondo de los despeñaderos, contando las repercusiones del eco.

Efectuóse con toda felicidad el descenso de la montaña, subido yo en un mulo que, pocos días antes, había tenido la honra de conducir al reverendo P. Serra, obispo de Puerto Victoria y después coadjutor de Perth, en tierras australianas. Cítolo por lo que me estuvo mareando el guía con la relación, durante el camino; y sin duda el animal se asociaba en espíritu al regocijo del amo, porque apenas se puso en marcha, le entraron unos alegroncillos alarmantes, aguzó las orejas, y me dió, á expensas de los lomos, una feroz trotada cuesta abajo. Digo yo si sería para vengarse de lo mucho que el pobre se sentía rebajado. Después de llevar *al otro* como alma en gloria, por ser obispo y varón santo, llevarme á mí como alma en pena, por no ser santo ni obispo.

IV

Volvimos á Esparraguera para tomar, como ahora diríamos, la línea de Manresa. Diez y seis ómnibus había dispuestos y aún fué menester tomar la plaza por asalto. Razón: Manresa estaba de fiesta mayor. Haré gracia de ella á los lectores: todas las fiestas mayores se parecen, y además yo no podía concurrir á aquella por el luto que llevaba en el alma. Contentéme con salir un par de mañanas á las cercanías en compañía de uno de mis dos pintores de Collbató: yo

me sentaba á tomar notas al pie de un árbol, y él escogía sitio para bocetear en el álbum. Recuerdo un croquis suyo de un *efectismo* prodigioso. Manchones blancos y pardos representaban la Ciudad: uno más recargado, la Seo: la línea rojiza del fondo era el Cardoner que avanzaba atropelladamente en olas fangosas: con unos toques casi imperceptibles, señalaba tres lavanderas retirando de las orillas unos pañales: otros indicaban cuadrillas de chicos peleándose á pedradas: en un senderrillo varios arrieros con sus recuas. Aquel muchacho prometía: si ha continuado, no habrá hecho mal papel en un género hoy tan estimado.—«Tome V.—me dijo, arrancando la hoja:—ahí va un recuerdo mío.»—Lo conservé largo tiempo y después lo regalé ó lo perdí: mucho lo siento.

Lo más granadito que os enseñaban en Manresa era la Cueva de San Ignacio con su Iglesia. San Ignacio es el tema favorito de los manresanos; aquí entró, por ahí salió, por tal punto pasó; si oró, si peroró, si en tales ó en cuales sitios estuvo ó no estuvo. La Cueva está abierta en la peña viva, y se baja á ella por una escalerilla de caracol. Allí escribió Loyola sus *Ejercicios espirituales*. Conservábanse en la pared restos de las cruces que iba trazando con la uña; los devotos, de puro entusiasmo, las han ido agrandando con las suyas. Por la estrechez de la Cueva puede calcularse lo penoso de las posturas, hasta estando de rodillas. Todo el labrado es de épocas posteriores; lo único notable entonces era el estuco, obra de un jesuita inglés, con unos medallones que representaban los pasos de la vida del Fundador de la Compañía, y en el exterior del monumento, varias deformes cabezas figurando herejes. Mostraba el sacristán el sitio donde tenía Ignacio apoyada la frente durante los ocho días que duró su arrobamiento. De allí extraían tierra los fieles como preciosa reliquia. No lejos veíase el retrato de otro personaje de más talla, á mi juicio, que el bendito San Ignacio, y fué de su misma Orden: el cardenal Roberto Belarmino.

Al salir de la Cueva topamos con unos entes de hongo y americana que embestían á la gente como toros en lidia. No llevaban cuernos, sino unos papeles impresos que disparaban al bulto, caiga donde caiga. Al pronto los tomé por corrodo-

res de anuncios de saltimbanquis; mas luego me dijeron que eran muñidores de elecciones. La del diputado por Manresa coincidía aquel año con la fiesta mayor. Tratábase de saber cuál de los dos intereses debía triunfar en las urnas: si el industrial ó el agrícola; y los conciliadores se habían fijado en la persona de mi respetable amigo D. Angel de Villalobos, en quien creían ver representada la mejor armonía entre las fábricas y los terrones. Echaron á volar la candidatura; y para darla bombo, circularon profusamente unos versos que recomiendo á los que leyeren, como muestra del alto grado de inspiración á que se puede llegar por los floridos senderos de la literatura proteccionista. Decían así:

«La industria, las carreteras,
Agricultura y oficios,
Al Poder y á Vos propicios
Os piden de todas veras:
Á las penas y quimeras
Sucedan glorias y *trobos* (?!!)
Proteger los hombres probos
Atañe á Vos y al Gobierno,
Y un afecto sempiterno
Se os deberá, VILLALOBOS.»

Otros versos, y estos ingeniosísimos, corrían á la sazón por el pueblo; y eran obra de un D. Buenaventura Pons y Fuster, gran aficionado al dialecto catalán y á su antigua literatura. Había hecho el poeta un esfuerzo de habilidad original, un verdadero *tour de force*: 105 versos, todos en monosílabos, para demostrar la índole de aquel dialecto que, de haberse cultivado como lengua nacional, sería hoy una de las más ricas y flexibles de Europa. No los continuaré todos, contentándome con escoger cuatro estrofas; y las pongo sin traducción castellana. Si los que las lean son catalanes, ya las entenderán; si no, siempre valdrá más dejarlas como están en el original; ya que el mérito depende de las palabras y no precisamente del concepto. Ahí van las cuatro estrofas.

«Lluny tos y mochs, que á fer vinc
Lo cant del *Mas* á xics trots;
Y si 'l cap *per-vers* jo tinc,

Han de ser curts tots los mots
Com dos y tres ne fan cinc.

O car Mas, tú no tens preu,
Tú vals mes per mí que l'or,
De gent en tú no sen veu:
Per so 't vull de mes bon cor:
Per mes, Mas, que tú no ets meu.

.....
Ab mont cant tan tosc y gros,
O bon Mas! jo 't dic á *Deu*:
Si vinc mes, hem de ser dos,
Que 'l ser sol me sap molt greu;
Y tú saps qui vull que y fos.
Si res mes vull dir de nou
La ma trem y 'l vers no surt:
Jo crec doncs que n' he fet prou:
Que tras tan verb y nom curt,
Tinc lo cap mes gros que un bou.»

La víspera de salir de Manresa me convidaron á oír! en casa de un amigo, un concertista italiano, de la especie más singular: un señor Agostini, que tocaba *il flauto col naso*. Hizo prodigios aquel ciudadano, soplando por la región del olfato; mas por si acaso algún día viniera á caer en manos de ustedes un instrumento *practicado* de aquella suerte, no olviden, antes de usarlo por lo ordinario, la sencilla precaución de cambiar la boquilla.

VII

Ya están aparejados los mulos para Cardona. Larga es la jornada: no perdamos el tiempo. Nos lo han advertido: tenemos que cruzar un laberinto de revueltas y desfiladeros, y en la cabalgata llevamos dos damas de corte sentimental, medrosicas y delicadas de nervios. A cada salto pondrán á prueba la paciencia de los guías, y á cada susto apelarán á nuestra habitual galantería. Que se ha aflojado la cincha... paradita. Que el mulo aguza las orejas... á ver qué pasa. Que me caigo, que me escurro, que me mareo, que me bajen, que me

suban, que me tengan, que me suelten. Echemos un par de horas más de viaje con estos melindres, y poco tontear nosotros por el camino, que con harto sobrehueso lo llevamos. En tal conformidad, llegamos al pueblecillo de Suria, que por caer justo en el centro del Principado, recibe de los naturales el nombre de *á mitx mon* (á medio mundo).

Nos aseguran que, de Suria á Cardona, andaremos por buena carretera. Otra ilusión perdida. La carretera se iba haciendo, pero interrumpida á trechos. A cada paso teníamos que echar por el atajo; para volver á la ancha vía, era menester pedir cien veces licencia á contratistas y destajistas. Unos eran amables, nos dejaban franco el paso y hasta se quitaban la gorra: otros refunfuñaban ó se hacían el sueco. Hormigueaba la montaña de braceros con herramientas: chocóme ver tanta boina en el país clásico de las barretinas. —«¿De dónde sois?»—pregunto á un grupo de operarios.—«*Vizqueños y guipuzcoanos*»—me contestan en su jerga. Ya caigo: es el *rebose* de las Provincias Vascongadas que viene á caer sobre Cataluña, en busca de trabajo.

Cardona es lugar famoso por sus salinas. Sin este atractivo ¿cómo habíamos de meternos por aquellos breñales? Minas de sal gema, tesoro de Creso. ¿Quién no iba á figurarse que al lado de este tesoro, aquello sería un Jauja, con alguna población de primer orden, desahogo en los moradores, buenos salarios, hermosas casas, hospicios para los inválidos y cara de Pascua gratis para todo bicho viviente? ¿Jauja, eh? A otra puerta. Precisamente por tener Cardona tan á mano *el oro*, me la encontré un pueblo atrasadísimo, uno de los más rústicos, más abandonados y pobretones de Cataluña. Señores, fuera aspavientos: esta es la regla, la regla de toda tierra en que se come el garbanzo, llámese España ó llámese Siria, donde también se garbancea. ¿No está ahí, á dos pasos de la Corte, el *suntuoso y elegantísimo* Loeches con aguas, según es fama, mejores que las de Vichy? ¿No está ahí, besándose con Cauterets, Aguas Buenas y Luchón, ese otro dechado de distinción y comodidad que se llama Pantícosa? ¿Y Toledo, y el Escorial y la Granja con sus *espléndidos* hoteles y sus *rapidísimos* trenes de viajeros? Ea, déjenme mí

pobre Cardona en paz, y caminen con la de Dios: que yo vengo á ver salinas, y sólo por pura cortesía penetraré antes en el Castillo de los antiguos vizcondes y duques, hoy incorporado, con los títulos, á la casa de Medinaceli.

Los Folch de Cardona formaban con los condes de Urgel, de Ampurias, de Pallars, de Besalú y otras calificadas casas de Cataluña, el núcleo de aquella nobleza feudal, más parecida á la francesa que á la castellana. Como los Moncadas que les superaron en grandeza, si no en esfuerzo y bizarría, midiéronse los Folch, primero con los condes de Barcelona, después con los reyes de Aragón; y más de una vez pasearon sus huestes triunfantes por la comarca catalana, luchando con el rich ome, el magnat ó el de paratxe, y aplastando con férrea planta al *rustich* y al menestral, al mercader y al villano. Epicos heroísmos de aquellos tiempos, que nuestros prosaicos códigos de hoy tendrían la humorada de llamar fechorías. De tan insignes hazañas sólo dos memorias han quedado: unas líneas rojas en las páginas de la Historia, y un puñado de cenizas en el fondo de los panteones. Por los panteones empezad y acertaréis. Mi primera visita fué al de los Cardonas.

Pero en 1850, ¿era aquello panteón ó almacén de provisiones militares? Podían decirlo los sacos de trigo, harina y patatas esparcidos sobre las losas sepulcrales; los rimeros de heno, paja y cebada hacinados en los nichos ó junto á las pilastras; el penetrante olor á cabotaje que apestaba el ambiente. Con la contera del bastón, abríais un hueco en el montón de tomates y leíais un epitafio dedicado á D. Juan Raymundo de Toledo ó á D.^a Francisca Manrique de Lara. Un barrido en las habichuelas, y asomaba el canto de otra lápida, consagrada á la memoria de D. Juan Raymundo Folch, Vizconde de Cardona, General de mar y tierra.

No es aquí cuestión de aristocracia de sangre, ni de privilegios, ni de pergaminos. En plata: aquellas profanaciones me repugnaban. ¿Ni siquiera nuestros huesos ha de respetar la mano del soldado? ¿ni aun en tiempo de paz dejará tranquilos los monumentos? En Cardona, los soldados de La Rocha racionándose en el panteón de los Vizcondes; años des-

pués, en Barcelona, los soldados de Gaminde acuartelados en la Universidad nueva; en Milán, los soldados de Radetzky atando los caballos en el refectorio de Santa María *delle Grazie*, junto á la *Cena* de Leonardo de Vinci.

Con aquellas prosas y aquellas abominaciones, no era fácil reconstruirse en imaginación el panteón de los Folch de Cardona. Ahora me lo reconstruyo, pensando en el Escorial, en Westminster, todavía más en Saint Denis. Estatuas yacentes, ó de pie, ó de rodillas, en piedra, en mármol, en bronce; con las manos en alto, con las manos plegadas; en línea correcta junto al muro ó en artístico desorden por el centro. Una vizcondesa con su lebrél á los piés; un vizconde con su fiel tizona; un duque y duquesa en consorcio, para que aparezcan unidos en la muerte los que acaso en vida fueron separados por los celos, por brutales pasiones ó sangrientas rivalidades de familia. Girones de algún pendón heroicamente conquistado en las Navas de Tolosa, ó en Mallorca, ó en Muret, ó arrebatado en fratricida lucha con el de Urgel, con el de Atarés, con el de Perelada. Montantes, rodelas, adargas, morriones de cuero ó de metal colgados en la pared, y por su peso y su tamaño, más propios de gigantes que de comunes soldados. Tal vez alguna reliquia traída de Tierra Santa, tal vez algún trofeo de caza, una presea de amor, la roja banda cruzada sobre la cota de malla por las manos adorables de una reina de torneo. Y si, por ventura, os sorprende la noche solos en aquella mansión de muertos, puede que se os antoje ver animarse entre sombras las esculturas; y se levanta de súbito una losa del pavimento y sale un adalid de larga cabellera, cortada en cerquillo sobre la frente, y el caballero da la mano á una dama de largo y flotante velo, y tras del caballero otro caballero, y tras de la dama otra dama; y así desfilan en muda procesión hasta el altar de la capilla, donde van á prosternarse para recibir la bendición del monge gris ó del prelado con capa pluvial y mitra de relumbrante pedrería.

Aquellos espectros son vuestra conciencia, señores profanadores de panteones y otros monumentos. Son vuestra conciencia. Reflejo de unos cuerpos que, antes que vosotros, es-

tuvieron en posesión de la vida; que lucharon por ella como ahora lucháis vosotros; que lucharon por ella dentro de las condiciones de su país y de su tiempo. Sin aquel pasado, no seríais presente. Ellos y vosotros, eslabones de una misma cadena. ¿Locuras hicieron? ¿de héroes tomaron el nombre, siendo acaso vulgares ambiciosos? Aun así, respetad su memoria y juzgadlos luego como queráis. La historia los ha juzgado ya. ¿Sabéis acaso cómo nos juzgará á nosotros?

Desde las almenas del Castillo se domina tierra hasta el Pirineo. *Torre de la Doncella* llaman á la del homenaje; porque, según es fama, allí tuvieron encerrada, hasta morir de hambre, á una damisela de la Casa por haberla seducido un Conde de Urgel, en guerra con los Cardonas. Para más pormenores, *vide* Balaguer, en una de sus infinitas leyendas.

Más curioso que ellas es lo que me enseñaron en el archivo. Trajéronme unos legajos amarillos y ratonados que contenían procesos de villanos. En cada portada, el escribano había dibujado, con la pluma, la pena impuesta al procesado ó procesados. Quien aparecía ahorcado, quien quemado, quien enrodado, quien descuartizado. Cariñitos feudales para la gente menuda, que, con razón ó sin razón, pagaba siempre los vidrios rotos.

VIII

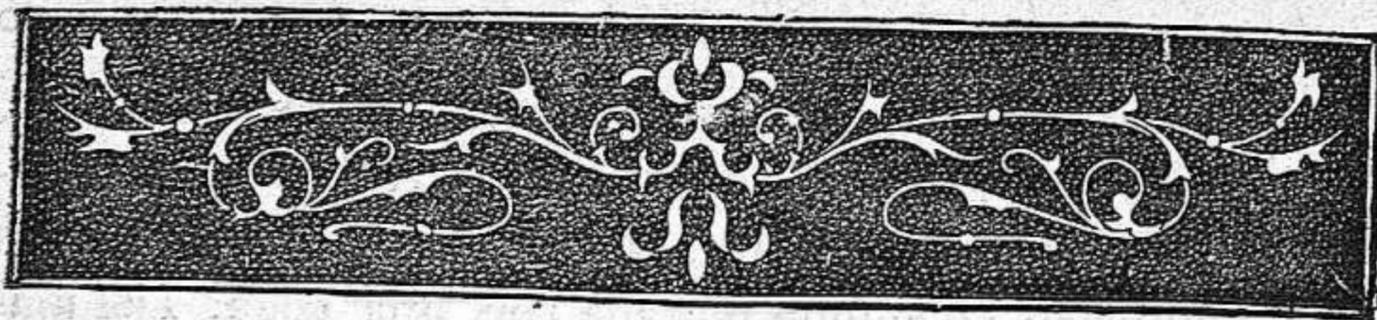
¿Hablaré *in extenso* de las salinas de Cardona? ¿Para qué? Sobre las salinas, ó hay que decirlo todo, ó es mejor no decir nada. Tiene la cuestión tres aspectos: científico, económico y pintoresco. Del científico no he de hablar: es químico y geológico, y ni yo puedo entrar en semejantes honduras, ni serían propias de la índole de este trabajo. El económico me entretuve en examinarlo cuando, cinco ó seis años después de aquella fecha, y estando de catedrático de Economía política en la Universidad de Santiago, dirigí una Memoria al Gobierno sobre el desestanco de la sal y del tabaco. Tanto caso de mis observaciones hicieron entonces los caballeros de Hacienda, que se me han quitado las ganas de reproducirlas en este sitio. ¿Hase visto descaro igual á aquel mío? ¡Atreverme

con memorialitos al Gobierno sobre asuntos de interés público! ¡Un mocosuelo *sin nombre y sin distrito!* ¿Dónde estabais, ilustres escribas del antiguo castillo de Cardona, que no me pintasteis en alguna portada con una soga? Del más puro cáñamo la hubieran apretado, en vuestros tiempos, al cuello del bobalicón que se hubiese corrido á dar consejos, desde abajo, á los que se ciernen en las alturas.

Queda el lado pintoresco. Aquí sí que hace falta una pluma valiente. ¿Habéis visto en algún lienzo de los que pasan por inspirados, caprichos de montañas azules en plena mancha verde, ó nevadas en plena vegetación tropical, ó negras en pleno día? Diríais como yo: eso no tiene sentido común. Pues amigos míos, lo tiene: aquellas montañas las veréis siempre en Cardona, como quede una pizca de luz en el espacio. ¿Alcázares ó arco iris? Si son alcázares, ¡qué alcázares para un poeta de los de joyería! Por basamento el pórfido, zafiros por sillares, por cornisas rubíes y esmeraldas, de jade las escalinatas, de ópalo la techumbre y las torres con sus agujas de diamantes. Si son arco iris ¡qué bellísimo arco iris! Un espléndido manto oriental de mil colores, rayado, tejido, brochado con el carmín del crepúsculo, el oro de la luz meridiana, el verdor del cercano arbolado, el azul purísimo del cielo, el tinte blanquecino de los vapores matinales. Y todo es color y luz y transparencia, es decir, todo sal, cuanto allí se ve, se toca ó se respira; líquida la que corre disuelta en los arroyos; pastosa la que forma espuma; sólida la cristalizada; volátil la que se esparce por los aires.

Muchos particulares se dedicaban en Cardona á coleccionar productos de sal gema. A sus expensas había reunido los mejores el presbítero D. Juan Riba. Dividíalos en tres secciones: los que él mismo elaboraba, las cristalizaciones ordinarias y las más selectas y sorprendentes. En otra pieza mostraba una hermosa columna de orden corintio y una gran mesa, todo de sal; y allí estaba el álbum donde los viajeros depositaban el tesoro de sus inspiraciones ó de sus simplezas. Arriesguéme con unos versos, y fué en mal hora, porque salieron sosos: raro prodigio en tan salada tierra.

JOAQUÍN MARÍA SANROMÁ.



EL MOSÉN⁽¹⁾

(Continuación.)

CAPÍTULO XIV

EL JURAMENTO



QUELLA tarde, que revestía ya algún aspecto sombrío como tarde de otoño, el espectro de muerte, que hacía días revoloteaba en torno del lecho de María de la Paz, se acercó más á la moribunda madre, y aun besó sus frías mejillas con los descarnados dientes que la sirven de labios. Llevaba las alas plegadas para no hacer ruido; pisaba quedo las choquezuelas, y, envolviéndose en su sudario de amianto, se escondía tras de las cortinas de la cama, para desde allí poder lanzar su golpe más sobre seguro. Y miraba á su presa con extraña vaciedad de pupilas, encogiendo las mal sujetas quijadas, haciendo rozar las articulaciones, sonriendo, en fin, como sonreía también Paz al columbrar el esqueleto, porque la idea de morir casi la consolaba.

La fiebre latente, que iba devorando, por encargo de la muerte, poco á poco su existencia, la ponía delante espantosas visiones que atormentaban su moribundo espíritu, con el

(1) Véase el número anterior.

recuerdo de las contadas venturas del pasado, las amarguras del presente, y la felicidad del porvenir, cuando libre de las cadenas de la carne subiese á ver á Dios, y encontrase al hijo de sus entrañas siendo un querubín de los que sostienen el divino trono.

Pero la flaqueza humana es tal, que aunque en el alma haya reunidas ideas de ventura y de desdicha, olvida siempre las primeras por pensar en las segundas; como si gustara más de dolerse del mal, que de agradecer á Dios el bien: y así María estaba sobre su lecho tendida, aniquilada, sin fuerza casi ni para quejarse..., pero abrumada por el horror de su situación, y por el negro pensamiento de lo que sería de Jaime después de su muerte, que tenía por segura.

Tres monjas la rodeaban, asistiéndola con cariño, y dándole de media en media hora ciertas cucharadas de un reactivo, de esos que los médicos recetan, en la plena seguridad de que no sirven para maldita la cosa. Cada vez que el líquido entraba en la desfigurada boca de Paz, hacía al pasar por la garganta unas burbujas y unos hervoreos, que asustaban á las madres, y rezaban sin parar, pensando que sin remedio se les quedaba entre las manos de un momento á otro. En esta convicción, habían puesto entre las manos de María un Crucifijo de madera de olivo, y en la cómoda, ante un cuadro de la Virgen de las Mercedes, encendieron unas velas, que eran como una anticipación del túmulo fúnebre.

Pero darían en el reloj del convento las siete, cuando entró en la celda el Mosén, y apagando las luces, y abriendo de par en par las hojas de la ventana para que se renovase el aire, llegó hasta el lecho, y con la voz más dulce que pudo dijo:

—María...

La huérfana entreabrió los ojos, y miró desencajadamente á su hermano.

Venía Jaime agitado y rendido de fatiga: había ido á Murguía y vuelto, sin descansar un instante ni probar un bocado: y traía el uniforme lleno de polvo, y la cara quemada del sol.

—Creí que...me moría... no estando tú á mi lado—dijo Paz con vocecilla tenue.

El cabecilla se inclinó y la dió un beso en la mejilla pálida. Ardía.

—¡Vamos, tontuela! —la dijo estrechándola una mano fría que tenía pendiente á lo largo del cuerpo.—¿Estás bien?...

Paz se movió un poco: al parecer quería variar de postura para ver bien á Jaime. Con mucho trabajo dió media vuelta, dibujando las ropas de la cama el contorno aún hermoso, de aquella moribunda preciosidad.

El Mosén, á su vez, se sentó junto á la cabecera, y mientras con la mano derecha estrechaba las heladas de María, entretenía la izquierda en jugar con los sueltos cabellos, notar el pulso de las sienes, y borrar el sudorcillo de su frente.

Por hablar algo, por distraer un poco á su hermana, dijo en tono de broma y de contento:

—¡Si vieras qué amable ha estado el Rey conmigo!... Ha venido tras de mí un ayudante á llevarle noticias tuyas...

—¿Qué?... ¿por dónde sabía el Rey que yo estoy mala?...

—Por mí. Yo se lo dije para que me dejara volver pronto.

—¿Y tú que le has contestado?...

—¿A quién?

—Al Rey... ¿Cómo le has enviado á decir que estoy yo?...,

—Que estás bien...; que mejoras...

Paz se sonrió y murmuró:

—No..., no le habrás dicho eso.

—¿Por qué mujer?...

—Porque... no es verdad..., y tú no mientes. Es decir, sí: sí mientes algunas veces; por ejemplo, cuando sabías que Jesús había muerto y me asegurabas que quedaba perfectamente en Cristierna...

A una señal de Jaime, salieron las tres monjas, dejando solos á los dos hermanos.

—¡Qué guapa estás! —continuó el Mosén, tratando de desviar la conversación de donde la había llevado María.

—¿Sí?...

—Sí. Te lo juro. Puedes creerme.

—Ya no; ya no...

—Sí, mujer; estás muy bonita.

—Tráeme un espejo y lo veré.

Jaime paseó su vista por la celda.

—No hay aquí ninguno—dijo.

—Lo siento.

—¿No te fías de mis palabras?...

—Sí..., pero... como algunas veces no dices verdad...

—Te aseguro—la interrumpió Jaime al verla en el mismo mal camino—que estás preciosa. Tú siempre lo has sido..., pero ahora, ahora...

—¿Querías que no guardase algo para el cielo?...

—Si no hubieses sido mi hermana—la volvió á interrumpir—créete que te hubiera amado como un loco.

—¿No me amas?...

—¡Sí, y con locura!—se apresuró á decir el Mosén.—Pero me refiero al amor del mundo, á que te hubiera hecho mi mujer; porque contigo la felicidad no se habría apartado de mí un instante; eres buena, cariñosa, guapa... ¿Qué más quería?...

—Sí... yo también te hubiera deseado para marido,... y sobre todo porque si... hubiéramos tenido un hijo, no lo habrías matado como Augusto.

El Mosén se estremeció.

—También él!—prosiguió María—juraba y perjuraba que yo era buena y hermosa..., y tanto me lo dijo que llegué á creerlo... Pero ya me he convencido de que tú tenías razón... Augusto no me quería... ¡Quiéreme tú por él!...

Y diciendo esto, echó sus brazos por cima de los hombros de Jaime; unió al rostro de él, que escaldaba, su frente, fría, y le inundó de lágrimas las manos.

—¡María! ¡María!... ¿Qué es esto? ¿Por qué te afliges?... ¿Por qué lloras?... Ten esperanza en Dios como yo la tengo... Me dices que te quiera... ¿acaso no lo hago ya?... Yo te amo como no te quiso nadie. Y te lo demostraré cuando te pongas buena y nos vayamos solos, muy lejos... muy lejos, donde nada nos recuerde nuestras desgracias.

Irguió soberbiamente María su cabeza, hizo apartarse á Jaime un poco, repeliéndole con las manos, y púsose á contemplarle en silencio. Sus ojos, semejantes á un sol que refulgiese á través de la malla de plata de un aguacero, brillaban

por entre las lágrimas que tembloneaban en sus párpados. Luego de mirarle fijamente un buen rato, volvió á acercársele, y replicó en voz tarda y baja sonriendo:

—¿Crees tú que nosotros podemos ser ya felices en la vida?

Jaime, aterrado, escuchó aquella verdad y se estremeció: porque tenía que desmentirla.

—¿Y por qué no?... Dios lo puede todo, y si quisiera...

—¡Ah!...

—Querrá, querrá, María—prosiguió fervorosamente el cabecilla.—¡De sobra hemos purgado ya todos los pecados que hayamos podido cometer!... ¿No te sientes aún bastante castigada?...

—Demasiado...

—¿Lo ves?... Tú misma reconoces que hemos sufrido mucho; demasiado tal vez...

—¿Y por qué no ha venido Augusto?...—saltó María, en cuyo cerebro indudablemente volteaba una horrible vorágine de ideas y de pensamientos.

El Mosén la miró absorto; trató de inquirir por qué se hacía aquella pregunta; mas no lo consiguió.

—¿Tú querías que viniera?

—¿Yo?... No.

—Entonces...

—No me hagas caso.

—Es que si tú quieres que venga, vendrá—afirmó solemnemente el cabecilla.

—No...—balbuceó Paz.

—Hasta ahí llega el amor que te tengo. Admírate de lo que te quiero... Yo que jamás he cometido un hecho vil, yo que nunca volví la espalda en los combates, que no comprendí jamás que hubiera un Parolla que se arrodillase á los pies de un Monpavón pidiéndole misericordia, me arrodillaría ante él, vil asesino de nuestra familia, robador inicuo de tu honra, sólo... sólo porque tú lo deseases. ¿Lo quieres?...

—No; que no venga.

El Mosén abrazó convulsivamente el cuerpo de su hermana, y la dijo al oído, envolviendo las palabras en ardientes besos:

—Gracias... gracias... Paz de mi vida... gracias. ¡Si vieras el peso que me quitas de encima!... El plan por mí formado es el mejor. Tú te serenabas; te reanimabas; te restablecías por completo y te vienes conmigo... muy lejos... Tú no te acordarás, porque eras muy pequeña, de la casa de nuestro padre; está en mitad de una montaña; los árboles que la rodean la hacen invisible hasta que se llega á la misma puerta... ¡Si vieras qué silencio reina allí!... Ahora estará abandonada: pero no importa, los musgos y la yedra que tapizan sus viejos paredones, los hemos de arrancar con nuestras propias manos, y del cercado que la rodea, como ahora mi brazo á tu blanco cuello, los rosales y la madre selva expulsarán los abrojos, que la soledad y los vientos de la sierra plantaron allí.

María de la Paz se sonreía.

—¡Qué bonito es todo eso!... Si yo no me fuera á morir, ¡cuánto gozaría á tu lado!... Realmente me quieres mucho: has sido mi ángel de la guarda en la tierra: y la verdad es que con los mismos ojos me has mirado cuando era inocente y pura, que cuando deshonrada y abandonada...

—¡Oh!... ¡no digas deshonrada!... ¡Eso es mentira: hasta la última gota de sangre que hay en estas venas, la vertería yo para alzarte, para purificarte, para declararte inmaculada, ángel que no cayó en el cieno, sino que volando por el cielo, el cieno te salpicó!...

—¡Qué bueno eres!... Pero todavía tienes que hacer más cosas por mí.

—¡Cuáles!

—¿Se van á negar tus labios á pedir á Dios reposo y misericordia cuando deje de existir?... Díme Jaime: ¿No rezarás y llorarás mucho por mí cuando yo me muera?...

Dijo esto con tal acento de profunda melancolía; venía tan de veras de su alma, que el cabecilla hizo un gesto de terror.

—¡Morir tú, María!... ¿Y quién piensa ahora en eso?...

—Yo y tú.

—¡Dejarme solo en la tierra?... Eso no puede ser. Dios no puede desear mi condenación... Tú vivirás.

—¡No es eso, tonto—dijo María acariciando á Jaime, pesarosa de haberle disgustado.—Yo viviré todo lo que tú quie-

ras que viva. Pero... cuando se está triste como yo estoy, cualquier cosita anima y refresca el abatido espíritu. Y aunque te repito que por mí no me moriría hasta dejarte camino del cielo... No sé cómo decírtelo... Yo no sé hablar como hablas tú... Pero supón por un momento que Dios dispone que yo muera hoy mismo; no ignoras que la muerte la manda cuando menos se piensa...

—¡María!...

—Déjame hablar, hombre. ¿No es esto posible?...

—Es un delirio tuyo.

—Bueno; delirio, locura, tontería mía... ¡si yo siempre he sido muy tonta! ¡Pero dime: ¿no es posible?... Sí: y siéndolo, tú no sabes lo que me consuela oírte prometer que encomendarás mucho mi alma. Anda, hombre, dame ese gusto. ¿Te cuesta algún trabajo darme palabra de honor de que rezarás mucho por mí?...

—¡Ea: será preciso complacerte!... Sí: está bien: te doy mi palabra. ¿Quieres más?...

—Sí. Quería otra cosa...

—Bien: pero no ha de ser triste.

—Yo no sé como es.

—Habla.

—Espera un poco. No tengas impaciencia. Tengo que pedirte otra cosa.

—Díla.

—¡Qué curioso eres!... Pero mira Jaime: nunca más, ¿lo entiendes?... nunca más se abrirá mi boca para exigir de tí imposibles...

—¿Es un imposible lo que vas á pedirme?...

—No: difícil... algo difícil para tí. Pero creo que me lo concederás: porque... oye—y le atrajo hacia sí con melosa dulzura—¡Te lo pido por la salvación de nuestra madre!... ¡Por aquella santa que tanto nos quería! ¿Te acuerdas, Jaime?

—¡María!... ¿Qué puedes tú pedirme á mí en nombre de mi madre, que yo no te conceda?...

—Una cosa.

—Dala por hecha.

—No: no quiero que me lo digas así.

—¿Pues cómo?...

—Quiero que me lo jures.

Jaime clavó los ojos en su hermana. Temblaba.

Y temblaba porque la cara de María era ya la de un cadáver.

—¡Jurámelo, Jaime!...—exclamó Paz con voz llorosa y débil, parecida á la de un espíritu que al abandonar las prisiones del cuerpo, enviase al mundo el adiós de despedida.

—Pues lo juro—dijo el Mosén con cierta intranquilidad.

María se sonrió con gracejo: miró á su hermano con agradecimiento; y poniéndose un dedo sobre los labios como para reclamar silencio, asió del Crucifijo que las asustadizas monjas la pusieron entre las escuetas y descarnadas manos; y como reanimada repentinamente por súbita energía, cogió la diestra de Jaime, y poniéndola sobre la imagen, y apretándosela hasta clavarle en los dedos las espinas de la corona del Señor, le dijo:

—Así...

—¿Estás ya contenta?—dijo el cabecilla, que sin resistencia de ningún género, había cedido á los movimientos de Paz.

—¿Juras?—preguntó nuevamente María.

—Juro. Sí. Ya he jurado. Pero dime el qué.

Entonces María le cogió las manos, y cubriéndoselas de besos y de lágrimas, dijo tan contenta que parecía que entre el llanto sonaban discordes algunas carcajadas nerviosas:

—¡Gracias, Jaime!... ¡Si pudieras comprender, todo el bien que me has hecho!...

—¿Quieres hacer el favor de decirme qué es lo que he jurado?...

—¡Olvidar...todas las injurias... Y perdonar al... que tanto amé! Eso es lo que te he suplicado en nombre de la madre que á los dos nos mira desde el cielo. Y eso es lo que tú acabas de jurar. Yo voy á morir...

—¡No digas eso; que acabarás por volverme loco!—gritó aquel hombre que veía en efecto la existencia de su hermana, perdiéndose cada vez más entre los vapores de la muerte.

Y olvidando en el espantoso ímpetu de su horror y de su cólera, el estado de la desdichada enferma, retiró la mano de encima del Cristo, y vociferó, más bien que habló:

—¡Me has obligado á hacer un juramento falso!...

—¿Falso?—dijo Paz angustiada.

—Falso, sí: porque si la muerte, como tú dices, viniera á cortar estas postreras esperanzas de tranquilidad y ventura, que antes te dije entreveía, el único consuelo que para desahogarlas tendré, será el de no perdonar nunca á ese hombre que fué tu asesino, y el de tu hijo... y el de toda nuestra familia. Mi único recreo será arrancarle la vida... Que ya que sólo no puedo enviarle al Infierno, rodaremos los dos, y así la presencia de sus tormentos aliviará los míos... No me pidas pues eso, porque ignoras lo que pides.

—No—replicó Paz—lo sé muy bien. No porque quites ahora la mano de la cruz, como si esta te quemara, desaparece el juramento que has hecho. Dios te lo ha tomado, y á Dios no puedes tú engañarle.

—¡Pero hermana!... ¿Quieres ahora deshacer lo que noches interminables no han conseguido? El deseo que tanto acarié como la aspiración de mi vida, de castigar en ese hombre los crímenes de su familia, ¿crees tú que puede ahora troncharse cual si fuera débil pajilla, y no firme columna de acero como es?... Y el pensamiento de asesinarle que devoró á todos los que llenaban mi cerebro, que abarcó mi existencia hasta constituir mi vida, el aire de mis pulmones; ¿crees tú que va ahora á limpiarse de toda hiel, y á huir como sombra mal aparecida en algún sueño?... ¡Si tú no mueres!... quizá, quizá... fingiera que le perdonaba... Mas yéndote tú de mi lado, ¿en qué quieres que me ocupe más que en matar á Augusto?... ¿Acaso tengo yo alguna obligación más que esa?...

—Sí, la que con Dios y conmigo acabas de contraer. Y que por más que digas cumplirás—afirmó María con una seguridad y una firmeza que contrastaban con su abatimiento anterior.—Va á ser tan grande el odio, que te quite de ser cristiano?... de ser hombre?... Además sería impío, horrible y cobarde que lo que sobre una cruz has jurado á una herma-

na tuya que te ama con delirio, momentos antes de morir, no lo cumplieras... ¡Pero tú lo cumplirás!...

El Mosén se agitó vacilante: oprimióse el pecho con ambas manos, cual tratando de contener el tumulto de pasiones que le hacían latir con inusitada violencia: rompiéronse los hielos de sus lagrimales y lloró.

—No: no seré impío ni cobarde... lo cumpliré... sí: lo cumpliré...

María de la Paz pareció dormirse, cual si cayera desvanecida en un deleitoso deliquio de ventura, un inexplicable sueño de felicidad que de repente la asaltase..., y murmuró con voz baja, como la del sacerdote cuando consagra la Hostia:

—¡Le he salvado! ¡Le he salvado!...

—A él...—dijo el Mosén agobiado de pena.

—Y á tí—le contestó ella, perdiendo el sentido por completo y cerrando los ojos.

El Mosén sacudió entonces su modorra. Inclínose á ver á su hermana, á quien creyó ya muerta y se separó cuando notó el latir de las venas, indicando aún la presencia de la vida.

Y Paz desfallecida; y Jaime en pié, erguido, con el rostro apoyado entre el pulgar y el índice de la mano izquierda; mirando y clavando sus ojos hundidos y centelleantes en aquellas mejillas pálidas, é inquiriendo con mentida placidez los vestigios de esperanza que se borraban cada vez más, formaban triste cuadro, á que servía de fondo la pared oscura de la celda y la luz crepuscular que magnificando las sombras, daba un tinte fantástico á lo que era una horrible realidad.

El Mosén, en silencio, quedó abismado en sus meditaciones. Y pasaron los minutos, los instantes, las horas, sin que Jaime lo advirtiera.

Aquella tarde era muy larga: el sol lisonjeándose de verse solo en medio del espacio, sin que ni una nube le turbase los esplendores de su roja lumbre, lamía con sus reflejos las últimas torres del Convento, haciendo flamear las veletas y las cruces, y reververando en las vidrieras de las ojivas, hasta conseguir semejarlas á cristales fundidos por un incendio que ardiese dentro del templo, devastador y grande. Sin embargo, el tiempo no había parado: antes iba deslizándose los

gránulos de su reloj de arena, como el hilillo de agua que gotea y gotea en las hendiduras de la roca perdiéndose en esa terrible inmensidad de lo que fué; en ese nada abrumador como la eternidad, que llaman pasado.

De pronto, Jaime creyó ver que la cara blanca de María se teñía de un rojo cual de rubor: en efecto, el sol que andaba ya para desaparecer de un momento á otro, la besaba la frente entrando sus rayos por la reja de la celda. Tal vez comprendiendo que no la volvería á ver. Y jugueteó y culebreó, haciendo brillar la cara como á un mármol: dándola una vida de que á la verdad carecía, y que alegró á Jaime...

Pero el sol se fué, y con él la alegría del alma tenebrosa y cansada del cabecilla.

Que al verse entre sombras, salió del cuarto y fué á pedir algo más que luces.

CAPÍTULO XV

LA MUERTE

Aprovechando unos momentos de gran lucidez que á eso de las diez de la noche tuvo María, confesó con el Vicario del convento; quien según se dijo luego, salió llorando de la alcoba, y murmurando emocionado, estas palabras:

—¡Oh, qué alma tan pura!...

El mismo santo hombre sacó de la iglesia el sagrado copón, y fué á dar la comunión á Paz.

Marchaba hacia la casa de retiró con lento paso y recogido continente, y le abría camino de brillantes luces, doble hilera de monjas con los velos negros echados sobre la cara. Todos pisaban quedo, cual huyendo el no hacer ningún ruido: y todos tenían los cumpungidos rostros enrojecidos con el fulgor del hacha que llevaban en la mano, inclinándola de tiempo en tiempo, para que escupiese el derretido calducho que ali-

menta el pábilo chisporroteador. La campana, que un mona-go iba haciendo sonar con grande complacencia y diversión, clamaba por los senderillos del jardín, despertando á los dor-midos pájaros que se rebullían entre el follaje de los árboles. Y la procesión llegó ante la puerta del pequeño edificio. Allí se detuvieron todos, y dejaron que pasara primero el Señor: resonando al poco por el claustro los pasos del sacerdote y sus acompañantes. El brillante pavimento reflejaba las luces: por el techo y las paredes corrían sombras de cabezas, y re-verberaciones de las hachas. Flotaba el pavor, y los ánimos estaban suspensos; como silenciosas las bocas, y bajos todos los ojos. Luego se fueron apagando los pasos: no se oyó más que el estridente sonido de la campanilla.

El silencio era sepulcral.

Durante el solemne acto, quedó solitario el convento: no había una monja que no estuviera alumbrando en la pro-cesión.

Las que no pudieron entrar en la celda, se quedaron de ro-dillas en el claustro; pero representaban en su imaginación la escena que en la alcoba tendría lugar, y temblaban.

En el pórtico, en las galerías, en las vecinas celdas solita-rias é iluminadas como nunca, el ambiente mudo y templado, parecía el aliento de un gigante suspendido por la espectación del respeto. Todo era silencio, tan sólo se escuchaban, allá dentro, junto al lecho de la moribunda, sollozos y gemidos que se entremezclaban y confundían con la voz solemne del sacerdote que preguntaba cosas, que una vocecilla apagada y débil contestaba maquinalmente. Luego se oyó el quejumbro-so rumor de una oración bastante larga: después silencio in-terrupto por el choque de una como copa; roces de telas; pasos cortos..., y al fin la campanilla que repicando solemne-mente con tres golpes aislados y sonoros, hizo al mongío dar-se golpes de pecho, y doblar más la cabeza, murmurando, tres veces:

—«*¡Domine, non sum dignus, ut intres sub tectum meum...*»

Luego hubo una pausa corta de duración, pero inmensa en otro sentido: que todo un Dios bajaba por el alma de Ma-ría de la Paz.

Y transcurrida, se sintió primero un murmullo; después nuevos pasos; las monjas se pusieron en pie y salieron del claustro al jardín: creció el rumor, se aumentó la claridad con la junta de todas las luces, volvieron á andar, se alejaron de la casa de retiro, sonó lejana la pequeña esquila que el acólito agitaba con afán... Y todo concluyó por donde había empezado, por sombras y silencio.

En la celda de María había sin embargo gran claridad, que producía el reflejo de las luces de un improvisado altar.

El Mosén á la cabecera del lecho aguardaba resignado é inmóvil á que la muerte le arrebatase aquel tesoro de virtudes y hermosura.

—Jaime—murmuró débilmente María de la Paz.—¿Por qué has apagado todas las luces?... ¿Dónde has ido?... ¿Por qué huyes de mí tan pronto?... ¿Te doy ya miedo?... ¿Asco quizá?...

—¿Las luces?—preguntó el Mosén.—Pues qué, ¿no ves que están ardiendo todas?... Y yo mismo, ¿crees que me he movido de tu lado ni un momento?...

—Has hecho bien... Ya falta poco... muy poco... Un favor... me hicieras... si abrieses la ventana...

—Está abierta...

—¿Pues cómo no entra el sol?...

—¿Cómo quieres que entre, si es de noche?...

—¿O es que yo no le veo, como no te veo á tí?... ¡Está todo tan oscuro!...

—No, no: es que ya cerró la noche...

—¡La noche!... ¡qué larga será para mí!

—¡Quién sabe si amanecerás antes que nadie...!

—Sí... pero será... para el otro día... para el de allí...

Y señaló con el dedo al cielo.

Los ojos de María desmesuradamente abiertos se revolvían en sus órbitas; no veían ya, y las pestañas, largos doseles en otro tiempo de su negrura, se apegotaban y recogían como si hubiesen comprendido su inutilidad.

—Jaime... me...—dijo María.

Pero no acabó: impidióselo uno de esos gemidos en que se suman y concentran todas las angustias: uno de esos gemidos

que el alma exhala al dar el primer arranque, el primer tirón para abandonar el cuerpo; uno de esos gemidos que caen sobre el corazón del que lo escucha, siendo hijo ó padre ó hermano, y lo aplasta, lo tritura, lo deshace.

Un sublime esfuerzo de amor había hecho vivir á María, hablar, sonreír, en medio de las mortales arcadas, hasta obtener de Jaime el juramento de perdón que obtuvo. Exhausta de fuerzas y de espíritu, calló para hablar ya muy poco. Tenía los labios entreabiertos y por ambos extremos de la boca le burbujeaba una espuma blanca veteada de sangre.

El caos de dolor, de remordimiento, de terror, de blasfemias, de desesperación, que en aquel instante hervía horrible en el alma atribulada del Mosén, es imposible de pintar; como lo es el rayo, ó el huracán... Sólo pudo arrancar de aquel torbellino de sus ideas esta pregunta que hizo, agarrándose como una fiera al desvanecido cuerpo de su hermana:

—¡María!... ¡María!... ¡María Paz!...

Oyóse un «qué» tan lejano ya del mundo, que Jaime se estremeció:

—¡Y no he de volverte á ver?... ¡María!...

María de la Paz pareció suspender su ascensión al cielo, para contestar á Jaime...

—Piensa... bien—dijo—que... depende de tí...

—¡De mí?...

—Sí... el... perdón... el... juramento... ad...

Clavó entonces la mirada que no veía, hacia donde suponía á Jaime, y pareció decirle con una sonrisa cadavérica:

—¿Te quedas, ó te vienes conmigo?...

La hermosa cabeza de la huérfana se iba desfigurando poco á poco; la frente se puso como más encima de los ojos: y éstos se iban hundiendo; pero todo sucedía lentamente: porque nada se movía, y daba á creer que María lograba el privilegio de entrar en el reino sombrío de la muerte, con sosegada parsimonia y sin ningún dolor físico, como se pasa de un sueño á otro sueño; de una visión á otra...

Jaime aguardaba junto al lecho, observando con dolor el cambio de aquella hermosura sublimada por una tan tranquila agonía. Lo solemne del momento: el silencio de la celda,

sólo turbado por un aliento apenas sonante para poder llamarle ronco; la mirada glacial de aquellos ojos moribundos que se clavaban en él como raíz misteriosa de ortiga que no quiere dejarse arrancar por nada ni por nadie, llevaron al Mosén al pasado horrible de sus desdichas. Asaltóle feroz escuadrón de recuerdos que laceraron su alma encogida y muerta más de lo que ya estaba; y asíóse desesperado de las sienas, no como si quisiera arrojar del todo aquellos pensamientos que le subyugaban el espíritu, sino como demandando una tregua de tranquilidad, siquiera hasta que muriese su hermana: parecía que entonces no trataba sino de contar los pasos que en el camino de la eternidad iba dando María... Y así se acercó más á ella, atraído por el extraño matiz de los ojos que se abrían un poco... Vió de cerca el vello finísimo, casi imperceptible que sombreaba su labio superior... y las pupilas sin brillo... y su aliento cada vez más premioso...

Sin embargo, bajo aquella aparente tranquilidad, debía hervir furioso oleaje de pasiones: porque María se estremecía; y miraba unas veces con amor, con indignación otras; y aunque en pequeño, debía sentir borrasca parecida á la de Jaime...

Dos lágrimas asomadas, que no llegaron á correr, fué lo único que salpicó al Mosén de la tempestad postrera de María.

Por fin, la muerte, aquella muerte que tan familiar era á Jaime por haberla visto millares de veces en el campo de batalla, la vió en su hermana clara y distintivamente. Entonces todo lo olvidó para acordarse sólo de que era cristiano, y pronunciando á media voz las solemnes palabras de consuelo y de esperanza que la religión consagró para la hora suprema del tránsito al otro mundo, acercó á los labios de Paz el símbolo de la Redención.

María de la Paz, como la luz que en el último momento antes de apagarse despide un fulgor intenso, haciendo un postrero esfuerzo para levantar la frente y ver á su hermano, murmuró con voz cortada:

—¡El perdón!... ¡el perdón!... ¡El juramen...

Y los brazos, que alzó en aquel esfuerzo final, cayeron mortales sobre la cruz; los labios siguieron moviéndose un

poco sin articular sonido alguno... luego dijeron muy quedo:

—Al... cielo... al... cie... lo...

Y se fué.

Ángeles de blandas manos debieron bajar por ella, y, después de examinarla, la suspendieron en los aires, abriéndola, al punto que la cerraban los del cuerpo, los ojos del alma, para que extendiese su primer mirada por el infinito.

Las últimas palabras de María zumbaron largo tiempo en los oídos del cabecilla, que inmóvil, llorando, sin darse cuenta de las lágrimas que se le derramaban y vertían por los cargados ojos, volvió dos pasos atrás... espantóse de aquel ya frío cadáver... y su mente hizo de pronto una pregunta al corazón; que fué cual tea arrojada en mitad de un polvorín.

—¡La ha matado él ó la he matado yo?...

Y la explosión consistió en llenarse sus venas y sus pulmones de la hiel acre y amarga del remordimiento y el veneno corrosivo de un deseo criminal.

Aquel hombre se olvidó de que lo era, y cayó al suelo rodando por el pavimento, rugiendo y mesándose los cabellos revueltos por sus mismas manos. En seguida se puso de nuevo en pie, y anduvo y reanduvo la celda de una á otra esquina; habiendo en su figura mucho de monstruoso y fantástico.

Cuando pasaba por delante del pedazo de carne fría que fué antes María de la Paz, cerraba los ojos involuntariamente, como si su presencia le recordara una promesa, que no quería ni podía cumplir... ¡era imposible!...

De repente miró espantado, cerrando los puños, encorvando el cuerpo y embutiendo la cabeza entre los hombros...; terrible visión le hizo creer que la sombra del Vicario que entraba en la celda, era la silueta de un hombre á quien había jurado respetar y en quien iba á quebrantar el juramento...

Se dirigió como un rayo al cadáver de su hermana, y como quien va á decir un importante secreto, murmuró:

—¡María...! ¡no puede ser...! ¡no puede ser...!

Por su vista interior pasaban imágenes rojas, incoherentes, borrosas, fugaces...; su cerebro era un torbellino...; volvió el

cuerpo hacia la entrada y, asombrado, estupefacto, gritó jadeante:

—¿Usted?...

Había reconocido al Vicario.

.....

 Poco después salía Jaime Parolla de la celda.

Y de aquella exaltación, de aquel furibundo revolverse y alzarse de los divinos decretos, le sacó la Naturaleza, que se mostraba en el jardín espléndida de poesía y de misterios, océano de penumbras por el que cruzaban dulces brisas de calma y amor... Era una noche hermosa, limpia, serena, inundada de la claridad melancólica de la luna. Las estrellas de pequeño brillo, palidecían, pero las grandes lograban fulgurar retemblando con visible esfuerzo sobre el horizonte, que en su placidez ofrecía la falsa apariencia de un mar tranquilo.

El Mosén miró estúpidamente al firmamento: le exasperaba y abrumaba ver la majestuosa indiferencia de los cielos visibles ante los dolores que él sentía en la tierra. La espantosa catástrofe moral que acababa de dejarle solo en el mundo con sus remordimientos y sus deseos de venganza, que le abrasaba el alma y le tenía partido el corazón... ¡pché!... no era para formar una ligerísima nube que empañara un instante al cielo... Loco como estaba de dolor, olvidaba que todos los alaridos de la humanidad agonizante, todas las lágrimas del mundo no son para producir un rumor ni llevar una gota de agua á esos espacios sin fin que ocupan los astros, no como adorno de la tierra, sino cual simples colonias del imperio de Dios ó desperdicios de su gloria...

Y es que el hombre, comparado con el Universo, no es más que un microscópico sér de dos patas que se escurre sobre la corteza del astro llamado *tierra*.

ANTONIO VASCÁNO.

(Continuará.)



REVISTA DE TEATROS



EMEROSOS de no tener espacio en esta quincena para ocuparnos del baile titulado *Lohokely* puesto en escena en el teatro de Apolo por el Sr. Moragas, y á fin de que no pasara desapercibido para nuestros lectores, le dedicamos algunas frases concretas en el número anterior, que hoy vamos á explanar, puesto que tenemos tiempo para ello.

Todo pasa en este mundo, y la época del arte coreográfico ha pasado entre nosotros, dejando escasas huellas de lo que fué en otros tiempos, en los que la Fouco, la Guy-stepa, la Vargas, la Nena, la Petra Cámara, la Bartolomi y los coreógrafos Carrey, Atahane, Ruiz, Manolito Casas, Guerrero, Estrella y otros hacían furor; los bailes *La Encantadora*, *El delirio de un Pintor*, *La Rueda de la Fortuna*, *El Pivata*, *La Tertulia*, *La zambra de Gitanos y Andaluces y Gallegos*, arrebatában al público que atronaba con sus entusiastas aplausos los viejos teatros del Príncipe, la Cruz, el Instituto y el Circo; entusiasmo que se despertó para volver á caer en un profundo sueño, después Rivas en su teatro presentó los magníficos bailes titulados *El Espíritu del Mar*, *Flama*, *Barba Azul*. *Brahama*, interpretados por la Pinchiara y Rossi, y después cuando Arderius en el teatro de la Zarzuela, contrató á la Limido para que en unión de excelentes bailarines y mímicos inter-

pretaran el grandioso baile titulado *Excelsior*, presentado con grande ostentación y aparato, sin dejar en el olvido también á la Sra. Lami, que con grande aceptación actuó en el teatro del Circo de la Plaza del Rey.

Después de esto, ya apenas queda recuerdo del *Lago de las Hadas*, *Gisela*, *El Corsario*, *Alba-Flor*, *El Diablo á cuatro*, *El jaleo de Jerez*, *La corte de Luis XIV*, *La linda Beatriz* y *La tarantela*, composiciones coreográficas de eterna recordación que en vano el Sr. Moragas trata de resucitar con tan buena fe como poco acierto, de lo que no tiene la culpa si se atiende á que el tiempo no pasa en balde y en su rápida carrera trae en pos de sí los adelantos propios de la civilización y de la cultura.

Estos adelantos y este progreso se echan de menos en su último baile, porque si bien con relación á su argumento estamos conformes con lo que prescriben los más rigurosos preceptistas de este género de espectáculos, se notan dos grandes vacíos: el primero, la carencia absoluta de mímica, cosa muy natural en este país que no cuenta con artistas de este orden; el segundo, la exuberancia de figuraciones, saltos y brincos que contrastan palmariamente con los pocos pasos genéricos y constitutivos del arte coreográfico.

Se sorprenderá el Sr. Moragas al leer estas apreciaciones; pero bien pronto cesará su admiración considerando que el baile está postergado, no sólo porque haya pasado su época, sino por sus mismos directores, que han olvidado, ó por mejor decir no saben ni su historia, ni sus ramificaciones, y si la supieran vivirían en su memoria los preceptos que Aristóteles y Luciano dejaron escrito sobre la danza, ni tampoco la bella frase de Plutarco, que dice que el tiempo y la educación constituyen de la música una danza parlante, y del baile una música muda, porque la música es hija de la palabra, como el baile del gesto, y la una y el otro se reflejan en el hombre desde su origen; por eso la mímica y el arte, más que la gimnástica son necesarios en el baile.

Música y baile son elementos indispensables en la vida; y cuando el arte alborea vemos en Grecia los *Ilarodes* y *Magodes*, que eran los mismos que los latinos llamaban *Mimos* y *Pan-*

tomimos; que entre los hebreos, indios, y persas las fiestas religiosas y guerreras tienen en el baile uno de sus principales elementos, que entre los romanos al baile se le unió la *Queironomia*, que enseña el orden y movimientos de las manos y del gesto; que entre los salvajes y todos los pueblos de la humanidad se mezcla el baile en todas las acciones de la vida, y si dispusiéramos de tiempo y espacio describiríamos detalladamente los pintorescos bailes de la salvaje América y la danza Pirrica de los romanos, de que han abusado nuestros maestros coreógrafos y que ninguno ha comprendido.

En su origen, vemos las danzas de las Espadas y los Romeros en Galicia, la de Orgaz en Castilla, el Zorzico en Vizcaya y las propios de Aragón y Valencia, Asturias y montañas de León.

Las danzas por lo más graves y mesuradas, quedaron como patrimonio de la gente de alta alcurnia y elevada posición, y los bailes por su desenvoltura y aire picaresco, quedaron entre la gente vulgar, pasando mezclados al teatro, si bien prefiriéndose en sus argumentos los mitológicos.

En la Edad Media también ocupó el baile un principal lugar, y el danzar constituía un elemento de enseñanza en las personas de calidad; así que el flemático de D. Felipe III sobresalía en este ejercicio, y la Reina D.^a Margarita, esposa de Enrique IV, bailó con el Legado del Papa la danza del Hacha, y en la jura del cuarto de los Felipes una pavanilla á tres con el Rey y los principales personajes de la Corte.

Las danzas populares ya se conocían en el siglo XVI, y de ahí vienen los episodios mitológicos, llegando á corromperse y prostituirse de tal modo, que aunque fiel reflejo de las costumbres al degenerar en la *Zarabanda*, *Anton pintado*, *La carretería*, *El hermano Bartolo*, y otros, fueran envueltos con más justicia si se quiere en los anatemas y prohibiciones que alcanzaron al teatro.

Hemos hecho esta disquisición histórica, no por alardear de eruditos, sino para probar al Sr. Moragas que el baile no es una cosa baladí, que tiene su historia, que nace de las costumbres de todos los países y de todas las épocas, que es un arte y que para poner un baile no se necesita solamente

como el ha hecho, copiar ó más bien parodiar lo que ha visto en el extranjero, sino tener inventiva propia, puesto que, en la historia, en la mitología y en las costumbres generales de todos los países, encontrará abundantes veneros de los que su imaginación puede sacar útiles productos, como lo hubiera hecho el malogrado Alonso, que estaba muy por encima del Sr. Moragas; y como hoy se tiene este señor y le tienen por el primer compositor coreógrafo (porque no hay otro), le exigimos lo que debemos exigir; porque una cosa es la corteza y otra cosa es el fondo, y su último baile puesto por los acreditados directores Marcos Díaz, Vicente Moreno y algún otro, hubiera sido, como lo es, muy aceptable; pero puesto por él, se nota absoluta falta de originalidad, falta de ambiente, diafanidad, claro oscuro y falta de arte de lo que él no tiene la culpa, porque hoy no hay quien sepa bailar, y los que saben están viejos ó retirados, y si es necesario el baile en las óperas y en los espectáculos, es necesaria también una academia verdad dirigida por un maestro de veras, no como la que se fundó en el teatro Real últimamente, en la que sobaban pies y faltaba cabeza, como ya dijimos en otra ocasión; porque no basta decir soy maestro, sino serlo.

Respecto al aparato con que se ha presentado y sin acudir á comparaciones ahora fuera de camino, nos parece muy aceptable, y por ello felicitamos á la empresa y también felicitaremos al Sr. Moragas, si se fija en estas observaciones, hijas de un buen deseo; y tanto es así, que á fuer de imparciales no terminaremos estas líneas sin hacer especial mención del bailable llamado de las piedras, único en el que se observa verdadera originalidad artística, combinación y sorprendentes efectos.

Vea el Sr. Moragas cómo nos complacemos en consignar lo bueno en su última composición coreográfica.

*
* *

En el mismo teatro se han estrenado tres obras cómico-líricas, de escaso valor literario, pero muy en armonía con el gusto del público; se titula la primera *A las diez ensayo ge-*

neral, escrita por el Sr. Llanos, con música, muy mala por cierto, de un maestro inglés; en cambio la letra tiene algunos chistes y se refleja la verdad en toda la acción dramática.

La segunda se titula *Hay ascensor*, y es un sainete, ó por mejor decir, el primer pinito del Sr. D. Felix Limendoux, niño de quince años, que á juzgar por los chistes, en extremo verdes, de que está sembrada la obra, promete mucho en ese terreno, pero aún no da nada en el de la literatura; cuando dé *ópimos frutos* nos ocuparemos de él con más detención.

Respecto á la música, el Sr. Viaña vale mucho más como Director de orquesta que como maestro compositor; pero á pesar de todo, en la obra se refleja precocidad en el autor de la letra, buen deseo en el de la música, acertada interpretación por parte de la Sra. Latorre y los Sres. Castilla y Viñas.

La tercera es un sainete cómico-lírico-político, escrito por el Sr. Navarro Gonzalvo, con música del maestro Caballero y que se titula *La viña del Señor*.

La primera parte de la obra es lánguida, pesada, monótona y carente de chistes y de fuerza cómica; en cambio en la segunda parte la acción se anima, y los chistes resultan oportunos y continuados, alusiones de primer orden y mucho movimiento. La música es buena, sobresaliendo una serenata y unas coplas que canta con mucha gracia la Sra. Latorre.

La interpretación desigual, distinguiéndose la Sra. Latorre y el Sr. Castilla.

* * *

Los demás teatros siguen arrastrando una existencia lánguida y penosa; en Eslava, en el beneficio del Sr. Manini, fracasó *San Pantaleón Bendito* y pasó con dificultad *Un tío en Indias*, que allí debía de haberse quedado sin que el Sr. D. Eusebio Sierra se hubiese molestado en traerle á España, ni el maestro Nieto en zarandearle con una música tan poco original y tan poco nueva como la letra.

El mismo maestro con la misma música, en unión de don Angel Povedano, engendraron después un *Canutito* muy cono-

cido en la escena, y si bien aparece algo enredador y algunas veces chistoso, no pasará nunca del estado de *canuto*.

*
**

En Lara se estrenó para el beneficio del Sr. Miralles una piececita titulada *Buena Estrella*, y en esto no la ha tenido muy buena el Sr. Górriz, razón por la que viendo que hacía papel de estraza en la tierra, se ha vuelto para seguir haciéndole de talco en el hemisferio azul.

*
**

Hace algunos días, vino á nuestro poder el último tomo de los diálogos de Salón, escritos por el Sr. Pedrosa, titulados *Mar de fondo* y *Tres pesetas*: complementan los anteriores y forman una armónica colección de cuadros de costumbres, digna de figurar en la biblioteca de la más hermosa mitad del género humano, que siente cuando lee, y las impresiones de su alma se reflejan en el cristal de sus ojos, y á juzgar lo que ha leído no podrá menos de repetir con Sor Juana de la Cruz, impregnándose en el libro del Sr. Pedrosa:

«La gloria más levantada
que amor á tu dicha ordena,
contéplala como ajena
y tenla como prestada.
No, tu ambición engañada
piense, que eterno serás
en las dichas; pues verás
que hay áspid entre las flores,
que si hoy cantas favores
presto celos cantarás.»

*
**

En el número próximo nos ocuparemos de las representaciones que en el teatro de la Comedia ha dado Mr. Coquelin. (*Ainé*), y también de la escogida *Troupe* acrobática que figura en el Circo Hipódromo de Verano.

RAMIRO.



CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR

Los presupuestos y las reformas políticas.—Derroche en boga y tristes ahogos.—El General Cassola y sus originalidades.—Arranques reformistas.—Una palmada muy merecida.



TRANQUILAS se presentan hoy las capas superficiales que constituyen el oleaje, el movimiento visible de esos inconstantes mares de la política española. No es decir, sin embargo, que bien escudriñado el fondo, no puedan advertirse síntomas de próximas marejadas.

Se lleva á cabo, aunque con tropiezos y tumbos más ó menos sensibles, la campaña parlamentaria emprendida por el Gobierno. Lo más lamentable de todo es el retraso con que se presentan á la discusión los presupuestos, verdadero caballo de Troya preñado de atrevimientos y escabrosidades. Mientras se pierde el tiempo en reformas políticas y chichisveos de partido, los verdaderos intereses del país se olvidan, los indispensables halagos á ciertas clases amenazan con crecientes é inconsiderados dispendios, el déficit crece, la deuda sube, y el país se verá obligado á pagar peseta sobre peseta el espíritu de aventuras, el afán de acumular gastos improductivos y hasta las torpes manías de la ineptia. No

comprende el contribuyente, no comprende nadie adónde se quiere llegar con ese prurito de derroche y esa indiferencia de la mayoría de los representantes de los pueblos ante la grave cuestión de los presupuestos, que debiera ser siempre la más minuciosamente analizada y concienzudamente debatida.

En el Ministerio de Hacienda radican complicaciones gravísimas, y aparecen los puntos más negros que amenazan, en un porvenir no lejano, acabar con esos equilibrios, expedientes y disimulos, que conducen de una manera inevitable á la ruina.

Entre las muchas consideraciones que al menos experto se presentan, acabamos de leer una cifra que por sí sola asusta. De los datos que pidió el Sr. Conde de Toreno y que el Ministro de la Gobernación ha remitido al Congreso, resulta que los pueblos de cuarenta y cinco provincias españolas—excluidas las Vascongadas y Navarra, que se rigen por concierto especial en materia administrativa—deben á las Diputaciones y á la Hacienda pública la enorme suma de *ciento cuarenta millones* de pesetas. Y cuando es notorio que los pueblos no pueden [con tanta carga; cuando sus atrasos incobrables se elevan á tal suma, no se repara en prepararles nuevos ahogos y nuevas gabelas, acudiéndose en los casos de imposibilidad absoluta, á trasferencias, empréstitos y otros recursos que sólo sirven para aumentar el pasivo, secar las fuentes de la riqueza y agravar cada día los males que el malestar general acarrearán.

El sistema de imprudencias y prodigalidades ha llegado ya á un punto extremo, y seguir en él será una verdadera ceguera, una muy triste locura.

*
* *

A despecho de la razón y de la convencedora elocuencia, el Jurado será ley del reino y llegará nuevamente á plantearse sin entusiasmo ni fe alguna en los mismos que lo piden.

El compromiso político puede más que la gravedad del

asunto, y la mayoría vota, porque así lo quiere el Gobierno. Se ha dicho que el Jurado en materia criminal es una conquista de la revolución francesa, y este dicho basta para que el Jurado triunfe.

De nada sirve probar que el derecho de ser uno juzgado por sus pares es el más antiguo de los principios, habiendo existido entre los israelitas en tiempo de Moisés y aun entre las tribus más rudas. De nada sirve que el filósofo y el jurisperito nos demuestren que el Jurado es el más ilógico, el más parcial, inconsecuente, incapaz y veleidoso de los tribunales. No basta que se objete que el Jurado sin tener que dar explicación alguna, sin más responsabilidad que su conciencia, ni más norma que sus impresiones, puede pronunciar los veredictos más extravagantes é inmorales, puede declarar que lo blanco es negro, por más que supongamos muy rectos á sus individuos, por más que se encuentren éstos animados del deseo de defender á la sociedad ultrajada, lo que muy bien puede estar de acuerdo con juicios erróneos y con incapacidades evidentes.

Todo inútil. Hemos de convencernos que el Jurado será la panacea contra todos los extravíos sociales, y es fuerza volver de nuevo á las andadas, haciendo que se encarguen mañana de desprestigiarlo los mismos que hoy ponderan sus ventajas inmensas.

*
* *

Parece cosa averiguada que han de aplazarse las reformas militares discurridas por el General Cassola y sus allegados.

Es también un hecho que desapareció de nuestra tierra el antiguo genio que nos distinguía y aquella originalidad que en muchos ramos del saber y principalmente en la ciencia militar nos hizo famosos y grandes. Ya no queremos tener carácter propio, y todos nuestros talentos, todos nuestros afanes buscan su mayor gloria en la imitación de los organismos ajenos. Renunciamos á la facultad de pensar por cuenta propia; dejamos este enojoso trabajo á otros pueblos, y nos contentamos ahora con seguir tan ufanos y orgullosos

el camino que los demás nos señalan. El hecho es ya algo antiguo, pero lo temible es que viene acentuándose más cada día.

No exageramos. Examínense nuestras prácticas en todo; véanse las tendencias é iniciativas en los diferentes centros y en cada grupo.

Ha visto el General Cassola lo que en otras naciones pasa, y se empeña en que tengamos también servicio militar obligatorio desde los veinte á los treinta y dos años de edad; quiere dar nueva y caprichosa organización al ejército, alterando la escala de ascensos en las armas especiales, suprimiendo 16 millones de ingresos por redención á metálico y adoptando hasta una nueva división territorial que le dé fama de más reformador que al mismísimo reformista Sr. López Domínguez.

Todo ello está muy bien; pero es el caso que las medidas en proyecto entrañan profundas modificaciones en la manera de ser del país nuestro y perjuicios de cuantía al contribuyente. Tanta impresión han producido los propósitos del novel Ministro de la Guerra, que se asegura no hay en la alta Cámara un solo General dispuesto á sentarse en el banco de la Comisión informadora. Una ley militar rechazada ó combatida por los militares de mayor graduación y de más indiscutible competencia, no puede tener vida, á pesar de todos los deseos que abriguen el Sr. Cassola y sus inspiradores de plagiar á franceses y alemanes en sus peculiares sistemas.

No obstante, el tiempo apremia, y es más que probable que tan magníficas imitaciones no pasen de la esfera teórica. Hay que discutir los presupuestos; los reformistas del señor Romero Robledo preparan, al parecer, rudas campañas, y es bien seguro que los calores de Julio dispersarán á los más entusiastas y sufridos padres de la patria. Cinco ó seis meses de reposo madurarán luego las ideas, y sólo Dios sabe lo que podrá suceder allá para los comienzos del año que viene.

*
* *

Se han acentuado las disidencias dentro del partido que tomó el nombre de reformista, y con motivo de nuevas y recientes disgregaciones, los hombres que lo dirigen han puesto una vez más en evidencia su idiosincrasia, haciendo intempestivos alardes de un puritanismo impropio de elementos constituidos con tráfugas de todos los partidos.

Pero no es la catilinaria fulminada contra los desertores de las filas del reformismo la única nota saliente de la reunión celebrada para conocer las impresiones del Sr. Romero Robledo en su reciente viaje por las provincias andaluzas.

Aparte de muchas frases de mal gusto, se han creído oír alardes intempestivos y aun alusiones provocativas de pésimo efecto en la prensa aunada, para vencer las dificultades que han exigido ciertas concesiones y prudentes templanzas entre las huestes que ven el supremo interés de la política española en el afianzamiento de la monarquía.

Con razón se ha dicho: «El partido reformista nació sin responder á ninguna necesidad de la política y contrariando todas las leyes que regulan las relaciones y la vida de los partidos; y porque nació así, su vida tiene que ser muy corta y desdichada, y lo que es peor, no puede representar en la política otra cosa que una perturbación. Y al afirmarlo así, no expresamos únicamente nuestro convencimiento; expresamos también el de todos los que entienden que la política y los partidos sirven para algo más que para la satisfacción del amor propio y son algo más que pedestal para emcumbrar ambiciones personales.

«¿No hay dentro del partido reformista quien sienta latir allá en las profundidades de su conciencia este mismo convencimiento? ¿No hay quien entienda que bastante ha hecho ya para complacer exigencias de la amistad y para servir cálculos y combinaciones de un interés puramente secundario, comparado con el superior interés del país y de las instituciones? ¿No hay quien crea que ya debe darse por terminado el ensayo de una alianza imposible? Sí: dentro del partido reformista hay quien entiende y cree todo esto; hay quien ya se ha convencido de que no es cosa fácil de que hombres que han militado en campos tan diversos y tan apartados uno

de otro como el campo conservador y el campo liberal, puedan vivir en paz ni sumarse en el impulso común, sin abandonar por completo ideas defendidas durante años y años, sin desprenderse de una historia honrosa, sin arrojar y pisotear todo lo que forma la personalidad de los hombres políticos. Porque entre esos elementos, entre sus respectivos principios, existen incompatibilidades tan marcadas y diferencias tan sustanciales, que todo lo que se hable de transacciones patrióticas no puede significar más que el deseo de encontrar razón y sentido á lo que no lo tiene, y el de encubrir lo que no sería más que una total y vergonzosa abdicación.» Es muy cierto.

*
* *

Merece, en conclusión, un aplauso el elocuente y sentido brindis pronunciado por el Ministro de Fomento, Sr. Navarro Rodrigo, en el banquete que recientemente le ofrecieron las autoridades y corporaciones oficiales de la capital aragonesa. El singular ingenio del orador corrió en esta ocasión parejas con la alteza de sus sentimientos, y es grato aunar nuestra voz imparcial á la de la prensa monárquica que se apresura á tributarle justicia y á dar publicidad á su muy notable discurso.

A.





REVISTA EXTRANJERA

Alemanes y franceses.—Los sueños de alianza franco-rusa.—Buen sentido moscovita.—Lecciones históricas.—Polémica sin resultados.—Conflicto anglo-ruso del Afghanistan.—Alta política y destino social de la Santa Sede.



IFÍCIL será que cese cierta enconada lucha mantenida con empeño por la prensa de Francia y la de Alemania. Si tienen los unos palabras agrias, no contestan los otros con menor desenfado, desde el ruidoso incidente de Pagny.

Hace pocos días que un caracterizado periódico de Berlín, la *National Zeitung*, decía:—«Si el General Boulanger no vive exclusivamente para la idea del *desquite*, la utiliza al menos, es muy cierto. Todos los franceses han llegado también á considerar una guerra de *desquite* contra Alemania como cosa naturalísima, como una necesidad acerca de la que conviene acaso callar de tiempo en tiempo por meditado cálculo, pero cuya madurez ha de llegar de una manera infalible. Así vemos que se desarrolló insensiblemente en la frontera de Alsacia-Lorena una guerra sorda, provocada por el General Boulanger contra Alemania; y si pudiesen continuar sus manejos, que ya han sido evidenciados, llegaríamos á deducir que existe entre los Sres. Grévy y Goblet por una parte, y el General Boulanger por otra, una situación análo-

ga á la que vemos entre el Czar y los Sres. Giers y Katkoff, situación que probaría que ni el Sr. Grévy ni el Sr. Goblet pueden desprenderse hoy del General Boulanger. ¿Qué extraño sería entonces, después de lo averiguado, que Alemania considerase esta guerra latente como un mal inevitable hasta nueva orden, y tratase de defenderse, cuando menos en aquella parte de la frontera donde los agentes del General Boulanger pueden intentar perturbaciones? Lo mejor, en tal caso, sería proclamar el estado de sitio en la Alsacia-Lorena.

Y al propio tiempo, otro periódico alemán, el *Berliner Tagblatt*, añadía: «Las consecuencias morales de lo sucedido en Pagny serán muy graves para la República francesa. El descubrimiento de una red de espionajes que ha tratado de extenderse en territorios del Imperio, mediante un funcionario de la frontera y por orden del Ministro de la Guerra, está de tal modo en contradicción con todas las tradiciones del derecho de gentes, que el hombre menos ducho ha de asentir en que el asunto de Schnœbelé no desaparece de los anales contemporáneos por el simple hecho de haberse otorgado la libertad del culpable. Debe, por el contrario, admitirse que la verdadera cuestión se planteará ahora de Gabinete á Gabinete, con formas sin duda alguna usuales en las relaciones de vecindad internacional. Queda ahora por averiguar qué moraleja sacarán á orillas del Sena de esos incidentes y de esas negociaciones. En todo caso no es posible que se limiten á una cesantía del Sr. Schnœbelé, pues los que le dieron ódenes tienen también el deber, mientras sigan ocupando una posición oficial, de demostrar que están dispuestos á que no se repitan en lo futuro hechos que comprometen en alto grado el mantenimiento de la paz.»

Francia gallardea asimismo y contesta en el mismo tono, siendo difícil pronosticar que las amenazas no puedan salir más adelante del terreno de la prensa para plantearse con más ó menos franqueza en el terreno de las relaciones oficiales.

*
* *

Telegramas de París dieron á entender la posibilidad de una alianza inmediata entre Francia y Rusia; pero muy pronto quedó desmentida la noticia. Esa supuesta alianza franco-rusa no ha pasado de ser una idea de los que sueñan de continuo en una guerra ofensiva contra Alemania.

Con profundo criterio y gran sentido práctico ha explicado la actitud y la opinión del Gobierno ruso el órgano de Mr. Giers, que desea ante todo tranquilidad y pacífica independencia. Europa está asfixiada de política, dice. Si se descarta del movimiento internacional todo lo que puede llamarse marchas y contramarchas diplomáticas, dimes y diretes, incidentes y respuestas, acciones y reacciones, nos encontramos con una suma de trabajo perdido que absorbe la parte más preciosa de la vida pública de las naciones, no dejando para el desarrollo normal de sus relaciones económicas ó morales más que un tiempo insignificante y premioso.

Y obsérvese que todas las agitaciones más febriles no sirven casi nunca de nada. Lo que se supone actos de alta previsión, los grandes planes y proyectos, suelen dar casi siempre resultados adversos al interés que los acariciaba. La historia nos suministra en esta parte elocuentísimas lecciones. Sin ir más lejos, vemos que el Piamonte, fortalecido por las negociaciones de 1815, para mantener en jaque á Francia, dió media vuelta en 1859 contra el Austria, y la Italia de hoy no se acuerda ya, en cambio, de que los franceses la emanciparon. Ahora mismo vemos que Bulgaria, hechura de Rusia, acoge con beneplácito las intrigas anti-rusas de Inglaterra y se entrega en manos de unos aventureros ambiciosos, con los que el Gobierno moscovita no quiere ni puede entenderse en manera alguna.

Rusia manifiesta, pues, de una manera terminante que su aspiración única es el mantenimiento de la paz. Cree que el equilibrio europeo es garantía eficaz de su programa de trabajo interior; condena toda suerte de inquietudes, y asegura que no está dispuesta á quebrantar sus amistosas relaciones con ninguna potencia que aprecie esta amistad suya y la respete.

Es cierto que algunos periódicos alemanes y otros rusos

discuten en este momento el alcance de los acuerdos y pactos diplomáticos que precedieron á la guerra de Oriente de 1876 y 1877 y ocasionaron la ocupación de la Bosnia y de la Herzegovina por las tropas austriacas; pero esta polémica no tiene ya más importancia que la puramente histórica.

Otra cosa es el conflicto anglo-ruso en el Asia. Los comisarios rusos no han llegado á ponerse de acuerdo con los comisarios ingleses en la cuestión de demarcar las fronteras del Afghanistan, y ya se anuncia la ruptura de las negociaciones.

Muy difícil es que unos y otros allí se entiendan, y este es realmente uno de los puntos negros del porvenir de la India inglesa.

*
* *

La grave cuestión religiosa se ha resuelto de una manera relativamente satisfactoria en Alemania.

Publicistas y sociólogos de gran importancia consagran hoy en el extranjero sus estudios á la evolución actual del poder pontificio, tan dignamente representado por Su Santidad León XIII.

Mientras unos ven solamente en los actos del actual Pontífice, empeñado en restituir á la Santa Sede el papel esencial de factor de los destinos temporales de la humanidad, el desarrollo histórico de la institución que representa, con la mira de restablecer su soberanía temporal, otros dan á las miras del mismo León XIII un alcance mucho más grande y elevado.

En esta época de desquiciamiento en que todos los poderes se ven amenazados por doctrinas subversivas y por maquinaciones que infunden terror, la Santa Sede conserva su jerarquía compacta, la integridad de su saludable influencia y la gran fuerza de su organización sabia para colocarse enfrente de los problemas más intrincados que interesan á todos, haciendo del Papado el centro del mundo.

Tal vez el plan general y la admirable política de León XIII no se comprendan bien todavía; pero es bien seguro que la historia le reserva una de sus páginas más brillantes. Así lo han reconocido ya, no precisamente los católicos, sino todas las personas ilustradas que en los hechos se fijan y con imparcialidad discurren.

S.





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano de literatura, ciencias y artes.—*Barcelona, Montaner y Simón, editores, calle de Aragón, números 309 y 311. Año de 1887.*

Nótase en la época presente desusado afán por adquirir conocimientos. Las mismas personas que ocupan su actividad en el comercio ó en la industria, desean tener nociones científicas, explicarse la razón de muchos descubrimientos. Hasta en los libros de pasatiempo se cuida con frecuencia de que el lector pueda ensanchar el horizonte de su saber. De ahí las novelas de Julio Verne y Mayne-Reid, que en forma ligera y mediante fábulas y enredos imaginados, presentan verdades incontrovertibles. Acoge el público con entusiasmo aquellas publicaciones; pasan algunos años, y le parece poco: entonces surge Flammarión, que difunde los principios de la

astronomía y de la cosmogonía; explica los fenómenos meteorológicos; defiende las doctrinas espiritualistas, y hace, en fin, brillante propaganda de todos los conocimientos y conquistas de la ciencia.

Aparece muchedumbre enorme de publicaciones, como respondiendo á los deseos de la multitud, ansiosa de aprender y de juzgar; pero de esa misma multitud se acobarda buena parte, ya por la extensión de las obras, para cuya lectura falta tiempo, ya por el gran desembolso que es necesario hacer para adquirirlas. Nace, por esto, la idea de los trabajos enciclopédicos, en los que se reúnen todas las verdades que constituyen la ciencia de la época, por tan hábil modo, que sin dejar de ser un libro ameno, trátanse en él cuantas cuestiones tienen interés.

Acertadamente compara Guizot es-

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

tas publicaciones con los grandes y atrevidos monumentos, cuya sola contemplación hace que admiremos á los pueblos que los han construído, y afirma que las enciclopedias «por la grandeza del espectáculo científico que exponen á los ojos del público, despiertan, propagan y fortalecen el respeto y la afición á la ciencia, que son quizás los primeros medios y seguramente las condiciones indispensables de la civilización y de sus progresos.» Por la misma índole del trabajo enciclopédico ocurre que en él tropieza el indocto con hechos é ideas de que jamás tuvo noticia, encuentra el principiante anchas perspectivas y caminos rectos, amplía el estudioso sus conocimientos y halla el sabio, con fácil presteza, la solución de cuestiones ajenas á su especial estudio.

En Alemania y Francia, Inglaterra, y Rusia, Italia y los Estados-Unidos hay notables enciclopedias. No así en nuestra patria, que nunca tuvo una obra de este carácter, pues los intentos, más bien acometidos que realizados, no merecen el nombre de tales por su insignificancia. Más que en otras naciones la necesitamos, porque escasean los diccionarios especiales, y los extranjeros de esta clase ni está al alcance de todos el entenderlos ni se cuidan aquéllos gran cosa de lo que á España se refiere en particular.

Estas consideraciones han movido á la acreditadísima casa editorial de Montaner y Simón á emprender una publicación enciclopédica, agrupando en orden alfabético las materias para su más cómodo manejo. Tal es el origen del *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano*, del cual se han repartido ya trece cuadernos, de hermoso papel satinado, impresos con limpios caracteres y á tres columnas,

y con profusión de primorosos grabados intercalados en el texto. Constará de unos doce tomos, y se publica, como queda dicho, por cuadernos, de á 48 páginas en folio, al precio de cuatro reales uno.

Quela obra será un monumento nacional se advierte con sólo leer los nombres de sus redactores. Asenjo Barbieri, D. Gumersindo Azcárate, Clairac, Danvila, Echegaray (don Eduardo y D. José), P. Fita, Alcántara García, Giner de los Rios, González Serrano, La Fuente, Letamendi, Madrazo, Mérida, Menéndez Pelayo, Pedregal, Pí y Margall, Piernas Hurtado, Riaño, Saavedra, Sánchez de Castro, Sánchez Pérez, Vilanova y otras notabilidades.

En los cuadernos que han salido á luz, hay mapas, láminas de colores y cromos, que son un dechado de habilidad y buen gusto. El mérito extraordinario de los autores del *Diccionario Enciclopédico*, la belleza artística y tipográfica de éste, y la necesidad que de él se sentía en España, harán que sea acogido con verdadero entusiasmo por toda persona amante del saber, recompensando así los esfuerzos de los editores.

* * *

Observaciones acerca de la constitución orográfica de la Península, por el EXCMO. SR. DON FEDERICO DE BOTELLA Y DE HORROS, inspector general de Minas, etc. Madrid, 1887. Un folleto en 4.º mayor de 129 páginas y dos mapas de colores.

Este trabajo es nueva demostración de la fecunda é inteligente actividad del Sr. Botella, uno de los ingenieros que más honran al cuerpo de

Minas. Estudia en él la orografía de nuestro país, y hace un concienzudo examen crítico de las hipótesis ideadas sucesivamente, desde la antigüedad más remota, para explicar las anomalías que se advierten en la corteza sólida de nuestro planeta, decidiéndose por el paralelismo respectivo de los sistemas de montañas contemporáneos.

Luego estudia las leyes de la orografía é hidrografía de la Península, sus crestas, cuencas, cordilleras y sierras, y estableciendo seis divisorias. Describe á continuación los ríos principales y más característicos, examina las costas, y concluye haciendo importantes deducciones, relacionando la dinámica terrestre con las transformaciones que ha experimentado el territorio de la Península, é inquirendo la influencia de los caracteres orográficos de las comarcas en las razas que las pueblan.

Plácemes muy cariñosos para el Sr. D. Federico de Botella, que tanto se afana por estudiar nuestro país, dedicando su mucho saber á una clase de trabajos cuya utilidad está en razón inversa del provecho que proporcionan.

*
* *
*

Últimas publicaciones de la casa editorial de Daniel Cortezo y C^a.—*Barcelona, calle de Pallars (Salón de San Juan), 1887.*

Acaba de repartir esta importante casa editorial, los cuadernos 137 á 141 de la magnífica obra *España*. Continúa en uno de ellos la historia de Navarra y Logroño por D. Pedro de Madrazo, y en los otros cuatro prosigue describiendo el Sr. Jiménez Romera las provincias de Cuba, Puerto-

Rico y Filipinas. Son excelentes los grabados que representan la entrada del puerto de la Habana, el Palacio de Gobierno, el nuevo teatro de la Paz, la catedral, la iglesia del Santo Cristo, el puente de la Concordia y el teatro Esteban. La cromo-litografía que representa el tipo del *guajiro* es primorosa.

También han publicado los cuadernos 9 á 15 de la obra titulada *Las grandes Capitales*. Muchos y preciosos son los grabados que ilustran el texto. Citaremos, entre otros, y en la parte que se refiere á *París*, los que representan los boulevares Beaumarchais, Montmartre, de los Italianos y de Capucines; la plaza y avenida de la Ópera, el puente de Notre Dame y los boulevares de Strasburgo, la Magdalena, Sebastopol y Haussman. De *Roma*: la Contadina, la puerta del palacio de Venecia y la Basílica de Constantino. De *Londres*: el mercado de Smithfield, Covent-Garden, el viaducto de Holborn, San Pablo, los palacios de Buckingham y de Saint-James, las Cámaras y el palacio del Ministerio de Negocios extranjeros. Y de *Berlín*: la iglesia de San Nicolás, la tumba de Sparre en la iglesia de Santa María, y la iglesia y escuela del Monasterio.

Además, y como perteneciente á la biblioteca de «Novelistas españoles contemporáneos,» ha distribuido el tomo segundo y último de *Leyendas genealógicas de España* por D. Antonio de Trueba, cronista y archivero de Vizcaya. Es un elegante volumen en 8.^o de 306 páginas, en el cual su autor reseña el origen de cuarenta y dos apellidos, entre ellos, los de Silva, Miranda, Girón, Coello, Abella, Albornoz, Guevara, Bamonde, Ávila, Guzmán, Velázquez, Ponce de León,

Haro, Fajardo, Pimentel, Ávalos y Aranguren.

Reciba nuestra enhorabuena el señor Cortezo por su laboriosidad y tino para elegir obras nuevas y de sumo interés.

*
* *

Tratado de Hacienda Pública y examen de la española, por DON MANUEL PIERNAS HURTADO, catedrático de la Universidad central. Tercera edición. Madrid, tipografía de Manuel G. Hernández, 1885 y 1887. Dos tomos en 4.º de 509 y 681 páginas. Precio: 15 pesetas.

No intentamos hacer el examen crítico de esta obra, porque para tal intento habríamos de atesorar conocimientos especiales en Hacienda, y, humildemente lo declaramos, nunca tuvimos ocasión de acometer esos estudios. Pero ya que es en nosotros antigua costumbre la de llevar nota en este *Boletín* de todas las publicaciones más notables, sería muy triste que por nuestra falta de aptitud crítica, dejásemos de anunciar á los lectores una obra que demuestra suma erudición, entendimiento clarísimo y constante laboriosidad en su autor el docto catedrático de la Universidad central, Sr. Piernas Hurtado. Y sería la omisión tanto menos disculpable en el que traza estas líneas, porque habrá poco más de un año, acudió al tomo I del *Tratado de Hacienda Pública*, en busca de argumentos para defender su tesis en importante y trascendental discusión sobre la venta de los montes públicos.

Estudia en la *Introducción* del tomo primero el Sr. Piernas Hurtado el concepto de la Hacienda pública y de su ciencia, los caracteres de la ciencia de la *Hacienda*, método y

plan de la investigación, relaciones de la ciencia de la *Hacienda*, su historia y estado actual. Divide después en tres secciones la parte general. En la primera, *El Estado*, se ocupa en el concepto, naturaleza, funciones, organización y relaciones del Estado. En la segunda, *La Vida económica*, trata de los medios materiales y de la adquisición y empleo de la riqueza. Y en la tercera, *Vida económica del Estado*, va examinando en sucesivos capítulos, el consumo público, determinación de los gastos del Estado, conceptos del gasto público, recursos económicos del Estado en general, recursos ordinarios, la donación y el crédito, rendimiento de los bienes que el Estado emplea en sus funciones, la propiedad de los montes, minas, ferrocarriles, retribución directa de los servicios del Estado, monopolios fiscales, concepto del impuesto, impuestos personales y reales, formas de imposición, métodos, difusión y desenvolvimiento histórico del impuesto, examen de los principales impuestos vigentes, expropiación forzosa, recursos económicos extraordinarios del Estado, crédito público y manera como lo usan los Estados, extinción de las deudas públicas, organización económica del Estado, administración de la hacienda pública, Tesoro público, contabilidad de la hacienda pública y política financiera. Y en un *Apéndice* examina el autor la hacienda de las colonias y la hacienda de la provincia y el municipio.

Cuatro secciones constituyen el tomo segundo, denominadas respectivamente *Examen de la hacienda pública*, *Los gastos públicos en España*, *Los ingresos del presupuesto español* y *La organización económica en Es-*

paña. Desistimos hasta de indicar los capítulos de estas secciones; pero no hemos de callar que es tan extraordinario el interés palpitante de las tres últimas, que hemos leído los centenares de páginas que ocupan, sin descanso, con deseo de grabar en la memoria las atinadísimas consideraciones que hace el Sr. Piernas Hurtado; que está escrito todo con tanta sencillez y corrección de estilo, y da tantas pruebas de ingenio y de finura de crítica, que consigue halle amabilidad el lector en cuestiones áridas de suyo. A grandes rasgos, pasa revista á los presupuestos de nuestro país, y va apuntando muchas reflexiones que ojalá tuvieran presentes los gobiernos para que en otra edición de su obra, pudiera borrar el ilustradísimo catedrático Sr. Piernas estas palabras con que termina la tercera: «Mucho sentimos no poder cerrar este libro acariciando esperanzas en vez de infundir temores; pero un triste convencimiento nos obliga á desconfiar del porvenir de nuestra hacienda pública.»

Plácemes muy fervorosos merece el Sr. D. José Manuel Piernas Hurtado por su importantísimo trabajo, en el que las condiciones tipográficas están en armonía con el valor científico de la obra, como impresa en los acreditados talleres del Sr. Ginés Hernández.

* * *

Bibliothèque utile.—*París, Félix Alcan, editor.*—1887.

Los dos últimos tomos que se acababan de publicar, no desmerecen de los anteriores de esta interesante colección, y tienen los números 95 y 96 de la serie.

La Photographie, por M. H. Gos-

sin, uno de los que en Francia se dedican con más fortuna á vulgarizar las ciencias, es un exposicón sucinta de los procedimientos y numerosas aplicaciones artísticas, científicas é industriales de dicho invento. Los muchos grabados que hay en el texto hacen más amena la lectura.

Les Matières premières es el título del segundo tomo, cuyo autor, M. E. Genevoix, expone detalles muy curiosos sobre el empleo de las primeras materias en los diferentes casos de la vida; pasa sucesivamente revista á todos los productos, animales, vegetales y minerales, haciendo atinadas indicaciones acerca de las materias de que se forman los objetos que nos rodean, de los que á menudo ignoramos su origen ó composición.

Los tomos son en 16.^o de á 200 páginas, y cuesta sesenta céntimos cada ejemplar.

* * *

Cuentos fantásticos de E. Teodoro Hoffman. *Traducción de ENRIQUE L. DE VERNEUIL; ilustración de Xumetra.*—*Barcelona, 1887.*—*Un tomo en 8.^o mayor de 335 páginas.*—*Precio, 3 pesetas.*

Pertenece á la Biblioteca «Arte y Letras,» de Daniel Cortezo, este volumen primorosamente impreso, con muy bonitas tapas de oro y grana y muchos grabados, en que se revela el ingenio artístico de Xumetra. Ocho cuentos contiene esta colección, titulados respectivamente: La Fascinación, El canto de Antonia, El misterio de la Casa desierta, El reflejo perdido, Coppélius, Annunziata, La puerta tapiada y Oliverio Brusson.

Tan conocido y admirado es Hoffman por su especial manera de escribir, la fecundidad, imaginación y ex-

traño interés que tienen todos sus cuentos, los cuales con ser fruto de la fantasía, parece como que el lector los ha soñado, que no tenemos que señalar las condiciones que hacen de este libro una obra amenísima que sirve para esparcir el ánimo y deleitarle blandamente.

También ha dado á luz el mismo incansable editor otro tomo de la Biblioteca Clásica Española. Tiene 262 páginas, está bien encuadernado y cuesta 1,50 pesetas. Se denomina *Molestias del trato humano declaradas con reflexiones políticas y morales sobre la sociedad del hombre*, por el P. D. Juan Crisóstomo de Olóriz. Describe muy donosamente las molestias de visitas importunas, pésames y enhorabuenas, concursos en que se habla de novedades y otros acaecimientos, concurrencias de hombres mordaces y habladores, congresos de semidoctos y sabios, dificultades en que se embaraza la política para tratarse los hombres sin molestia, y otros inconvenientes que fustiga el buen padre con mucha sal.

R.

*
* *

El Jurado, por PASCUAL MARTÍNEZ PEYRET.—*Un folleto de 128 páginas.—Madrid.—Librería de Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, número 2.—1887.*

No hay que ponderar la importancia absoluta y relativa, ó sea la actualidad del tema desenvuelto por el señor Martínez Peyret en su folleto. Así que lo que cumple ahora decir es que el Sr. Martínez Peyret trata su asunto con inteligencia y primor no comunes, que demuestra un conocimiento profundo de la materia y un arte ex-

quisito para la exposición y crítica. Divídese su trabajo en seis capítulos interesantísimos: el primero consagrado á la historia del Jurado, el segundo á la crítica jurídica, el tercero á la política, el cuarto á la legislación extranjera, el quinto al examen del proyecto de ley actualmente debatido en las Cortes, y el sexto y último es una nota bibliográfica completísima que comprende indicaciones muy precisas de cuantas obras nacionales y extranjeras han expuesto la propia materia del folleto.

El Sr. Martínez Peyret es adversario del Jurado; pero su crítica no es la diatriba violenta é interesada de los políticos al uso, sino el examen sereno é imparcial del jurisconsulto filósofo y eruditísimo que puede equivocarse en su juicio definitivo; pero que siempre, ya acertando, ya equivocándose, aporta al debate juiciosos datos y argumentos de fuerza.

Avalora además su folleto la galanura del estilo, que es castizo, sobrio en ocasiones y en ocasiones elocuentísimo, como cumple á los diferentes aspectos de las cuestiones que trata.

Nuestra cordial enhorabuena al señor Martínez Peyret.

M.

*
* *

Rápida descripción física geológica y minera de la Isla de Cebú (Archipiélago filipino), por DON ENRIQUE ABELLA Y CASARIEGO, ingeniero-jefe del Cuerpo de Minas.—*Publicada de Real orden.*

Entre las dos grandes islas Luzón y Mindanao, que limitan por el Norte y Sur el Archipiélago filipino, existe un grupo de otras más pequeñas, conocidas por las Visayas, en el centro de las cuales está situada la llama-

da Isla de Cebú. (Sugbú de los naturales.)

Mide una longitud total de 216 kilómetros y un ancho de 36.

Sabida su situación y extensión, se comprende su importancia. Y también la que encierra una obra científica destinada á describirla, no escrita hasta el día, y hoy publicada por autoridad tan competente como el señor Abella y Casariego.

Analizarla fuera empresa temeraria, aun cuando nuestros conocimientos lo permitieran, pues ya ella de por sí compendiosa y rápida, el análisis fuera mayor que el libro ó pecara de oscuridad á fuer de ser breve é inútil para las personas ajenas á las ciencias físicas.

Bastará á los versados en ellas,

sobre todo, conocer el mérito de su autor, y un apunte de las materias en que está dividida.

Tres son las partes en que se divide. La primera comprende: *Descripción física*.—Ideas generales.—Climatología.—Orografía.—Hidrografía.

Segunda parte: *Bosquejo de descripción geológica*.—Introducción.—Rocas hipogénicas y tobas.—Rocas sedimentarias.—Catálogo de rocas y minerales.

Tercera parte: *Descripción minera*.—Reseña histórica.—Criaderos metalíferos.—Combustibles minerales.

Acompañan y esclarecen la obra siete láminas ó planos perfectamente grabados.

D. CH.



MADRID, 1887.—IMPRESA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ.

Libertad, 16 duplicado.—Teléfono 934

AUTORES DRAMÁTICOS CONTEMPORÁNEOS

Magnífica obra con hermosos grabados en acero; estudios críticos por Balart, Cañete, Fernández Guerra, Valmar, M. Pelayo, Rosell, Valera, etc., y los dramas más célebres.

Dos tomos en folio de 600 páginas, á 50 pesetas uno.

Se admiten suscripciones por cuadernos.
Almirante, 9, principal.

EAU FERRUGINEUSE DE

RENLAIGUE

(PUY-DE-DOME)

ANÉMIE-CHLOROSE-DYSPEPSIE

DIGESTIONALES

VINO

BI-DIGESTIVO DE

CHASSAING

PREPARADO CON

PEPSINA Y DIASTASIS

Agentes naturales é indispensables de la
DIGESTION

12 años de éxito

contra las

DIGESTIONES DIFICILES O INCOMPLETAS

MALES DEL ESTOMAGO,

DISPEPSIAS, GASTRALGIAS,

PÉRDIDA DEL APETITO, DE LAS FUERZAS

ENFLAQUECIMIENTO, CONSUNCION,

CONVALENCIAS LENTAS,

VOMITOS...

PARIS, 6, Avenue Victoria, 6.

En provincia, en las principales boticas.

EXPOSICION UNIVERSAL

DE

BARCELONA

Setiembre, 1887. — Abril, 1888

ÉTABLISSEMENT DE SAINT-GALMIER (Loire)

CACHET
VERT

SOURCE BADOIT

MÉDAILLE
D'OR

EAU DE TABLE SANS RIVALE

La seule de toutes les Eaux minérales de table qui ait obtenu une Récompense à l'Exposit. univ. de 1878

La seule aussi qui ait obtenu une médaille d'Or à l'Exposition de Francfort-s-le-Mein en 1881

Diplôme d'honneur à l'Exposition de Bordeaux 1882

La consommation de cette Eau a pris des proportions considérables. C'est par millions de bouteilles qu'elle est aujourd'hui expédiée. Aussi quand un docteur distingué écrivait : « Cette Eau fera le tour du monde! » Il disait vrai. Cette progression est due à sa saveur, soit pure, soit mélangée au vin, à sa limpidité inaltérable, enfin à toutes ses propriétés hygiéniques, apéritives et digestives, constatées par les travaux scientifiques des Docteurs **O. Henry, Durand-Fardel, Ladeveze, Gensoul, Petrequin, etc.**

10 VENTE PAR AN:
millions de bouteilles

Exiger la Signature :



REVISTA CONTEMPORANEA

Sale dos veces al mes en cuadernos de 112 páginas en 4.º, y forma cada tres meses un abultado volumen de cerca de 700 páginas.

PRECIOS DE SUSCRICION

| MADRID | <u>Pts. Cs.</u> | PROVINCIAS | <u>Pesetas.</u> | EXTRANJERO Y ULTRAMAR | <u>Pesetas.</u> |
|-----------------|-----------------|-----------------|-----------------|--------------------------|-----------------|
| Tres meses..... | 7,50 | Tres meses..... | 8 | Seis meses..... | 20 |
| Seis meses..... | 15,00 | Seis meses..... | 15 | Un año..... | 35 |
| Un año..... | 30,00 | Un año..... | 30 | | |

Número suelto, 2 pesetas en toda España.

CENTROS DE SUSCRICIÓN:

MADRID: LIBRERÍAS DE GUTENBERG, PRÍNCIPE, 14, Y FE,
CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 2.

PROVINCIAS.

| | | | |
|----------------|---|----------------|---------------------------|
| ALMERIA..... | Francisco de P. Mora. | MAHON..... | Pascual J. Hernández. |
| ALCOY..... | Antonio Gimeno. | MÁLAGA..... | Francisco de Moya. |
| AVILA..... | José García. | MÚRCIA..... | Pedro Pagán. |
| ALBACETE..... | Sebastián Ruiz. | ORENSE..... | Vicente Miranda. |
| BARCELONA..... | { S. Lopez Bernagosí Texidó y Parera | OVIEDO..... | Juan Martínez. |
| BURGOS..... | Santiago R. Alonso. | MALLORCA..... | Montañés é hijos. |
| BILBAO..... | Eduardo Delmas. | PAMPLONA..... | Román Velandia. |
| CÁDIZ..... | { Manuel Morillas. José Vides. | REUS..... | Torroja y Tarrats. |
| CORUÑA..... | Vicente Naveira. | SEVILLA..... | Hijos de Fe. |
| CÓRDOBA..... | Manuel García Lobera. | SANTIAGO..... | Ramón Pazo. |
| CARTAGENA..... | Vicente Velázquez. | SALAMANCA..... | Sebastián Cerezo |
| CUENCA..... | Manuel Mariana. | SAN SEBASTIÁN. | Rubinat y C. ^a |
| CIUDAD REAL... | José Clemente Rubino. | SANTANDER.... | Toribio Saldaña. |
| FERROL..... | José María Abizanda. | SEGOVIA..... | Abelardo Fernández. |
| FIGUERAS..... | Juan Heren. | TENERIFE..... | Benítez y C. ^a |
| GRANADA..... | Paulino Sabatell. | TOLEDO..... | Alejandro Villatoro. |
| GIJÓN..... | Hermógenes Andrade. | TORTOSA..... | Pascual Bernis. |
| HUELVA..... | Plácido García. | VALENCIA..... | Francisco Aguilar. |
| JEREZ..... | Miguel Gener. | VITORIA..... | Bernardino Robles. |
| LÉRIDA..... | José Sol. | VALLADOLID.... | Jorge Montero. |
| | | ZARAGOZA..... | José Menéndez. |

SUPERIORES CAFÉS

DE

MATÍAS LÓPEZ Y LOPEZ

MADRID-ESCORIAL

AROMA CONCENTRADO

EN

ELEGANTES BOTES DE 100 Y 200 GRAMOS

| | |
|--------------------------------|--------------------------|
| Café molido superior, á..... | 2 pesetas los 400 gramos |
| Puerto Rico y Caracolillo..... | 2,50 — — |
| Puerto Rico y Moka..... | 3 — — |
| Moka puro..... | 4 — — |

Tés de 8 á 20 pesetas libra en botes de 2 y 4 onzas.

Tapioca del Brasil en botes de 200 gramos.

NOTA. Los botes de CAFÉ y TAPIOCA de 200 gramos contienen una sorpresa cada uno. De venta en todas las tiendas de ultramarinos de Madrid y Provincias.

DEPÓSITO CENTRAL, PUERTA DEL SOL, 13